



68 MAYO/JUN 2011



NEW LEFT REVIEW

Perry Anderson *Explosión en el mundo árabe*

Hazem Kandil *El derrocamiento de Mubarak*

Gopal Balakrishnan *Marx y Schmitt*

Alexander Cockburn *Los Verdes después de Fukushima*

Franco Moretti *Hamlet a través de los números*

Hal Foster *El arte de la inseguridad*

Paolo Flores d'Arcais *Berlusconismo*

Michael Löwy *Un estratega continental*

Emilie Bickerton *Tras las huellas de Godard*

	Editorial
5 Perry Anderson	Sobre la concatenación en el mundo árabe
	Entrevista
15 Hazem Kandil	La revuelta en Egipto
	Artículos
51 Gopal Balakrishnan	La geopolítica de la separación
65 Alexander Cockburn	Después de Fukushima
71 Franco Moretti	Teoría de redes, análisis de trama
93 Hal Foster	Hacia una gramática de la emergencia
105 Paolo Flores d'Arcais	Anatomía del <i>berlusconismo</i>
	Crítica
123 Michael Löwy	Laboratorio continental
133 Emilie Bickerton	El mago del lago Lemán

Editor

Susan Watkins

Editorial Committee

Tariq Ali, Perry Anderson, Gopal Balakrishnan, Emilie Bickerton, Robin Blackburn, Robert Brenner, Malcolm Bull, Alexander Cockburn, Mike Davis, Tom Mertes, Francis Mulhern, Julian Stallabrass, Jacob Stevens, Wang Chaohua, Tony Wood, JoAnn Wypijewski

Deputy Editor

Tony Wood

Publishing Director

Khaya Bag

Subscriptions Director

Johanna Zhang

Online Publisher

Rob Lucas

Traducción

José M.º Amoroto Salido, Sandra Chaparró Martínez, Juanmari Maclariaga, Cristina Piña Aldao

© New Left Review Ltd., 2011
 © Ediciones Akal, S. A., 2011
 para lengua española
 Sector Foresta, 1
 28760 Tres Cantos
 Madrid - España
 Tel.: 918 061 996
 Fax: 918 044 028
www.akal.com
 ISSN: 1575-9776-68
 Depósito legal: M-2599-2000
 Impreso en Publidisa



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE CULTURA

Esta revista ha recibido una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas para su difusión en bibliotecas, centros culturales y universidades de España, para la totalidad de los números editados en el año 2011.

CONTENIDOS

EDITORIAL

PERRY ANDERSON: Sobre la concatenación en el mundo árabe

De Túnez a Manama, en 2011 hemos asistido a una reacción en cadena de levantamientos populares en una región en la que conviven, desde hace mucho tiempo, el dominio imperialista y el despotismo interno. Es una exigencia de libertad política que permite reconciliar la igualdad social con la fraternidad árabe en el marco de un internacionalismo totalmente nuevo.

ENTREVISTA

HAZEM KANDIL: La revuelta en Egipto

Este sociólogo egipcio nos hace un relato detallado del derrocamiento de Mubarak que abarca desde las tensiones sociales de los últimos años del dictador hasta el fermento de la transición presente, analizando las estructuras de gobierno del viejo régimen y las perspectivas del futuro que pueden florecer a su sombra.

ARTÍCULOS

GOPAL BALAKRISHNAN: La geopolítica de la separación

Gopal Balakrishnan critica el artículo de Benno Teschke sobre Carl Schmitt publicado en el número 67 de esta revista. Afirma que la separación entre lo económico y lo político en el seno de la sociedad burguesa fue un problema crucial para este estratega de la derecha intransigente.

ALEXANDER COCKBURN: Después de Fukushima

A raíz de la tragedia de Fukushima, se aborda el riesgo de fusión de reactores nucleares en el Anillo de Fuego americano y las ideas delirantes de los principales grupos verdes, que pretenden encontrar soluciones climáticas sin prescindir del complejo industrial nuclear.

FRANCO MORETTI: Teoría de redes, análisis de trama

¿Qué nos pueden decir los métodos cuantitativos sobre las tramas literarias? Franco Moretti crea redes de personajes a partir de obras de Shakespeare, Dickens y Cao Xueqin para arrojar algo de luz sobre cuestiones como la soberanía, la legitimidad y la reciprocidad en las relaciones sociales.

HAL FOSTER: Hacia una gramática de la emergencia

Se analiza la obra de Thomas Hirschhorn como manual artístico para un mundo precario. En ella se hace un llamamiento al análisis y la realización de monumentos improvisados o pancartas quejumbrosas en un momento en el que hagan aflorar los excesos del capitalismo tardío.

PAOLO FLORES D'ARCAIS: Anatomía del *berlusconismo*

Anatomía del sistema creado por Berlusconi, con una enumeración de las patologías y corrupciones a las que ha dado lugar, a fin de evaluar lo que supondrán para la sociedad y la Constitución. ¿Putinismo puesto al día para Europa Occidental?

CRÍTICA

MICHAEL LÖWY: Laboratorio continental

Michael Löwy reseña el libro de Emir Sader *A Nova Toupeira: Os caminhos da esquerda latinoamericana*, sobre los ciclos revolucionarios en América Latina: un laboratorio tanto para el neoliberalismo como para sus críticos.

EMILIE BICKERTON: El mago del lago Lemán

Emilie Bickerton reseña el libro de Antoine de Baecque, *Godard, biographie*, sobre la vida y obra de uno de los artistas visuales vivos más importantes de Europa.

AUTORES

PAOLO FLORES D'ARCAIS: *editor de la revista Micromegas. Su obra Albert Camus, filósofo del futuro se publicó en 2010 en italiano. Cfr. asimismo New Left Review 62.*

HAL FOSTER: *forma parte de la American Academy in Berlin. Su obra The Art-Architecture Complex se publicará este verano. Cfr. asimismo New Left Review 8 y 19.*

HAZEM KANDIL: *profesor en la Universidad de Los Ángeles (UCLA), estudia las instituciones militares y de seguridad en Egipto, Turquía e Irán.*

MICHAEL LÖWY: *profesor emérito de la École des Hautes Études en Sciences Sociales, París. Algunos de sus libros más recientes son Juifs hétérodoxes (2010) y Fire Alarm (2005). Cfr. New Left Review 29.*

FRANCO MORETTI: *enseña Literatura en la Universidad de Stanford y es autor de Graphs, Maps, Trees (2005) y editor de The novel (2006); cfr. asimismo New Left Review 24, 26, 28, 41, 52 y 61.*

SOBRE LA CONCATENACIÓN EN EL MUNDO ÁRABE

La revuelta árabe de 2011 se incluye en una clase poco común de acontecimientos históricos: una concatenación de levantamientos políticos, uno a continuación de otro, que recorre toda una región del mundo. Eso sólo había sucedido antes en tres ocasiones: las guerras hispanoamericanas de liberación iniciadas en 1810 y que concluyeron en 1825; las revoluciones europeas de 1848-1849; y la caída de los regímenes del bloque soviético en 1989-1991. Cada una de ellas correspondía específicamente a un momento y lugar, como sucede con la cadena de explosiones en el mundo árabe; ninguna de ellas duró menos de dos años. Desde que se inició esta última confrontación en Túnez en el mes de diciembre de 2011, transmitiéndose como un reguero de pólvora a Egipto, Bahrein, Yemen, Libia, Omán, Jordania y Siria, no han pasado más de tres meses; cualquier predicción sobre su resultado final sería aún prematura en este momento. El más radical de los tres levantamientos generales antes mencionados acabó con una derrota total en 1852; los otros dos triunfaron, aunque los frutos de la victoria fueran en parte amargos y, en cualquier caso, bastante alejados de las esperanzas de Simón Bolívar o de Bärbel Bohley*. El destino último de la revuelta árabe podría parecerse al de cualquiera de ellos, pero también podría cobrar una forma peculiar, distinta a la de todos ellos.

1

Dos rasgos peculiares han mantenido durante mucho tiempo Oriente Medio y el norte de África alejados del universo político contemporáneo: el primero es la excepcional longevidad e intensidad del yugo imperial occidental sobre la región durante el último siglo; desde Marruecos hasta Egipto, el control del norte de África se repartió entre Francia, Italia y Gran Bretaña antes de la Primera Guerra Mundial, mientras que la región en torno al Golfo Pérsico se dividió en una serie de protectorados británicos y Yemen y Omán quedaban vinculados por el mar Árabe al Raj británico en

* Cofundadora del Nuevo Foro creado en 1989 en la RDA, poco antes de la «caída del Muro». [N. del T.]

la India. Al terminar la guerra Gran Bretaña y Francia se repartieron los despojos del Imperio otomano, añadiendo al botín territorial europeo, como última conquista, lo que bajo las reglas y tiralíneas de sus cartógrafos se convirtió en Iraq, Siria, Líbano, Palestina y Transjordania. La colonización formal llegó, así, relativamente tarde a gran parte del mundo árabe; el África subsahariana, el sureste de Asia o el subcontinente indio, por no hablar de Latinoamérica, entraron a formar parte de sus posesiones mucho antes que Mesopotamia y los países ribereños del Mediterráneo oriental; pero, a diferencia de lo sucedido en aquellas otras zonas, en esta última la descolonización formal se ha visto acompañada durante el periodo poscolonial por una sucesión prácticamente ininterrumpida de guerras e intervenciones imperiales.

2

Éstas comenzaron con el aplastamiento de la Gran Revuelta Árabe en el Mandato Británico de Palestina en 1938-1939 y la expedición británica a Iraq para restaurar a un regente títere en 1941, y se multiplicaron con el establecimiento del Estado sionista en la región en 1948 y su subsiguiente expansión –actuando a veces como socio y a veces como agente subordinado, pero cada vez más como iniciador de agresiones regionales–, ligada a la sustitución de Francia y Gran Bretaña por Estados Unidos como gran potencia supervisora del mundo árabe. Desde la Segunda Guerra Mundial, cada década ha visto reproducirse la violencia tanto estatal como de los colonos instalados en territorio árabe. A finales de los años cuarenta Israel desencadenó en Palestina la *nakba* fundacional; menos de diez años después se produjo el ataque anglo-franco-israelí contra Egipto a raíz de la nacionalización del Canal de Suez y en 1958 la intervención estadounidense en el Líbano; en 1967, la Guerra de los Seis Días de Israel contra Egipto, Siria y Jordania; en 1973, la Guerra del Yom Kippur o del Ramadán, que dio lugar a la convocatoria conjunta del Consejo de Seguridad de la ONU por Estados Unidos y la Unión Soviética ante la amenaza de escalada nuclear; en 1983 la invasión israelí del Líbano y a finales de la década el aplastamiento de la Intifada palestina; durante la década de 1990 la Primera Guerra del Golfo, y desde 2003 la invasión y ocupación estadounidense de Iraq; al iniciarse una nueva década, tenemos el bombardeo de la OTAN sobre Libia. No todas las iniciativas bélicas tuvieron su origen en Washington, Londres, París o Tel Aviv, ya que también hubo frecuentes conflictos militares de origen local: la guerra civil en Yemen durante la década de los sesenta, la invasión marroquí del Sáhara occidental en la de 1970, el ataque iraquí contra Irán durante la de 1980 y la invasión de Kuwait en la de 1990; pero rara vez estuvo ausente en esos enfrentamientos la implicación o connivencia occidental. En la región no se movía apenas nada sin una estrecha atención imperial y –siempre que se considerara necesaria– la aplicación de la fuerza o la presión financiera.

Las razones para ese nivel excepcional de vigilancia e interferencia euroamericana en el mundo árabe están muy claras. Por un lado, bajo su suelo se halla la mayor concentración de reservas de petróleo del planeta, vital para las economías intensivas en energía de Occidente, lo que ha dado lugar a un vasto arco de emplazamientos estratégicos de bases navales, aéreas y de control en torno al Golfo Pérsico, con puestos avanzados en Iraq y una profunda penetración en los servicios de seguridad egipcio, jordano, yemení y marroquí; por otro, constituye el marco en el que se inserta Israel, al que hay que proteger, puesto que ningún presidente estadounidense se atrevería a enfrentarse al *lobby* sionista, muy enraizado en la comunidad inmigrante más poderosa del país, mientras que Europa carga sobre sus espaldas la culpabilidad del Holocausto. Dado que Israel es, a su vez, una potencia ocupante que depende del patronazgo occidental, sus protectores se han convertido en objeto de represalias por parte de grupos islamistas que practican el terrorismo como en su día lo hicieron el Irgún o la «banda Stern» [Lejil] y que han elevado el escrutinio imperial de la región a un nivel todavía más alto. Ninguna otra región del mundo ha suscitado una preocupación semejante ni tan continua en el centro hegemónico.

4

El segundo rasgo distintivo del mundo árabe ha sido la longevidad e intensidad de las diversas tiranías que lo han vampirizado desde su descolonización formal. Durante los últimos treinta años los regímenes democráticos, tal como los entiende la Casa de las Libertades con sede en Washington, se han difundido por Latinoamérica, el África subsahariana y el sureste de Asia, pero en Oriente Medio y el norte de África no ha pasado nada parecido. En esta región siguen dominando déspotas de toda laya, imperturbables frente a cualquier circunstancia. La familia saudí –a la que se podrían aplicar peores calificativos que a la Mafia siciliana– viene siendo la sede central del poderío estadounidense en la región desde su pacto con Roosevelt y gobierna sin obstáculos la península desde hace un siglo. Los pequeños jeques del Golfo y de Omán, respaldados o impuestos allí por el Raj indobritánico en tiempos de la «Tregua» contra la piratería*, no prestan más atención a sus súbditos que su vecino y hermano mayor uahabí. Las dinastías hachemí y alauí en Jordania y Marruecos –la primera heredera del colonialismo británico y la segunda del francés– han superado tres generaciones de autócratas sin más que algún gesto fingido de aceptación del parlamentarismo. La tortura y el asesinato son cosa de rutina en esos regímenes, los mejores amigos de Occidente en la región.

* Firmada en 1853 y renovada en 1892. [N. del T.]

Lo mismo se puede decir de las supuestas repúblicas, a cuál más dictatorial y tan dinásticas como las propias monarquías. También ahí la longevidad colectiva de los gobernantes no tiene paralelo en ningún otro lugar del mundo: Gaddafi en el poder durante 41 años, los Assad (padre e hijo) 40, Saleh 32, Mubarak 29, Ben Ali 23. Sólo el ejército argelino, que optó por una rotación en la presidencia, al estilo de los generales brasileños, se ha apartado de esa norma, aunque respetando todos los demás principios de la opresión. En cuanto a su política exterior, esos regímenes no se han mostrado tan uniformemente serviles ante la potencia hegemónica: la dictadura egipcia, rescatada de una debacle militar terminal en 1973 por Estados Unidos, ha venido siendo desde entonces un fiel peón de Washington, con menos independencia operativa que el propio reino saudí; el tirano yemení fue comprado a precio de saldo por sus servicios en la guerra contra el terrorismo. Los tunecinos buscaron patrones de prestigio en Europa, principal pero no exclusivamente Francia, mientras que los regímenes argelino y libio, que disfrutaban de grandes rentas derivadas de sus recursos naturales, tenían mayor margen de maniobra, pero también ellos seguían un patrón de creciente obsecuencia: la variante argelina con el fin de asegurarse la bendición de Occidente por su carnicería de la oposición islamista, y la libia para hacerse perdonar su pasado y poder realizar lucrativas inversiones en Italia. El único marginado significativo seguía siendo Siria, renuente a someterse sin recuperar las alturas del Golán, retenidas por Israel, y a dejar que el mosaico fosilizado del Líbano cayera totalmente en manos del dinero saudí y los servicios de inteligencia occidentales; pero incluso esa excepción fue fácilmente neutralizada y Siria se incorporó, como otros Estados de la Liga Árabe, a la «Operación Tormenta del Desierto».

Los dos rasgos distintivos de la región, su prolongada dominación por el sistema imperial estadounidense y su carencia de instituciones democráticas, estaban estrechamente relacionados entre sí: allí donde la democracia parecía suponer una amenaza para el capital, Estados Unidos y sus aliados no han vacilado nunca en sabotearla, como ilustra la suerte corrida por Mossadegh, Arbenz, Allende o, más recientemente, Aristide en Haití. Recíprocamente, allí donde la autocracia es esencial, se mantiene bien atendida. Los despotismos árabes, sustentados en repartos tribales y en la sobreexplotación de mano de obra inmigrante, son puntales estratégicos decisivos de la *Pax Americana* que el Pentágono se ha mostrado invariablemente dispuesto a preservar con diligencia. Las dictaduras –monárquicas o republicanas– a las que están sometidas grandes poblaciones urbanas en otros países han merecido un trato algo más diferenciado tácticamente, según las circunstancias; pero esas tiranías, en su variada gama, han sido más apoyadas o ayudadas que creadas o impuestas por Estados Unidos; todas y cada una de ellas tienen sus propias raíces indígenas en la sociedad local, por bien amamantadas que hayan podido estar desde Washington.

Según una famosa frase de Lenin, la república democrática es el marco político ideal para el capitalismo. Desde 1945 ningún estratega occidental se ha mostrado en desacuerdo con ella. El imperio euroamericano preferiría en principio tratar con demócratas árabes antes que con dictadores, con tal de que fueran igualmente respetuosos hacia su hegemonía, cosa que casi nunca ha sido demasiado difícil en las regiones recientemente democratizadas desde la década de los ochenta. ¿Por qué no ha sucedido lo mismo en Oriente Medio y el norte de África? Esencialmente porque Estados Unidos y sus aliados estaban acertados al temer que, precisamente debido a su larga historia de violencia imperial en la región y a las continuas agresiones de Israel, el sentimiento popular podría no proporcionar un confort electoral comparable. Una cosa es instalar un régimen títere a punta de bayoneta y recabar para él votos suficientes, como en Iraq, y otra muy distinta unas elecciones auténticamente libres, como descubrieron a su costa los generales argelinos y los gerifaltes de Fatah. En uno y otro caso, enfrentados a una victoria democrática de fuerzas islámicas consideradas demasiado reacias a las presiones occidentales, Europa y Estados Unidos aplaudieron la cancelación de los resultados y la represión de los electos. Las lógicas imperial y dictatorial han seguido, así, entrelazadas.

8

Éste es el panorama en el que ha hecho recientemente erupción la revuelta árabe, en una concatenación facilitada por los dos grandes vínculos culturales de la región, la lengua y la religión. Los levantamientos se han desarrollado principalmente mediante manifestaciones de masas de ciudadanos desarmados, que han tenido que afrontar en casi todas partes, con coraje y disciplina ejemplar, la represión ejercida con gases lacrimógenos, chorros de agua y fuego real. En un país tras otro se ha oído a gritos la misma reivindicación: «Al-sha'b yurid isquat al-nizam!» [«El pueblo quiere la caída del régimen!»] Lo que buscaban las enormes multitudes reunidas en plazas y calles de toda la región era esencialmente la libertad política y erradicar el despotismo local. La democracia, un término nada novedoso —prácticamente todos los regímenes de la región han hecho un amplio uso de él—, pero desconocido como realidad, se ha convertido en denominador común de la conciencia de los diversos movimientos nacionales. Su fuerza atractiva, raramente articulada como conjunto claramente definido de formas institucionales, ha venido más de su poder como negación del *statu quo* —esto es, de la dictadura—, que de formulaciones en positivo. El castigo de la corrupción entre los cargos más elevados del viejo régimen aparece más destacadamente que los detalles de la nueva Constitución que se haya de elaborar. La dinámica de los levantamientos ha sido igualmente clara al respecto. Su objetivo es, en el sentido más clásico, puramente político: la libertad.

¿Pero por qué ahora? La odiosa casta de los regímenes existentes ha permanecido inalterada durante décadas, sin desencadenar levantamientos de masas contra ella. La dinámica de éstos no se puede explicar simplemente por sus propósitos, ni tampoco se puede atribuir plausiblemente a los nuevos canales de comunicación: el alcance de Al-Yazira, la irrupción de Facebook o de Twitter han facilitado, pero no han generado, el nuevo espíritu insurgente. La chispa solitaria que incendió la pradera sugiere la respuesta: todo comenzó con la inmolación desesperada de un humilde vendedor de hortalizas en un pequeño pueblo de provincias en el interior de Túnez. Bajo la conmoción que ahora sacude el mundo árabe ha habido presiones sociales volcánicas: polarización de los ingresos, aumento del precio de los alimentos, falta de viviendas, desempleo masivo de la juventud, con formación superior o sin ella, en una pirámide demográfica sin paralelo en el mundo. En pocas regiones, si es que en alguna, es tan aguda la crisis subyacente de la sociedad, ni tan evidente la ausencia de un modelo creíble de desarrollo, capaz de integrar a las nuevas generaciones.

Pero hasta la fecha, entre las profundas grietas sociales y los objetivos políticos de la revuelta árabe ha habido una disyunción casi total, que en parte ha reflejado la composición de sus principales contingentes hasta ahora. En las grandes ciudades –con la excepción de Manama– no han sido en general los más pobres los que han inundado las calles; los trabajadores urbanos no han organizado todavía una huelga general prolongada y los campesinos apenas se han dejado ver. Esto deriva, sin duda, de las largas décadas de represión policial, que ha sofocado cualquier asomo de organización colectiva entre los desposeídos; llevará tiempo que éstos colmen ese vacío. Pero la disyunción es también un efecto del limbo ideológico en el que ha vivido la sociedad durante esas mismas décadas, con la desacreditación del nacionalismo y el socialismo árabe y la neutralización del confesionalismo radical, que dejaban únicamente un islam deslavado como utensilio-válido-para-todo. En esas condiciones gestadas por las dictaduras, el vocabulario de la revuelta no podía sino concentrarse en éstas –y en su caída– como discurso político, sin poder ir más allá.

Pero la libertad tiene que reconectarse a la igualdad. Sin su convergencia, los levantamientos en el mundo árabe podrían fácilmente consumirse y dar lugar a una versión parlamentarizada del antiguo régimen, tan incapaz como las oligarquías decadentes del periodo de entreguerras de responder a las explosivas energías y tensiones sociales acumuladas. La prioridad estratégica de una izquierda resucitada en el mundo árabe debería ser cerrar las

grietas aparecidas en las revueltas promoviendo formas de libertad política que permitan a esas presiones sociales la mejor expresión colectiva posible. Esto significa, por un lado, exigir la total abolición de las leyes de excepción; la disolución del partido gobernante o el destronamiento de la familia reinante; limpiar el aparato administrativo estatal de los residuos del antiguo régimen y llevar ante la justicia a sus dirigentes; por otro lado, conceder una atención cuidadosa y creativa a los detalles de las constituciones que habrá que redactar una vez que se hayan barrido los restos del sistema anterior. A este respecto, las reivindicaciones clave son: libertades de expresión y de organización sin restricciones para todo tipo de organizaciones políticas y sindicales; sistemas electorales no distorsionados, esto es, proporcionales y no mayoritarios; interdicción de las presidencias omnipotentes; supresión de los monopolios –públicos o privados– en los medios de comunicación; y derechos explícitos de protección pública para los menos favorecidos. Sólo en un marco abierto de ese tipo podrán desplegarse las exigencias de justicia social con las que ha nacido la revuelta, haciendo uso de la libertad colectiva que precisan para materializarse realmente.

12

Resulta notable otra ausencia adicional en los levantamientos. En la más famosa de todas las concatenaciones señaladas, la europea de 1848-1849, se entrelazaron no sólo dos, sino tres tipos fundamentales de reivindicaciones: políticas, sociales y nacionales. ¿Ha sido también así en las del mundo árabe de 2011? Hasta el momento, los movimientos de masas de este año no han dado lugar a una sola manifestación antiestadounidense, ni siquiera antiisraelí. La desacreditación histórica del nacionalismo árabe a raíz del fracaso del nasserismo en Egipto es, sin duda, una de las razones, y otra que la resistencia al imperialismo estadounidense se identificara a partir de entonces con regímenes –los de Siria, Irán o Libia– tan represivos como los que venían colaborando con él, sin ofrecer un modelo político alternativo. Aun así, resulta llamativo que sigan ausentes las consignas antiimperialistas –por lo menos hasta ahora– en la parte del mundo donde el poder imperial es más visible. ¿Puede durar esto?

13

Estados Unidos puede permitirse una visión optimista de los acontecimientos, al menos hasta la fecha. En el Golfo Pérsico, el levantamiento de Bahrén, que podría haber supuesto un riesgo para su cuartel general naval, ha sido aplastado por una intervención contrarrevolucionaria en la línea de 1849, con una muestra impresionante de solidaridad interdinástica. Las monarquías saudí y hachemí se han mantenido firmes; el bastión yemení de la batalla contra el salafismo parece algo más tambaleante, pero el actual dictador es prescindible; en Egipto y Túnez los tiranos han abandonado la escena, pero la jerarquía militar caiota, que mantiene excelentes relaciones con el Pentágono, permanece intacta, y la fuerza civil más amplia que ha emergido hasta

ahora en uno y otro país es un islamismo domesticado. Hace algún tiempo, la perspectiva de que los Hermanos Musulmanes o sus filiales regionales entraran a formar parte del gobierno habría causado gran alarma en Washington; pero Occidente posee ahora un modelo tranquilizador en Turquía, que puede volver a aplicar en los países árabes y que promete el mejor mundo político posible. El Partido de la Justicia y el Desarrollo turco [Adalet ve Kalkınma Partisi, AKP] ha mostrado cuán leal puede ser a la OTAN y al neoliberalismo y cuán eficaz puede ser una combinación de la porra con el Corán que mezcle las dosis adecuadas de intimidación y represión para mantener una democracia piadosa pero liberal. Si Washington pudiera encontrar en El Cairo o en Túnez un Erdoğan, podría sentirse tranquilo y satisfecho pese a la desaparición de Mubarak y Ben Ali.

14

Desde ese punto de vista, la intervención militar en Libia se puede considerar como la guinda sobre el pastel, que al mismo tiempo da lustre a las credenciales democráticas de Occidente y quizá permita desembarazarse de su régimen, cuya reciente incorporación a las filas de la «comunidad internacional» no dejaba de resultar incómoda. En cualquier caso, la iniciativa para el ataque de la OTAN, que para el poderío global estadounidense es más un lujo que una necesidad, provino de Francia y Gran Bretaña, reeditando como en un pliego espacio-temporal la coalición que emprendió la expedición contra Suez. De nuevo ha sido el gobierno de París el que ha asumido la dirección, con la que Sarkozy pretendía hacer olvidar su intimidad con Ben Ali y Mubarak y poner freno a su desastrosa caída en las encuestas; el de Londres se unió, dando a Cameron la oportunidad de cumplir su deseo repetidamente expresado de emular a Blair; el Consejo de Cooperación del Golfo y la Liga Árabe ofrecieron cobertura a la intervención, en un sumiso remedo de la actuación de Israel en 1956. Pero Gaddafi no es Nasser y esta vez Obama, sin muchas razones para temer las consecuencias, puede sumarse a la hueste euroimperialista exigiendo simplemente que Estados Unidos asuma el mando nominal, como manda el protocolo, y coordine el éxito final, permitiendo a otros beligerantes como Bélgica y Suecia, exhibir su bravura aérea. Para los vestigios de la era Clinton en el gobierno estadounidense actual, un beneficio adicional será la rehabilitación de la intervención humanitaria, tras la catástrofe de Iraq. Los medios e intelectuales franceses, como era previsible, han permanecido mudos ante la restauración del honor militar de su país en el norte de África; pero en Estados Unidos se respira un ambiente bastante más cínico: la salsa dispuesta para el ganso libio se considera, evidentemente, demasiado especiada para el pato bahraní, la oca siria o cualquier otro volátil de la región.

15

Por el momento, nada de esto ha alterado sustancialmente el panorama institucional de la región desde que comenzó la revuelta. La cautela frente al

poderío de la potencia hegemónica, las preocupaciones nacionales, la simpatía hacia los rebeldes libios, la esperanza de que el episodio acabe rápidamente, se han combinado para acallar las reacciones frente al último bombardeo de un país por Occidente; pero es poco probable que el factor nacional se pueda mantener indefinidamente apartado del político y el social en la actual turbulencia, ya que en el mundo musulmán, al este de la zona del levantamiento, las guerras estadounidenses en Iraq, Afganistán y Pakistán no han concluido todavía con una victoria, y el bloqueo de Irán está todavía bastante alejado de su conclusión lógica; en cuanto al centro neurálgico de la región, la ocupación de Cisjordania y el bloqueo de Gaza permanecen hasta el momento inalterables. Hasta al régimen democrático más moderado le podría resultar difícil mantenerse al margen de ese ejercicio continuado de prepotencia imperial y salvajismo colonial.

16

En el mundo árabe, el nacionalismo se ha visto a menudo devaluado por los propios Estados de la región, la mayoría de los cuales –a excepción de Egipto y Marruecos– son creaciones ficticias del imperialismo occidental; al igual que en el África subsahariana y otros lugares, los orígenes coloniales no han impedido, sin embargo, que cristalizaran identidades poscoloniales en el marco de las fronteras artificiales trazadas por los colonizadores. En este sentido, cada uno de los países árabes posee hoy una identidad colectiva tan real y obstinada como cualquier otro, pero hay una diferencia: la lengua y la religión, vinculadas en el Corán, fueron históricamente –y siguen siéndolo– improntas culturales comunes demasiado fuertes y peculiares como para no superponerse a la imagen de cada Estado-nación particular, ofreciendo la idea de una nación árabe común, concebida como ecumene única, que fue la que impulsó en su momento un nacionalismo árabe global y no sólo egipcio, iraquí o sirio.

17

Así brotaron el nasserismo y el baazismo, que tras su ascenso, corrupción y decadencia no pueden resucitar ahora; pero habrá que recuperar el aliento que los impulsó para que la actual revuelta pueda convertirse en revolución. Habrá que unir de nuevo libertad e igualdad; pero sin fraternidad, en una región tan maltratada e interconectada, corren el riesgo de echarse a perder. Desde la década de los cincuenta, el precio que han tenido que pagar los diversos intentos de progreso en Oriente Medio y el norte de África por sus egoísmos nacionales ha sido muy alto. Lo que se necesita no es la caricatura de solidaridad ofrecida por la Liga Árabe, una institución cuyo registro de fracasos y traiciones rivaliza con el de la Organización de Estados Americanos en los días en los que Castro podía llamarla justificadamente Ministerio Estadounidense de Colonias. Se requiere un internacionalismo árabe generoso, capaz de emprender –en un futuro quizá distante, cuando

se haya derrocado al último jeque— una distribución equitativa en todo el mundo árabe de la riqueza petrolífera, en proporción a la población, acabando con la grosera opulencia de unos pocos frente a la indigencia de la inmensa mayoría. En un futuro más inmediato, la prioridad está clara: una declaración conjunta que dé por fenecido el abyecto tratado firmado por Sadat con Israel —dejando en la estacada a sus aliados a cambio de un acuerdo que ni siquiera concedía a los soldados egipcios la posibilidad de desplazarse libremente por su propio territorio—, así como el supuesto acuerdo-marco con respecto a Palestina, que Israel no se ha tomado ni siquiera la molestia de aparentar que podría llegar a respetar algún día. Ahí está la prueba del algodón de la recuperación de la dignidad democrática árabe.

LA REVUELTA EN EGIPTO

A. EL MOVIMIENTO

Tras un reinado de treinta años, Mubarak ha sido derrocado por un movimiento popular en menos de tres semanas. ¿Cómo se originó la revuelta?

En los últimos años se estaba gestando una rebelión soterrada. Había un sentimiento general de que la situación era insostenible. Las películas, las novelas y las canciones estaban impregnadas del tema de la revuelta: invadía la imaginación de la gente. El que los egipcios, por lo común apolíticos, considerasen que ya no podían seguir con su vida normal se debe a dos cambios. El primero fue la disolución del contrato social que regía las relaciones entre sociedad y Estado desde el golpe de Nasser en la década de los cincuenta. El contrato suponía un intercambio tácito: el régimen ofrecía enseñanza gratuita, empleo en un sector público creciente, sanidad asequible, vivienda barata y otras formas de protección social, a cambio de obediencia. Uno podía tener –o al menos esperar– estas prestaciones, siempre que no cuestionase la política interior o exterior. En otras palabras, la gente entendía que intercambiaba sus derechos políticos por bienestar social. A partir de los ochenta, este contrato se erosionó, pero sólo con la llegada del nuevo milenio quedó completamente abrogado. Para entonces, el régimen consideró que había eliminado tan a conciencia la resistencia organizada que ya no necesitaba pagar los tradicionales sobornos sociales para garantizar la aquiescencia política. Ante una población que parecía completamente pasiva, fragmentada y desmoralizada, el régimen creyó que era hora de saquear a gran escala. Dentro del Partido Nacional Democrático (PND) gobernante, una facción agrupada en torno a Gamal Mubarak, hijo del presidente, se fue imponiendo a través de un nuevo organismo denominado Comité Político. Este comité tenía dos componentes. Uno constaba de capitalistas corruptos, alimentados por el Estado y con el monopolio de los sectores rentables de la economía. El otro estaba compuesto por intelectuales neoliberales, en general economistas relacionados con instituciones financieras internacionales.

En 2004, el gabinete ministerial de Ahmed Nazif, compuesto por empresarios, marcó la primera vez que este grupo se hacía de hecho con el gobier-

no. Los capitalistas monopolistas asumieron cargos de gobierno relevantes para su sector de actividad. Por ejemplo, Mohamed Mansour, uno de los mayores comerciantes de automóviles de Egipto, se convirtió en ministro de Transportes. Un magnate del sector turístico, Zoheir Garraneh, se convirtió en ministro de Turismo. Los intelectuales neoliberales no destacaban menos. El ministro de Inversión, Mahmoud Mohieddin, pasó a convertirse en director gerente del Banco Mundial en 2010. El ministro de Finanzas, Youssef Boutros-Ghaly, fue alto ejecutivo del FMI y siguió vinculado al Fondo, por ejemplo, al presidir el Comité Monetario y Financiero Internacional, principal organismo de planificación política, encargado de asesorar a la Junta de Gobernadores. El resultado fue una combinación de indignante saqueo por parte de estos capitalistas introducidos en el poder, y descaradas exacciones neoliberales a la población. Reorganizaron el procedimiento presupuestario, privatizaron servicios e introdujeron un nuevo régimen fiscal. En 2005, el tipo impositivo del Impuesto de Sociedades fue reducido a la mitad, del 40 al 20 por 100 de los beneficios, aunque incluso esto raramente se pagaba, mientras que los gravámenes impuestos al conjunto de la población –de manera señalada sobre la vivienda– aumentaron notablemente. En 2010, muchos egipcios sin otra propiedad que el techo que tenían sobre su cabeza, que vivían de pensiones inferiores a 50 dólares al mes, se enfrentaron de repente a una subida de impuestos sobre la vivienda. El resultado fue un nivel tal de protesta, con tantos ruegos y apelaciones al presidente para que interviniese, que Mubarak suspendió la aplicación del nuevo impuesto dos meses antes de que entrase en vigor. En 2010, sin embargo, se había generalizado la creencia de que Mubarak no iba a presentarse de nuevo a la presidencia en septiembre de este año, sino que le pasaría el cargo a su hijo. La perspectiva de que Gamal dejase de ser el heredero aparente y ejerciera el poder absoluto junto con sus secuaces asustó a muchos. La vida ya era económicamente difícil para la mayoría de los egipcios. ¿Cómo sería si no hubiera apelación posible contra él y todo lo que él representaba?

En paralelo con este cambio social, y en relación con él, se produjo una alteración en las formas de represión política ejercidas por el régimen. En las décadas de 1950 y 1960, se entendía que solamente sufrirían detención o tortura quienes se organizaban políticamente. El ejército mantenía una represión interna brutal, pero con objetivos muy concretos. En la década de 1970 y comienzos de la de 1980, esta función fue transferida del ejército a la policía. La represión se hizo entonces más indiscriminada, pero seguía llevándose a cabo dentro de una estructura discernible y con ciertos límites. Las decisiones las tomaban coroneles o capitanes, personas con nombre, rango y rostro, que conservaban cierta responsabilidad por las decisiones tomadas, y uno todavía tenía que estar en cierta medida involucrado en política –no necesariamente organizado, por aquel entonces, sino decir algo que cruzase la línea roja o contrariase a algún cargo público– para caer en sus manos. En los noventa, sin embargo, el régimen confiaba tanto en que no era objeto de oposición alguna que trataba cualquier crítica en la prensa, en la televisión por satélite o más tarde en internet como banalidades

inocuas. Ésta fue también la actitud adoptada por la policía: la represión cotidiana de los ciudadanos era demasiado ordinaria para ser llevada a cabo por oficiales uniformados. ¿Por qué iban los agentes de policía a malgastar tiempo y energía en intimidar a unos cuantos estudiantes, reprimir a un ocasional organizador sindical impulsivo o acosar a algunas activistas a favor de los derechos humanos para sacarlas de las calles?

Así, cada vez más, usaban para estas tareas a asistentes no uniformados. Sادات había empezado a emplear a este tipo de matones de poca monta en la década de 1970, pero a muy pequeña escala. Para no implicar a la policía, se hacían pasar las redadas por manifestaciones de apoyo popular al régimen. Mubarak los empleó en las elecciones parlamentarias de los ochenta. A partir de la década de 1990, sin embargo, el despliegue de estos matones contratados temporalmente, pagados por la policía pero sin pertenecer a ella, se convirtió en la norma, y con ello la represión se volvió más indiscriminada. A menudo acosaban o maltrataban a ciudadanos comunes sin ninguna razón política, simplemente para extorsionarlos. Fue un dramático caso de este fenómeno generalizado el que finalmente provocó el levantamiento. Khaled Said era un veinteañero instruido, perteneciente a una buena familia de Alejandría. En el verano de 2010, intercambió unas palabras con un par de estos asistentes de policía en un cibercafé y ellos le aplastaron la cara contra el suelo. Después alegaron que era sospechoso de portar drogas y, antes de que pudieran cachearlo, se había suicidado. Pronto sus fotos se extendieron por internet. En Dubai, un ejecutivo de Google llamado Wael Ghonim creó un grupo de Facebook llamado «Todos somos Khaled Said» y pidió a quienes habían soportado esta barbarie que se uniesen a él. En dos meses, más de cien mil personas lo habían hecho. Ésta fue la contingencia que desató todo el movimiento. Tras ella estaba este doble deterioro —en la escala de la explotación económica y el pillaje, y en la medida de la persecución arbitraria y la represión— que hizo cada vez más insostenible la vida de egipcios ordinarios, que no tenían nada que ver con la política.

A Khaled Said lo mataron en el verano de 2010. ¿Cómo se explica que la revuelta se produjera seis meses más tarde?

El 25 de enero es la fiesta nacional que conmemora la resistencia heroica de los oficiales de policía en Ismailia, una ciudad del Canal de Suez, contra una fuerza británica que les exigió que entregasen las armas, ese día de 1952. Los británicos mataron a más de cuarenta policías e hirieron a varias docenas más en el que acabó conociéndose como el Día de la Policía. Para subrayar el contraste entre la policía de entonces y la de ahora, el grupo «Todos somos Khaled Said» decidió organizar una manifestación cerca de la sede de la Seguridad del Estado en el centro de El Cairo, en la plaza de Tahrir. Esperaban que acudiesen entre 5.000 y 7.000 manifestantes, pero en ese momento incluso esa cifra parecía inalcanzable. Con Mubarak, las manifestaciones más masivas nunca habían excedido los varios cientos de personas. Pero animada por la caída del dictador tunecino el 14 de ene-

ro, y apoyada por otros grupos de internet y de la oposición, la convocatoria reunió a unas 20.000 personas.

Durante los tres días siguientes no sólo continuaron las protestas, sino que distintos grupos de la oposición se reunieron para alcanzar una movilización mayor. Entonces la policía intentó disolverlos con mangueras y gases lacrimógenos. En lugar de hacerlos retroceder, la brutalidad policial provocó otra gran protesta después de las oraciones del viernes 28 de enero, el Día de la Ira. Juntándose desde distintos puntos de reunión, y acumulando presión a medida que avanzaban hacia la plaza de Tahrir, las multitudes crecieron hasta reunir a unos 80.000 manifestantes, dispuestos ahora a enfrentarse a la policía. Sorprendidos por el tamaño y la persistencia de la protesta, finalmente los policías se vieron superados. Fue un duro despertar. De repente, la policía se enfrentaba a la realidad de que, como resultado de las transformaciones que he descrito, no estaba equipada ni preparada para enfrentarse a una agitación masiva. Lo que siguió fue una batalla épica en el puente de Qasr al-Nil, que une la plaza de Tahrir con el oeste de la ciudad, desde donde llegaban la mayoría de los manifestantes. Si examinamos vídeos de esta batalla, vemos lo incompetente y desorganizada que resultó la represión: la policía maniobraba con torpeza un puñado de vehículos blindados, zigzagueando entre las multitudes e intentando golpear a la gente, bombardeándola con proyectiles varios, y después batiéndose en retirada, lanzando agua y disparando a la gente, lo cual sólo sirvió para enfurecerla más. Tras dos horas de tira y afloja, los manifestantes volcaron los vehículos de transporte de personal, la policía se retiró, abandonando no sólo el puente, sino todo el centro de la ciudad, mientras las multitudes incendiaban las sedes del PND y ocupaban la plaza. En este punto, el ministro del Interior le dijo a Mubarak que la situación estaba fuera de control y que debía intervenir el ejército. Desplegaron tropas en puntos estratégicos y la mañana siguiente los militares llenaban las calles.

¿Qué fuerzas apoyaron la movilización del 28 de enero? ¿En qué medida se coordinaban entre sí?

Podemos hablar de unos seis grupos que impulsaron el movimiento. Dos tenían su base en las redes de Facebook. El primero era el grupo «Todos somos Khaled Said», del que ya he hablado. El segundo era el Movimiento Juvenil 6 de Abril, creado en apoyo a una huelga general convocada para esa fecha en 2008. Sólo una de las pequeñas ciudades industriales del Delta atendió el llamamiento y allí los trabajadores fueron brutalmente reprimidos, con algunos muertos por disparos. Al año siguiente, los organizadores crearon una cuenta de Facebook llamada Movimiento Juvenil 6 de Abril y pidieron a todos que se quedaran en casa ese día, en lugar de salir a la calle. La policía se aseguró de que no ocurriese nada, pero en 2010 el grupo tenía unos 70.000 miembros. Era, por lo tanto, el más antiguo y, al combinar intereses sindicales y liberales, tenía un perfil más po-

lítico que la red creada por Wael Ghonim. Aunque una manifestación masiva era contraria a su estrategia de huelga desde casa, decidieron unirse a la movilización de enero convocada por «Todos somos Khaled Said».

Otro grupo importante eran las Juventudes de los Hermanos Musulmanes, surgidas en los tres años anteriores. Dentro de los Hermanos, los reformistas llevaban un tiempo intentando cambiar las posiciones y las estrategias tradicionales del movimiento. Su objetivo era crear un partido político con organización y líderes propios, vinculado sólo de manera laxa con el movimiento cultural de los Hermanos Musulmanes. Su campaña se vio todavía más estimulada por la noticia de que los avances del movimiento en las elecciones parlamentarias de 2005, en las que obtuvo 88 escaños, formaban parte de un plan de la Seguridad del Estado para evitar que Estados Unidos presionara a Mubarak para que democratizase el país. En otras palabras, los líderes del movimiento habían caído voluntariamente en las manos del régimen, aceptando el indigno papel de hombre de paja. En 2010, los reformadores experimentaron una seria derrota, cuando un representante de la vieja guardia conservadora fue elegido guía general y desoyó los llamamientos a unirse a grupos de oposición laicos en el boicot a las elecciones fraudulentas organizadas por el régimen. Para empeorar las cosas, la complicidad de los Hermanos no fue recompensada; no obtuvieron un solo escaño en el nuevo parlamento. A partir de entonces, las Juventudes de los Hermanos Musulmanes cuestionaron abiertamente a su Consejo Orientador, pidieron a los reformadores que dimitiesen de él y siguieran adelante con la formación de un partido político. En consecuencia, cuando se produjo el llamamiento a la manifestación del 25 de enero, decidieron participar.

El cuarto grupo estaba compuesto por la que en Egipto podríamos denominar «nueva izquierda». Eran principalmente izquierdistas jóvenes y de mediana edad, cuyas relaciones con los líderes originales del Partido Comunista no diferían mucho de las que mantenían las Juventudes de los Hermanos Musulmanes con el Consejo Orientador. Los veteranos comunistas, que se retrotraen a mediados del siglo pasado, son ahora ancianos que firmaron la paz con el régimen hace mucho. Su excusa fue que la islamización constituye la mayor amenaza para Egipto y que el compromiso con el laicismo los une al grupo dominante, supuestamente liberal. En consecuencia, aceptaron jugar de acuerdo con las normas del régimen, que les permitía escribir y dar conferencias, al tiempo que les prohibía formar una base real entre la clase obrera. Para los izquierdistas más jóvenes, sin embargo, había otras amenazas además de la islamización: a saber, una explotación neoliberal desbocada. Desde su perspectiva, la prioridad era organizar la resistencia en las fábricas. En consecuencia, llevaban al menos cinco años intentando desarrollar una fuerza propia, creando, entre otros, un periódico llamado *Al-Bousla* –*La brújula* en árabe– para reunir a las capas más activas de la izquierda egipcia. Son principalmente intelectuales urbanos, muchos de ellos profesores adjuntos: jóvenes historiadores, especialistas en ciencias políticas o sociólogos.

El quinto grupo se había reunido en torno a Mohamed El-Baradei, ex director de la Agencia Internacional de la Energía Atómica, con sede en Viena, que volvió a Egipto el año pasado e hizo saber que se presentaría como candidato a la presidencia en caso de que se cambiara la Constitución para permitir elecciones libres. Corría el rumor de que El-Baradei estaba enfrentado a Mubarak, porque como embajador había sido en otro tiempo el candidato oficial de Egipto para el principal cargo de la AIEA, pero en el último minuto el presidente nombró a otro. El-Baradei fue elegido de todas formas, pero con votos africanos. Después de eso se distanció del régimen, aunque Mubarak tenía que tratarlo con cierto respeto, por su importancia internacional. Al volver a El Cairo, atrajo a jóvenes desencantados en torno a un llamamiento general a la reforma, sin más contornos definidos, creando un grupo llamado Asociación Nacional para el Cambio. Es una mezcla de individuos, que van desde liberales a islamistas progresistas o un puñado de izquierdistas, algunos afiliados a partidos políticos, principalmente al Frente Democrático, y muchos independientes. Uno de los principales portavoces de este grupo era el hijo de Yusuf Al-Qaradawi, un clérigo muy conocido; otros eran jóvenes emprendedores y ejecutivos de grandes empresas. Pero El-Baradei seguía pasando la mayor parte del tiempo en Europa, y prefería desempeñar la función de inspirador a la de líder efectivo del grupo. El resultado fue de nuevo un grupo de jóvenes furiosos y abandonados a sus propios recursos. La candente convocatoria de enero de 2011 acababa de encontrar a otro colaborador.

Por último, el sexto grupo constaba de una colección dispar de activistas por los derechos humanos, que trabajaban para organizaciones egipcias o para Amnistía Internacional, Human Rights Watch u otras organizaciones internacionales. Era una colección muy ecléctica de jóvenes unidos sólo por el hecho de que no habían encontrado ninguna organización política capaz de movilizarlos para protestar más directamente contra el régimen. La característica común de los seis grupos es que estaban desilusionados con las tradicionales alternativas a la dictadura. Se beneficiaron de las tecnologías de la comunicación contemporáneas, por supuesto. En las grandes ciudades, hay cibercafés por todas partes, y hasta los pobres tienen teléfonos móviles. Ésta es principalmente una cultura de jóvenes, pero está a disposición de muchos, en todas las clases sociales. Debemos señalar, sin embargo, que las redes sociales únicamente influyeron en las fases preliminares. Una vez puesta a rodar la bola de nieve, el valor de dichas redes se depreció a favor de medios más tradicionales, como la televisión y la radio.

A partir de la manifestación del 28 de enero, la plaza de Tabrir estuvo continuamente ocupada por manifestantes. El 1 de febrero, una manifestación aún mayor exigió la renuncia de Mubarak. Al día siguiente, los matones policiales desplegados para atacar a los ocupantes fueron expulsados de la plaza. Siguió una movilización mucho mayor el 4 de febrero. El 7 de febrero, las huelgas habían empezado a generalizarse. El 10 de febrero, el Consejo Militar Supremo se reunió por primera vez desde 1973. Mubarak

cayó el 11 de febrero, ante una revuelta popular cada vez mayor. ¿Cómo deberíamos describir la composición social de la protesta?

Las multitudes de la plaza de Tahrir representaban la masa crítica de la sociedad egipcia, desde la clase media baja a la clase media alta. Se encontraba de todo, desde ricos empresarios y agentes bursátiles a oficinistas y tenderos, conserjes y guardias de seguridad. En esta amplia gama, había gente de todas las edades, desde abuelos a niños pequeños, de ambos sexos y de las dos confesiones principales. Las mujeres participaron activamente desde el primer día, ancianas con velo y activistas sin velo iban de la mano. Muy asombrosa en la multitud fue la completa ausencia de acoso sexual, que se ha convertido en un problema serio en la vida pública egipcia en los dos últimos años. De igual modo, no hubo tensiones entre musulmanes y coptos. El ministro del Interior llevaba ya bastante tiempo fomentando el antagonismo entre las dos comunidades, pero desde el primer día del movimiento podía verse a los cristianos de la mano y formando un círculo en torno a los musulmanes cuando oraban, y a los musulmanes formando un cordón en torno a los cristianos cuando celebraban misa en la plaza.

¿Y qué hay de la clase obrera?

En cuanto a distribución de la renta, los trabajadores fabriles pertenecen a las filas de la clase media baja en la sociedad egipcia y también ellos participaron activamente desde el primer día; no en la plaza de Tahrir, sino en Alejandría, que tiene muchas fábricas grandes en sus alrededores, así como en ciudades de provincia de todo el país. Un cálculo común es que en total la revuelta ha debido de movilizar entre 10 y 15 millones de personas; de ellas, un máximo de 5 millones en El Cairo. En la parte desempeñada por los trabajadores en el movimiento, las manifestaciones fueron anteriores a las huelgas. Se produjo una enorme cantidad de turbulencia social en todo el país y en todos los ámbitos económicos, desde ciudades del canal, como Port Said, Ismailia y Suez, a oasis turísticos del desierto occidental. En el oasis de al-Wahat, donde se está excavando la montaña para construir un hotel de lujo con un enorme coste y se están gastando millones en opulentas instalaciones turísticas, mientras que los lugareños prácticamente no reciben nada, la ira social era tan fuerte que el jefe de policía tuvo que ser trasladado por disparar contra los manifestantes, incluso antes de la caída de Mubarak. La represión y la explotación fueron las dos cerillas que encendieron la acción popular; la represión afectaba a las capas más ricas de la clase media y la explotación a las más bajas.

Las huelgas vinieron después, cuatro días antes de que cayese Mubarak. Fueron comunes en los últimos días: se calcula que unos dos millones de trabajadores habían participado en algún tipo de actividad huelguística en la década anterior. Pero las huelgas habían sido en general apolíticas, ceñidas a demandas salariales, resistencia a los despidos, presión a favor de una jubilación más temprana; y habían sido estrictamente locales; nunca habían inten-

tado emprender una acción industrial en todo el país. Eso se debía, en parte, a que la vigilancia era tan estricta que los trabajadores sólo organizaban huelgas con aquellos a quienes conocían y en quienes confiaban, que vivían al lado, cerca de la fábrica. Carecían de la confianza necesaria para las huelgas nacionales, porque no podían extender la misma confianza a trabajadores de otros barrios o provincias. Asimismo, mientras las demandas fuesen meramente de modestas mejoras económicas, el régimen las toleraba –Gamal no quería espantar a los inversores extranjeros disparando contra los huelguistas– e incluso podía tratarlas como una especie de remanente del contrato social que en otro momento había esbozado. Pero una vez comenzado el levantamiento, cualquier huelga adquiriría fuerza política y daba impulso a la revuelta. En los días anteriores a la caída de Mubarak, los líderes huelguistas empezaron a exigir la creación de una confederación nacional independiente de trabajadores, en lugar de los falsos sindicatos de la dictadura. Ciertamente, todo esto sacudió al régimen. Pero las conexiones entre los líderes de las huelgas y las organizaciones movilizadas en la plaza eran muy débiles y sería erróneo imaginar que la acción industrial fue la paja que le rompió el lomo al camello.

¿Y en cuanto al subproletariado de los suburbios de El Cairo y de otras grandes ciudades?

Son los más pobres de entre los pobres, de quienes muchos temían que un día protagonizaran una *jacquerie* egipcia. En El Cairo y sus alrededores, ascendían a cinco o seis millones de personas, viviendo en condiciones infrahumanas: barrios de chabolas sin agua corriente, sin electricidad, sin alcantarillado y sin escuelas. La palabra árabe que hace referencia a estos lugares es *ashwa'yyat* y procede de una raíz que significa «fortuito». Los pobladores de los *ashwa'yyat* son fortuitos, seres humanos contingentes para aquellos con una vida asentada, a los que aterrorizan, como personas que no poseen nada, que descienden de sus siniestros hábitats sobre la ciudad ordenada, hablando un árabe extrañamente distorsionado, buscando desesperadamente trabajo, robando cosas y acosando a los ciudadanos antes de retirarse a su oscuro mundo. ¿No podrían algún día saquear la ciudad y quemarla? Por fortuna, esta amenazadora masa humana estuvo completamente ausente de la revuelta, lo cual probablemente contribuyó a su carácter civilizado y pacífico. Un día antes de la dimisión de Mubarak, los activistas de Alejandría planeaban convocarla a la ciudad, para aumentar aún más las cifras del movimiento. Si lo hubieran hecho, habrían sembrado, sin duda, el pánico en todo el país. En el otro extremo de la escala social, por supuesto, la capa verdaderamente rica de la sociedad egipcia –la elite empresarial superior– tampoco participó en el movimiento. Éstos, principales beneficiarios del régimen, apoyaban, como es natural, a Mubarak, y tenían los motores de sus aviones privados encendidos, dispuestos para huir en caso de necesidad.

¿Pero son tan homogéneos quienes proceden de las ashwa'yyat? Después de todo, se calcula que suponen un quinto de la población total. ¿No muestran los estudios sociológicos que incluyen a bastantes jóvenes, o no tan jó-

venes, preparados, personas que no pueden permitirse vivir en el centro de la ciudad, pero que no son chabolistas indigentes?

Sí, los residentes en las periferias de las grandes ciudades componen al menos dos grupos distintos, que en general se corresponden con barrios diferentes. Por una parte están quienes ya no pueden permitirse vivir en la ciudad propiamente dicha y se trasladan a unos barrios históricos de hecho, que en el caso de El Cairo existen desde al menos el siglo XVIII, pero que se han deteriorado enormemente en los últimos treinta años, más o menos. Conservan fuertes redes sociales y están muy politizados, pero terriblemente desvalorizados por el abandono estatal. Por otra parte, tenemos las barriadas de chabolas propiamente dichas, formadas por chabolas irregulares, construidas en los últimos diez-quince años, sin servicios ni infraestructura de ningún tipo, atestadas de pobres de necesidad, que migran de zonas rurales o pueblos.

Aun así, ¿son realmente el equivalente contemporáneo de las classes dangereuses que la burguesía del siglo XIX tenía en su imaginación? Quienes viven en ashwa'yyat suponen más de la cuarta parte de la población de la zona metropolitana de El Cairo. ¿Podría haber esperanza de democracia en Egipto si se les excluye de antemano de la movilización política, por constituir una dificultad para cualquier manifestación?

Separando los barrios históricos, la proporción es significativamente menor, tal vez entre dos y tres millones de personas. Dicho eso, para ser realista, la política revolucionaria debe tener en cuenta los temores y las ansiedades existentes en una sociedad de clases. La organización del levantamiento se produjo en cuestión de días y siguió siendo tenue e improvisada. No había forma de que pudiese canalizar una explosión colectiva y violenta de los barrios de chabolas, la cual sólo habría ayudado a la dictadura a cerrar las escotillas. El levantamiento también habría corrido el riesgo de que se produjesen estallidos de delincuencia individual o saqueo, cuando la policía se retiró de las calles. Por lo tanto, debemos considerar una fortuna que nada de esto ocurriese. Ciertamente, el hecho de que no pasase mostró, asimismo, que esta masa de pobres está trágicamente aislada de los vínculos normales del resto de la sociedad. La prioridad es reintegrarlos en la vida de la ciudad. La mayoría de los candidatos presidenciales surgidos del levantamiento, por no decir todos, han declarado que, de ser elegidos, la primera cuestión de su programa será la de ampliar las infraestructuras y los servicios públicos –vivienda decente, agua limpia, colegios, policía– a los *ashwa'yyat*, para devolver las periferias a las ciudades a las que pertenecen.

El campesinado fue, según todas las apariencias, la otra gran clase que se mantuvo pasiva durante el levantamiento. ¿Podía haberse predicho?

Las condiciones en el campo son producto de un largo proceso histórico. En la década de 1950, cuando Nasser llegó al poder, los campesinos supo-

nían al menos el 80 por 100 de la población y él se aseguró de que no se movilizasen políticamente. Es cierto que también les tenía miedo a los obreros, pero al menos éstos estaban concentrados en grandes ciudades, donde los podía vigilar y controlar. Los campesinos eran mucho más numerosos y estaban dispersos, y no podía tratarlos de la misma forma. Su régimen proclamó una reforma agraria, pero ésta no provocó la redistribución de beneficios entre la masa del campesinado. Advirtieron a los grandes terratenientes que sus propiedades tendrían un límite máximo, pero les dieron tiempo suficiente para deshacerse de las que excedían del límite, ya fuese transfiriéndolas a parientes o vendiéndolas en el mercado abierto. El resultado fue la aparición de una nueva clase de propietarios intermedios, con propiedades entre 20 y 100 *feddans*, incorporada al partido del régimen, que entonces era la Unión Socialista Árabe. Los campesinos fueron esencialmente transferidos del tutelaje de los grandes propietarios al de este estrato. Dependiendo de estos explotadores, siguieron aislados de la vida del Estado.

Pero sus arrendamientos quedaron protegidos: no podían ser expulsados de sus parcelas por terratenientes empeñados en subir el precio del arriendo. A comienzos de la década de 1990, sin embargo, Mubarak aprobó una ley, en vigor en 1997, que permitía a los terratenientes hacer exactamente eso. Como resultado, se produjo una oleada de revueltas campesinas en los dos años siguientes, cuando decenas de miles de aldeanos se negaron al desahucio, incendiaron cultivos y atacaron a sus opresores. El gobierno envió fuerzas de la seguridad central que arrasaron aldeas enteras y contuvieron el descontento. Desde entonces, poco más se ha oído del campesinado. Si a los activistas de la oposición les era difícil llegar a los trabajadores, más aún contactar con el campesinado, forzosamente más despolitizado. Por consiguiente, no sorprende que en las tres cortas semanas del levantamiento, la población rural –aun aprobando tácitamente la revuelta– participara tan poco.

¿Hay diferencias regionales significativas en el campo?

Históricamente, el país siempre ha estado dividido en dos partes, el Bajo y el Alto Egipto: el primero abarca desde unos kilómetros al sur de la capital hasta el Mediterráneo, y contiene en torno al 85 por 100 de la población, mientras que el segundo se extiende hacia el sur, hasta Sudán. Esta región del sur, conocida habitualmente como el Sa'id, podría considerarse una versión egipcia de Sicilia, con tradiciones de honor familiar, *vendettas*, tráfico mafioso de armas y drogas. Al contrario que en el resto del país, la población rural tiende a estar armada y tiene sus propios motivos de queja contra el régimen. Aunque relativamente predominan los coptos, el Sa'id fue el más afectado por la militancia islámica desde finales de la década de 1970 hasta mediados de los noventa. Asimismo, el Estado ha enviado a menudo a sus gobernadores más duros al sur, para intentar poner la región bajo un control más recio, y al mismo tiempo ha invertido mucho menos

que en el norte, precisamente por su carácter insubordinado. Pocas lágrimas debieron de derramar allí por la defenestración de Mubarak.

B. EL RÉGIMEN

Mubarak se ha ido, pero los aparatos sobre los que descansaba su dictadura no han desaparecido. Las fuerzas armadas ejercen ahora el poder máximo, en forma de Consejo Militar Supremo. ¿Cómo debería caracterizarse el ejército egipcio y qué función es probable que desempeñe ahora?

Cuando un régimen tiene que llegar al poder por la fuerza militar, bien sea mediante un golpe de Estado o por conquista, deriva en una estructura tripartita, con una división del trabajo entre sus tres componentes, cada uno de los cuales cristaliza en tres instituciones separadas. El primer componente de este «triángulo de poder» consta de aquellos que ejercen el gobierno cotidiano a través de un aparato político, en general compuesto por una presidencia (o monarquía) y un partido dominante. El segundo componente consta de los oficiales del ejército, que manejan la represión interna mediante un complejo de seguridad de múltiples capas que incluye la policía, el servicio de espionaje y fuerzas paramilitares. El tercer grupo consiste en aquellos que vuelven a los barracones y siguen representando al ejército propiamente dicho. Con el tiempo, cada grupo desarrolla sus propios programas, que los observadores minimizan o combinan erróneamente. Porque las instituciones desarrollan sus propias identidades, forman sus propios intereses corporativos y modelan a sus miembros a su propia imagen. Así, en el caso de Egipto, analistas de todo el espectro político tienden a hablar de Mubarak, Omar Suleiman y Ahmed Shafiq como figuras militares, porque Mubarak era jefe de las fuerzas aéreas hace treinta y cinco años, Suleiman era general del ejército hace más de veinte años y Shafiq comandaba las fuerzas aéreas hace diez años. Pero este tipo de clasificación engaña. En cuanto pasan al aparato político o de seguridad del régimen, estos agentes ya no representan los intereses del ejército en cuanto institución.

Por temperamento y formación, el ejército no está particularmente inclinado a ejercer el gobierno directo ni la represión interna. Su interés tiende a radicar en mejorar su capacidad militar y su rapidez de combate en general, además de la posición económica de las fuerzas armadas en su conjunto. El cuerpo de oficiales se contenta a menudo, como en Turquía y Latinoamérica, con establecer un procedimiento político en el que haya partidos enfrentados, y después retirarse para actuar como guardián del sistema que acaba de crear: intervenir sólo cuando es necesario mediante advertencias o golpes «correctivos» limitados.

Muy diferente es la camarilla de seguridad, una criatura antinatural que únicamente puede prosperar en un ambiente autoritario. Si el régimen se democratiza, se desvalorizará por completo, y su influencia disminuirá.

Igualmente importante, sus miembros comprenden que los harán responder por las atrocidades cometidas; en comparación con el ejército, el aparato de seguridad está mucho más implicado en las conculcaciones de los derechos humanos y tiene muchas menos posibilidades de obtener una amnistía. Cuando hay un cambio democrático, los nuevos gobernantes temen enfrentarse al ejército, pero no dudan en mandar a juicio a los oficiales de seguridad. Por consiguiente, al contrario que el ejército, los órganos de seguridad siempre presionan para que continúe el régimen autoritario.

Los líderes políticos de este sistema están normalmente suspendidos en medio. Son vulnerables en la medida en que carecen de medios directos para reprimir a la población sin el apoyo del complejo militar o de seguridad. Al mismo tiempo, no requieren necesariamente un escenario ultraautoritario permanente; pueden seguir aferrándose al poder y al mismo tiempo hacer concesiones limitadas que conduzcan a una «semiliberalización» o «cuasiliberalización». Debido a estas disposiciones y capacidades diferentes, los tres componentes de este tipo de régimen cooperan y compiten entre sí, con unos intereses que se superponen y divergen constantemente, de acuerdo con la evolución interna o internacional. Lo que complica todavía más la imagen es que ninguno de estos componentes es de carácter monolítico; cada uno tiene sus propias subdivisiones y tensiones internas.

¿Los militares egipcios han personificado este esquema?

Con Nasser, como he mencionado, el ejército estaba originalmente a cargo de la represión interna. Pero tras la Guerra de los Seis Días, en 1967, el aparato político decidió que ya había tenido suficientes cambios de humor en las fuerzas armadas y empezó el proceso de aislar políticamente al ejército, con el pretexto de profesionalizarlo. Este proceso lo hizo avanzar en gran medida Sadat en los días anteriores a la Guerra de Octubre de 1973, y después de dicha guerra. Mubarak lo prosiguió en la década de 1980. El último líder carismático del ejército egipcio, el mariscal de campo Abd Al-Halim Abu Ghazala, fue destituido en 1989. A partir de entonces, las fuerzas armadas quedaron políticamente esterilizadas.

Hoy, el tamaño total del ejército es de unos 450.000 miembros. De ellos, unos 300.000 son reclutas. Todos los hombres egipcios son llamados a filas durante un año si tienen un título universitario y tres si no lo tienen, a no ser que dispongan de exención familiar (carecer de hermanos que cuiden a los padres) o médica. Los reclutas por lo general reciben poca instrucción militar; podrían acabar disparando un fusil unas cuantas veces, pero eso es todo. Básicamente desempeñan tareas logísticas y de «chicos para todo»: limpiar y barrer, entregar recados, comprar víveres para los oficiales. La verdadera fuerza del ejército radica en sus oficiales y suboficiales profesionales. Su posición dentro del sistema dominante, y la sociedad en general, es a menudo mal interpretada en el extranjero. Es mucho menos privilegiada de lo que muchos observadores imaginan. Políticamente hablando, con Muba-

rak, la fuerza del ejército era mucho menor que la del partido en el poder y los organismos de seguridad. También socialmente, la posición de los oficiales del ejército se ha depreciado, en comparación con la de sus homólogos de la policía o del P.D.N. Nadie los consideraba los dueños del país.

Económicamente, a los oficiales les garantizaron cierta autonomía; les dieron control sobre sus propias empresas y una buena cantidad de tierras, para mantenerlos dóciles. Sadat y Mubarak comprendieron que, si querían abrir la economía, no podían permitirse dejar el ejército a merced de las fuerzas de mercado; tenían que asegurarle la autosuficiencia. Por eso le concedieron proyectos que proporcionasen beneficios para financiar una vida decente a los oficiales: un coche, un piso, una casa de vacaciones, y similares. Pero esto no es un imperio económico al estilo del forjado por el ejército turco, por ejemplo. Es una empresa mucho más modesta. Las instalaciones militares están bastante destartadas en comparación con lo que se ofrece en los distritos caros de El Cairo. Los oficiales no se han enriquecido exageradamente. Lo que ganan en el ejército de tierra o en las fuerzas aéreas palidece en comparación con lo que gana un alto mando de la policía o un miembro del partido en el poder. Con Mubarak, el ministro del Interior acumuló 1.000 millones de dólares en su cuenta bancaria. El ministro de Defensa ni soñaba con tanto dinero.

Estratégicamente, además, pese a su moderno armamento, el ejército egipcio padecía una crisis de identidad. Después de la Guerra de Octubre, Sadat comprendió que, si quería evitar que las fuerzas armadas se frustrasen en exceso, tenía que darles una considerable satisfacción simbólica. Así que se aseguró de que Estados Unidos les proporcionase la instrucción y las armas más avanzadas, al igual que el prestigio de ser el décimo ejército más grande del mundo. Pero se han dado cuenta de que esto es sólo fachada y se sienten completamente ineficaces. No tienen capacidad para proyectar poder estratégico en ninguno de los países circundantes; no únicamente Israel, sino tampoco el resto de los vecinos de Egipto. Tras la Primera Guerra del Golfo, se habló de que las fuerzas egipcias participasen en el sistema de seguridad del Golfo —lo que se conoció como la Declaración de Damasco de 1991—, pero los estadounidenses se negaron, prefirieron solucionarlo mediante la instalación de bases propias en países del Golfo. Después surgió la cuestión de participar más activamente en la estabilización de Gaza o de Líbano. También quedó en nada. Pero fue la división de Sudán, semanas antes de la revuelta de enero, la que produjo ondas expansivas en todas las fuerzas armadas. Sudán ocupa un lugar central en la doctrina de seguridad nacional egipcia. La secesión del sur amenaza el control de Egipto sobre la cabecera del Nilo. Mas de nuevo le dijeron al ejército que ello era área de influencia estadounidense. Por lo tanto, se generalizó entre los oficiales el sentimiento de que uno se alista en el ejército para construir carreteras, dirigir explotaciones pesqueras o cualquier cosa no relacionada con las tareas militares. El primer capitán que fraternizó con los manifestantes de la plaza empezó quejándose de esto. ¿Qué hemos estado haciendo en realidad? ¿Cuál es nuestra misión? ¿Qué hemos hecho en Gaza o en Sudán?

Las pruebas de este mal se vieron tras la salida de Mubarak. Durante más de treinta años, desde la caída del sah, el régimen nunca permitió que buques iraníes, ya fuesen civiles o militares, atravesaran el Canal de Suez. Un mes después de la partida de Mubarak, el ejército egipcio daba paso a dos buques de guerra iraníes con destino a Siria, negándose a cumplir las exigencias de Estados Unidos e Israel para que impidiese el paso o como mínimo efectuase un registro. Los militares no tienen intención de quemar sus puentes con ninguno de estos dos países. Simplemente enviaban el mensaje de que serán ellos los que decidan cuál es el interés nacional, como hace el ejército turco, por ejemplo. Dieron otros pasos en esa dirección a mediados de marzo, cuando el Consejo Militar Supremo envió al nuevo director de Inteligencia General a Siria y Catar para analizar formas de mejorar las relaciones estratégicas. Por supuesto, Siria y Catar, en concierto con Turquía e Irán, forman parte de un nuevo bloque de poder regional que intenta garantizar una autonomía relativa frente a la agenda occidental, sin necesariamente enfrentarse a ninguna de las principales potencias occidentales.

En todo esto no hay señal –todavía– de que existan divisiones serias dentro del aparato militar egipcio. Si hubiese habido fracturas reales entre los rangos superiores y los inferiores durante la revuelta popular, habríamos visto indicios: los rangos inferiores, por ejemplo, desafiando las órdenes de poner fin a las manifestaciones. O habríamos visto a docenas de soldados y suboficiales rompiendo filas y uniéndose a las manifestaciones, esa confraternización a gran escala que ocurrió durante la Revolución iraní, por ejemplo. No hemos observado nada de eso en Egipto. Por ahora, el ejército mantiene una voz unificada, en todos los cuerpos y en todos los rangos.

¿Cómo se conectaron el aparato político y el militar entre sí en tiempos de Mubarak?

A partir de 1967, el presidente es el comandante en jefe de las fuerzas armadas. Nombra al ministro de Defensa, a los comandantes de los distintos cuerpos, y al estado mayor. También tiene directamente bajo sus órdenes a la Guardia Republicana, a la que la prensa denomina la Guardia Presidencial, que forma un quinto cuerpo junto con el Ejército de Tierra, la Armada, las Fuerzas Aéreas y la Defensa Aérea. La Guardia mantuvo un tamaño bastante pequeño durante una década y media desde su creación, en 1953, con un número que no superaba varios cientos de hombres. Cuando Nasser empezó a marginar políticamente al ejército, tras la derrota de 1967, aumentó este cuerpo de elite al tamaño de batallón; Sadat después lo amplió a una brigada de unos 15.000-30.000 soldados –las cifras no son concretas– equipados con armamento pesado. Al contrario que otras unidades militares, la Guardia no está estacionada en cuarteles fuera de la ciudad, sino alrededor de los diferentes palacios presidenciales, y su comandante siempre ha sido elegido por la especial lealtad al gobernante. El 11 de febrero, los manifestantes temían que Mubarak movilizase a la

Guardia para sofocar la revuelta. Pero al final ésta se puso del lado del resto del ejército, no del presidente.

¿Cuál es la diferencia entre las fuerzas de seguridad y el ejército regular?

Cuando Nasser llegó al poder, encargó a uno de sus colaboradores más cercanos, Zakaria Mohieddin, que convirtiese la Sección Especial del Ministerio del Interior, creada por los británicos, en el Departamento General de Investigaciones, responsable de vigilar y evitar cualquier actividad política, con ayuda del recientemente creado Servicio de Inteligencia General. Pero el ejército decidió apoyar la tarea de mantenimiento del régimen. Bajo su carismático comandante, el mariscal de campo Amer, los departamentos de Inteligencia Militar, Policía Militar y Prisiones Militares influyeron enormemente en la seguridad interior. Tras la guerra de 1967, cuando Nasser intentó reducir el tamaño del ejército, el departamento de Inteligencia Militar quedó reducido al espionaje de ejércitos de otros países; Inteligencia General fue redirigido al espionaje exterior y la contrainteligencia interna (contra agentes enemigos en Egipto); mientras que el Departamento de Investigaciones Generales quedó encargado del control exclusivo de la represión interna.

Después Nasser decidió que necesitaba otro organismo para controlar las calles y creó las Fuerzas Centrales de Seguridad, basadas, como el ejército, en el reclutamiento forzoso, y en la misma escala: 300.000 soldados. Su trabajo sería mantener el orden y proteger lugares estratégicos: el edificio de televisión, los ministerios, el Parlamento, embajadas extranjeras y bancos. La represión interna tenía entonces una cabeza y un brazo: la cabeza era el Departamento General de Investigaciones y el brazo eran las Fuerzas Centrales de Seguridad. Sadat ascendió al primero para convertirlo en el Servicio de Investigaciones de Seguridad del Estado –nuestro propio ss– y también aumentó las Fuerzas Centrales de Seguridad. Con Mubarak, se ha calculado que el personal total dedicado a la represión interna alcanzó la impresionante cifra de 2 millones de operativos. De ellos, sin embargo, millón y medio eran matones contratados o informadores sin uniforme ni rango, a menudo personas con expediente delictivo que habían establecido pactos con las autoridades; no forman parte ni de la policía propiamente dicha ni de las fuerzas centrales de seguridad ni del ss. Por consiguiente, aunque la cifra total está muy inflada, el que anduviese por ahí tanta gente con relaciones sombrías con la policía ha aterrorizado a los ciudadanos.

Si se excluye a éstos, nos queda un aparato de seguridad de aproximadamente 400.000 miembros, de los cuales 300.000 son reclutas armados con porras, pero dirigidos por una elite a la que en general se hace referencia como las Fuerzas Especiales, equipadas con vehículos acorazados, balas de goma, mangueras y gas lacrimógeno para el control de disturbios. Hay asimismo unos 70.000 policías propiamente dichos, encargados de las drogas, el vicio, el turismo, etc. Por último, el ss, la fuerza más letal, cuenta con unos

3.000 agentes que disponen de las tecnologías más modernas para detectar la disensión política y torturar a los detenidos.

Y respecto a la organización de partido de la dictadura, el PDN, en estrecho contacto con el nuevo laborismo, el PS, el SPD y el resto de la socialdemocracia europea, sus compañeros de la Internacional Socialista, ¿qué tipo de estructura es?

En 1953, Nasser, que en aquel momento no era todavía primer ministro, decidió formar lo que denominó Concentración para la Liberación: un movimiento de masas inconexo que debía socavar y después sustituir a todas las demás fuerzas políticas del momento. Cinco años después, la convirtió en la Unión Nacional, para que organizase manifestaciones de apoyo al régimen, reuniese los votos necesarios si hacían falta elecciones y referendos y en general actuase como caja de resonancia del presidente en la sociedad. Encomendó a algunos de sus lugartenientes más próximos la tarea de crear este partido, que en 1962 se había convertido en la Unión Socialista Árabe. Amer había resultado imposible de eliminar como jefe del ejército y Nasser quería complementar su propio carisma y popularidad con una organización política firmemente establecida, que sirviera de contrapeso al ejército. En teoría, el objetivo era movilizar a las masas, pero en la práctica la Unión Socialista Árabe sencillamente se introdujo en las estructuras de poder existentes en el campo, donde seguían viviendo tres cuartas partes de la población egipcia, atrayendo a los medianos terratenientes, que económicamente eran las cifras dominantes en las aldeas, para sumar votos de los campesinos.

En las ciudades, Nasser había confiado en los capitalistas durante toda la década de 1950, pero ellos evitaban invertir porque desconfiaban del ejército. Con la oleada de nacionalizaciones de 1961, la mayoría de estos capitalistas pasó a formar parte de la maquinaria estatal. El ejemplo más famoso es el de Osman Ahmed Osman, el magnate de la construcción y hombre más rico del país. Cuando su empresa fue nacionalizada, se convirtió en director gerente de la misma, trabajando para el Estado. Una vez incorporada a la burocracia, esta capa social se convirtió también en un componente clave de la Unión Socialista Árabe. Naturalmente, no había en ella nada de socialista, ni nada relacionado con la movilización de masas. La función del partido era simplemente atraer a la burocracia y a los trabajadores del sector público, por una parte, y a los campesinos, por otra, al apoyo clientelista del régimen.

Ésta fue la estructura heredada por Sadat en la década de 1970. Hacia finales de dicha década, éste decidió crear una fachada democrática, permitiendo a algunos izquierdistas crear el partido Tagammu, y a otros con tendencias más liberales operar con los partidos Wafd y Liberal, como decoración de un sistema en el que el partido en el poder cambió su nombre a Partido Democrático Nacional en 1978, exactamente con las mismas redes cacic-

quistas de antaño. A su debido tiempo, Mubarak se hizo con él. Pero a finales de la década de 1990, con una economía abierta y un régimen dispuesto a atraer inversión exterior, hacía falta otro lavado de cara. Ahí es donde entró Gamal Mubarak. Su círculo lo convenció de que podía cambiar el PDN eludiendo a los tecnócratas que lo dirigían, y que en general se habían enriquecido con sobornos y comisiones como intermediarios, para escuchar a verdaderos empresarios más jóvenes, mejor preparados y, más importante, vinculados con los centros capitalistas mundiales. Ellos podían infundir al PDN «nuevas ideas» para hacerlo más atractivo y, al mismo tiempo, ofrecer a Gamal una plataforma para sus ambiciones presidenciales.

Mubarak, que deseaba traspasar el bastón de mando a su hijo, respaldó la creación del Comité de Política, convertido en el nuevo núcleo del partido, a expensas de sus patriarcas tradicionales. Uno de éstos, Kamal El-Shazly, famosamente retratado en una novela muy vendida, *El edificio Yacobián*, murió muy oportunamente. A otro, Safwat El-Sherif, lo catapultaron hacia arriba, nombrándolo secretario general del partido. De ese modo, el cambio produjo egos heridos, pero no verdaderas divisiones en el PDN. Tanto la vieja guardia como la nueva estaban juntas en el mismo barco, un barco formidable, por cierto. El PDN tenía millones de afiliados nominales, de los cuales tal vez dos millones participasen activamente. Un joven empresario que deseara salir adelante, o un pequeño comerciante que no quisiera ser acosado por la policía, debían afiliarse al partido. Por consiguiente, muchos de los afiliados lo eran por acomodación, pero sin convicción. Sin embargo, eso no debería hacer perder de vista el que muchos tienen mucho que perder si se disuelve el PDN.

Ha efectuado usted una clara descripción del triángulo de poder sobre el que descansaba la dictadura. Pero, por supuesto, había otro poder decisivo del que dependía, fuera del país. Estados Unidos era el garante último del régimen, desde el momento en que Washington salvó a Sadat del cerco israelí en 1973, cuando el ejército de Israel estaba a punto de eliminar a los ejércitos egipcios en el Sinaí y repetir su victoria aplastante de 1967. El precio de ese rescate fue Camp David y la conversión de Egipto en un pivote del sistema estratégico estadounidense en Oriente Próximo. El levantamiento popular contra Mubarak puso a Estados Unidos en alerta roja y está muy claro que la decisión final del ejército de abandonarlo la tomó en consulta con la Casa Blanca, por no hablar del Pentágono. ¿Cómo describiría usted la relación de los diferentes componentes del régimen con sus patronos estadounidenses?

A partir de la década de 1980, tres instituciones mantenían una interacción regular con Estados Unidos: el servicio de espionaje exterior, el ejército y la presidencia. El Servicio de Inteligencia General, a las órdenes de Omar Su-leiman, era, por supuesto, después del Mossad, el socio principal de la CIA en Oriente Próximo, y colaboraba directamente con ella para manipular a la OLP, asfixiar a Hamas y torturar a prisioneros en el sistema de rendición es-

tadounidense. Tras el 11-S, su importancia para Langley aumentó, como es natural. Suleiman era probablemente el gobernante egipcio más valioso para Washington. Mubarak podía ser lento y terco, pero Suleiman no era ninguna de las dos cosas, y tanto las autoridades estadounidenses como las israelíes lo consideraban el mejor sucesor posible al gobierno del país.

En el aspecto político del régimen, a partir de los tiempos de Sadat, siempre ha habido un estrecho contacto entre los presidentes de ambos países, con muchas visitas de Estado mutuas, desde que Egipto se convirtió en «firme aliado regional» de Estados Unidos. En su viaje a Oriente Próximo, Obama hizo la primera parada en El Cairo, donde pronunció el discurso que le valió el Nobel de la Paz; y dos meses después brindaban por Mubarak en Washington. Junto con este tradicional alineamiento diplomático, se produjo un aumento de los lazos comerciales. Sadat dijo abiertamente que su mejor amigo era David Rockefeller, de quien tomó las ideas acerca de cómo modelar la economía egipcia. El presidente intervino para introducir primero Chase Manhattan, después Boeing, Westinghouse, GM y otras multinacionales estadounidenses en Egipto. Antes de que terminasen los años ochenta, la Cámara de Comercio estadounidense en Egipto era el grupo de presión empresarial más fuerte del país. Las «visitas de propaganda» a Estados Unidos se hicieron constantes. Cada presidente que visitaba Estados Unidos iba acompañado por un gran séquito de empresarios y funcionarios del partido en el poder, que visitaban los diferentes *lobbies* de Washington y, tras la partida del presidente, se dispersaban por el país en busca de contratos e inversores. Estas conexiones se estrecharon mucho cuando Mubarak nombró en 2004 el gobierno de empresarios dirigido por Ahmed Nazif, un gobierno recibido con entusiasmo por Wall Street. También las grandes empresas estadounidenses podían ganar mucho con este equipo neoliberal de El Cairo, mientras que la elite de las nuevas empresas que se hicieran fuertes en el PDN podía esperar beneficios saludables gracias a un aumento de las inversiones estadounidenses y al cambio de la política de ayudas estadounidenses debatido en ese momento. La ayuda civil entre 850 y 1.000 millones de dólares, que en el pasado siempre había sido desembolsada al Estado egipcio, sería ahora redirigida al sector privado, para proyectos en los que éste es famosamente más eficiente y menos corrupto, como sabe todo economista de derechas. Naturalmente, habría unas decentes tarifas de asesoría estadounidenses, y habría asesores estadounidenses a mano para garantizar que se instauraban unas condiciones políticas adecuadas (Washington tiene, de hecho, cientos de ellos operando como una especie de gabinete de sombra colectivo en Egipto). Existe, por lo tanto, una mezcla de intereses mutuamente rentables entre las multinacionales estadounidenses y las grandes empresas egipcias, que se extiende a las clases políticas de ambos países.

En cuanto al ejército, no hace falta decir que las relaciones con el Pentágono han sido extremadamente cercanas. Flujos anuales de más de 1.000 millones de dólares en armas e instrucción –más que a cualquier otro ejército del mundo, excepto Israel– hablan por sí solos. Otra cosa es que con

eso Estados Unidos haya conseguido comprar una fidelidad incondicional. El Pentágono tiene una inversión vital en sus relaciones con el ejército egipcio, para mantener el control estratégico de Oriente Próximo, y sin duda los lazos personales entre los altos mandos de ambos ejércitos son a menudo muy próximos. Pero eso no significa que los oficiales egipcios sean juguetes de Washington. Tienen su propia perspectiva del mundo, e intereses corporativos que considerar. Una vez comenzada la revuelta de este año, está muy claro que el mensaje del Pentágono era, en el mejor de los supuestos, que Mubarak se quedase hasta septiembre y después lo dejase con elegancia, o –todavía mejor– que Omar Suleiman se hiciera con el poder. Está igualmente claro que en algún momento el ejército egipcio les dijo a los del Pentágono que ya no era posible: tenéis que soltar amarres; si queréis evitar el caos, frenar una toma de poder islamista, prevenir cualquier desestabilización que pudiera afectar a Israel, debemos privar al presidente del poder. Al final, Estados Unidos asintió. Y ciertamente, aunque el ejército consultó con Washington, yo pienso que tomó una decisión racional por razones propias.

C. EL PRIMER MES

El Consejo Militar Supremo, reunido el 10 de febrero, fue el organismo que tomó la decisión. ¿Qué categoría tiene, quién lo compone y cómo funciona?

El Consejo se reúne, en teoría, cuando el país está en guerra. Por lo tanto, fue convocado en 1967 y 1973, siempre presidido por el comandante en jefe de las fuerzas armadas, es decir, Nasser en el primer caso y Sadat en el segundo. Por eso, cuando el Consejo se reunió el 10 de febrero sin Mubarak y un analista militar explicó en televisión que se había reunido por decisión propia, sin invitación del comandante en jefe y sin su presencia, fue el equivalente a un motín, y anunciaba que el régimen de Mubarak había acabado.

Desde entonces, el Consejo se mantiene en sesión permanente y se reúne en el Ministerio de Defensa. Está compuesto por el ministro de Defensa, el jefe del Estado Mayor, los jefes máximos de los cinco cuerpos del ejército, de los cinco distritos militares en los que se divide el país, y los jefes de cada uno de los departamentos especializados: inteligencia, jurídico, etcétera. Pero podemos estar seguros de que son los primeros doce los que deciden. Que sepamos, las decisiones se toman colectivamente, por consenso. Hasta ahora, el Consejo ha tenido cuidado de rotar a sus miembros como portavoces, para evitar la impresión de que está dominado por uno o dos de ellos.

El presidente del Consejo, el ministro de Defensa Tantawi, ha sido durante mucho tiempo aliado de Mubarak y no hace mucho los oficiales de rangos intermedios lo denominaban su «perrito faldero», de acuerdo con los

despachos estadounidenses revelados por Wikileaks. ¿Cómo evaluaría usted su actual papel?

Tantawi era jefe de la Guardia Republicana, encargada de proteger al presidente, antes de convertirse en ministro de Defensa. Como ministro, llevaba dos chaquetas, una perteneciente al mando militar, la otra al aparato político que rodeaba al presidente, aunque desde tiempos de Sadat el ministro de Defensa no puede ser técnicamente miembro del P.D.N. Ciertamente, es un socio cercano de Mubarak, pero comprendió que debía abandonarlo y por eso se quitó la chaqueta política y decidió unirse al resto del ejército. Dicho esto, Tantawi es un anciano –tiene setenta y cinco años– y no está claro cuánta autoridad mantiene en el Consejo Militar Supremo.

¿Sería correcto decir que el punto de inflexión desde la caída de Mubarak ha sido la expulsión del primer ministro, Ahmed Shafiq, otro íntimo, a quien nombró para sofocar la revuelta, y cuyo cese el Consejo Militar Supremo se vio obligado a aceptar –ciertamente, no por iniciativa propia– el 3 de marzo?

Shafiq era un general de aviación que declaraba con orgullo que Mubarak le había enseñado a volar y otras muchas habilidades. Mubarak lo nombró comandante de las fuerzas aéreas y siempre han sido amigos íntimos; muchos, de hecho, dicen que están emparentados por matrimonio. Cuando se retiró del ejército, Mubarak lo nombró ministro de Aviación Civil, un cargo que podía reportar enormes beneficios económicos, con un gran aeropuerto internacional nuevo, la renovación de las aerolíneas nacionales egipcias, etcétera. Por consiguiente, era un político civil que llevaba casi una década de adorno en el partido dominante cuando lo nombraron primer ministro. Su trabajo fue pésimo. Se burló de los manifestantes, calificando la plaza de Tahrir de imitación de Hyde Park Corner, diciendo que habría que darles caramelos y chocolatinas. Pero en lugar de eso se produjo un brutal ataque de matones policiales el 2 de febrero. Su promesa de justicia rápida quedó en nada y es bien sabido que insultaba a los periodistas que le planteaban preguntas incómodas. Tras declarar con rotundidad que Mubarak nunca dimitiría, aclamó la «gran revolución» del 25 de enero. Además, se hizo público que Shafiq seguía en contacto con Mubarak, cuando éste se encontraba en su refugio de lujo en Sharm el-Sheikh.

El 2 de marzo, Shafiq apareció como primer ministro en un programa de debate junto a Naguib Sawiris, el millonario de las telecomunicaciones copo y liberal mecenas artístico, una especie de George Soros egipcio, al popular presentador Hamdi Kandil (no hay parentesco) y al novelista Al-Aswany, autor de *El edificio Yacobián*. Allí le recriminaron públicamente el asalto a la plaza el 2 de febrero, y el que no hubiera hecho responder a nadie por los muertos y los heridos a manos de la policía durante el levantamiento (que los últimos informes calculan en 685 muertos y más de 5.000 heridos). Al-Aswany le preguntó cómo podía ser que Mahmoud

Wagdy, su nuevo ministro del Interior –nombrado durante la revuelta y confirmado por Shafiq tras la partida de Mubarak–, siguiere afirmando que habían sido francotiradores extranjeros los que habían matado a los manifestantes y que la policía había hecho un trabajo estupendo. Perdiendo los nervios, Shafiq gritó: «¡No se ponga usted el velo del patriotismo cuando me hable!». Kandil le dijo tajantemente que era un sinvergüenza, por seguir en su puesto cuando la población claramente lo rechazaba. Veinticuatro horas después de esta conversación delante de todo el país, estaba fuera.

Este extraordinario episodio suscita la pregunta más general sobre la importancia de los distintos medios de comunicación –televisión, prensa escrita, radio y redes sociales– antes, durante y después de la revuelta. ¿Podría decir algo al respecto?

Durante cuarenta años, todos los medios de comunicación estuvieron controlados por el Estado, bajo lo que Nasser denominó primero el Ministerio de Guía Nacional y posteriormente Sadat rebautizó como Ministerio de Información. Pero en la década de 1990, por la confianza que he descrito en que no quedaba ninguna oposición seria, Mubarak permitió la aparición de medios independientes –cierto número de periódicos, canales de televisión por satélite y un cine independiente muy fuerte– que criticaban abiertamente al presidente, a su familia y el estado del país. Sólo había unas cuantas líneas rojas que no podían cruzarse. A menudo a los extranjeros les sorprende que una película como *El edificio Yacobián* pudiera hacerse en Egipto, pero hay otras muchas películas igual de críticas con el régimen; algunas, más incluso. ¿Cómo fue esto posible? En buena medida, la actitud del régimen fue la de que, sin una oposición organizada, todo esto no sería más que cháchara. Incluso podría resultar útil como válvula de seguridad: permitir que la gente se desfogue de vez en cuando podría ser mejor para el sistema. Pero la historia también era importante. Las primeras películas egipcias aparecieron ya en la década de 1920. La televisión egipcia, que empezó a emitir en 1960, fue la primera del mundo árabe. Había una larga tradición cultural en el país, con la que no podía compararse ninguna de las del Golfo, por ejemplo. En consecuencia, era difícil mantener controladas las nuevas tecnologías de radiodifusión por satélite e internet. El régimen decidió que era más prudente permitir la expresión dentro de ciertos límites negociados.

Políticamente, las tertulias televisivas se convirtieron en la forma más importante del nuevo paisaje. Las emiten por la noche en los canales por satélite independientes, con moderadores muy prestigiosos, y durante dos a tres horas, a veces incluso más, conversan y debaten sobre todo lo ocurrido durante el día. Hay cuatro o cinco, a las que los egipcios se unen cada noche para hacerse una idea general del estado del país. Hacia el final, por supuesto, el régimen empezó a convertirlas en blanco, prohibiendo algunas y templando otras. Pero no llegaron a eliminarlas y, por consiguiente, fueron fundamentales durante la revuelta, y siguieron siéndolo después. En el extranjero, se tiene la impresión generalizada de que Facebook fue el principal medio de co-

municación en la revuelta, y ciertamente fue fundamental para la generación más joven en los primeros días de protestas. Pero para la mayoría de los egipcios corrientes, las tertulias informativas eran mucho más accesibles. Una vez en marcha la revuelta, invitaban a los manifestantes a acudir a los programas, entrevistaban a policías, periodistas, empresarios, y servían de foro de debate abierto. Las repercusiones fueron tremendas.

Una vez expulsado Mubarak, el ejército cedió por fin a las demandas populares y abolió el Ministerio de Información. De un día para otro, los medios estatales han cambiado su tono a velocidad cómica y han empezado a denunciar al ex presidente y su familia, y a cantar las alabanzas del movimiento que lo derrocó. Pero no tienen ninguna credibilidad. Son los programas de debate independientes los que conservan la atención de la ciudadanía. Los organizadores de los grupos juveniles han sido recibidos en ellos, los miembros del comité para enmendar la Constitución han explicado en ellos su trabajo, los representantes del Consejo Militar Supremo han aparecido en un programa de cuatro horas, contestando llamadas en las que los espectadores preguntaban qué están haciendo; también han aparecido los líderes de los Hermanos Musulmanes y de otros grupos opositores; en resumen, todos los actores de este drama político en marcha. La gente no sólo ve estos programas para tomar el pulso de lo que ocurre en el país, sino que los propios programas se convierten en acontecimientos políticos, como en el reciente episodio con Shafiq.

Y, respecto al gobierno que ha reemplazado al de Shafiq, ¿cuál es su carácter?

El nuevo primer ministro, Essam Sharaf, es ingeniero y catedrático en la Universidad de El Cairo. Fue brevemente ministro de Transportes en el gobierno de Nazif en 2004, pero dimitió por conflictos con dicho gobierno. Durante la revuelta, se presentó en la plaza para expresar solidaridad con los ocupantes y por eso fue uno de los nombres propuestos por los manifestantes al Consejo Militar Supremo para encabezar el gobierno. De los tres ministerios más importantes, la cartera de Asuntos Exteriores la ocupa Nabil El-Araby, diplomático que acompañó a Sadat a Camp David y disintió de su acuerdo con Begin, y después hizo carrera en varias comisiones de Naciones Unidas y en la Corte Internacional de Justicia. El ministro del Interior, Mansour Al-Essawi, es general de policía de una de las partes más meridionales del Sa'id, conocido por sus esfuerzos para luchar contra la corrupción, que vivía por temporadas en París, alejado del régimen. Ya ha disuelto el ss. El ministro de Justicia, Mohamed Abdelaziz El-Guindy, es un juez de mentalidad independiente, ex fiscal general; el ministerio es políticamente fundamental, ya que está a cargo de la supervisión electoral. Otras dos figuras significativas son Samir Radwan, de Hacienda, y Gouda Abdel-Khaleq, de Seguridad Social, ambos profesores de Economía con claras tendencias de izquierda; de hecho, Abdel-Khaleq es miembro de Tagammu, el Partido Comunista autorizado.

¿Pertenece, por consiguiente, a la tradición que colaboraba con Mubarak?

Cuando los Oficiales Libres tomaron el poder, en 1952, había tres organizaciones comunistas en Egipto: el Partido Comunista Egipcio, el Partido de la Vanguardia Obrera y el Movimiento Democrático para la Liberación Nacional. Este último se unió a Nasser desde el principio; pero los otros dos no, y fueron reprimidos por él. Al fin, en la década de 1960, el presidente liberó a sus miembros de la cárcel con la condición de que todo el movimiento comunista se disolviese y se uniera a la Unión Socialista Árabe. Su plan era el de atraer a la elite intelectual comunista, usándola para sus fines en cargos oficiales, y librarse por completo de los militantes de base. Esta situación se mantuvo hasta la década de 1970, cuando Sadat pidió al único veterano de los Oficiales Libres que siempre había estado cerca de los comunistas, Khaled Mohieddin, purgado por Nasser en el 54, que formase un partido para reunir los restos de esta tradición, como leal oposición menor al P.D.N. Así, Mohieddin formó el Partido Unionista Progresista Nacional o Tagammu, como refugio respetable para los intelectuales izquierdistas de este origen. En 2003, Mohieddin dimitió y el nuevo líder del partido, Refaat El-Saeed, llegó a un acuerdo con Mubarak, con el pretexto de que el enemigo común de ambos era el islamismo. Por consiguiente, a lo largo de los noventa y en la primera década de este siglo, el comunismo egipcio estuvo completamente alineado con el gobierno. Pero lo que queda de él sigue conteniendo intelectuales de cierta competencia profesional, de los cuales los dos que ahora mismo están en el gobierno son buenos ejemplos.

¿Por qué no se han levantado aún las detestadas leyes de emergencia, ahora que Mubarak se ha ido?

Los militares prometen que se rescindirán en cuanto haya un presidente y un Parlamento nuevos. Sin embargo, lo cierto es que estas leyes llevan en vigor casi continuamente desde 1948. Las leyes de emergencia son en cierto sentido una formalidad, un símbolo de un estado de cosas, más que del estado en sí. El verdadero problema es la cultura de los policías: la ley, de emergencia o de otro tipo, no existe para ellos. Han acabado por suponer que pueden hacer lo que quieran: pincharte el teléfono, registrarte la casa, encarcelarte, golpearte. Al día siguiente de que se rescindan las leyes de emergencia uno puede seguir teniendo un policía que lleva veinte años patrullando y no entiende por qué necesita una orden judicial para pinchar el teléfono de un sospechoso de traficar con drogas, o por qué a un sospechoso que no quiere hablar no se le puede abofetear ni electrocutar. No ve estas cosas porque ésa es la única forma de actuar que conoce.

La ira popular ante esta opresión cotidiana es muy profunda. Un incidente acaecido hace unas semanas en Maadi, una parte muy rica de El Cairo, puede darle una idea de las tensiones que crea. Un joven policía se metió en una discusión de tráfico con un conductor de autobús. Se enfadó, sacó la pistola y le disparó al ciudadano en el brazo. En lugar de apartarse, en

esta ocasión los viandantes se enfurecieron tanto que atacaron al policía y lo golpearon casi hasta matarlo. Esto es lo que ocurrirá con toda probabilidad, mientras persista esta cultura de violencia policial arbitraria. Es necesario abolir las leyes de emergencia, pero lo que más ayudará a establecer un cambio es el empoderamiento de la población civil.

En Túnez, el partido en el poder ha sido declarado ilegal. En algunos aspectos, la dictadura de Ben Ali era incluso más represiva que la de Mubarak; pero como partido en el poder, el PDN se parecía mucho al Neo-Destour. ¿Cuáles son ahora sus perspectivas?

Prohibir el partido en el poder se quedaría en gran medida en un acto simbólico, porque mientras no se produzca un cambio radical en el paisaje socioeconómico, las fuerzas que se refugian en él acabarán reagrupándose en un cuerpo distinto. Aunque ciertamente, si ahora se disolviera el partido, o si a sus líderes se les prohibiese presentarse a las próximas elecciones pero se les permitiera reagruparse dentro de unos cuatro años, es posible que al final del proceso tuviéramos una organización reformada en mayor profundidad. Pero con toda probabilidad retendría considerable fuerza electoral, conservando fuertes redes clientelares, y manteniéndose como un importante actor económico y político.

¿Y si le retirasen sus activos?

El PDN no tiene muchos activos directamente a su nombre. Lo que poseen son dos bases importantes. Una es su control de la burocracia, equivalente a seis millones de personas que han sido unos partidarios y votantes dispuestos, cuyo presupuesto ha aportado un flujo constante de dinero a las arcas del partido y cuyos servicios están siempre a su disposición. Eso el PDN lo perderá. Su otra base no desaparecerá con tanta facilidad, porque comprende a empresarios del sector privado y terratenientes ricos que tienen sus propios activos, y que los han usado para apoyar al partido y para aprovecharse de él, garantizando la rentabilidad de la inversión. A menos que se les confiscara su riqueza, tendrán medios para volver. El punto crítico será la sustracción de la burocracia al PDN. Está por ver en qué medida se logrará. El partido posee muchas redes informales que ha ido forjando a lo largo del tiempo. ¿En qué medida es posible deshacerlas?

Cuando se convoquen elecciones, ¿es probable que el partido en el poder obtenga buenos resultados?

Si le permiten presentarse a las elecciones este año, ciertamente sí. Los optimistas calculan que el PDN podría obtener un tercio de los escaños, los Hermanos Musulmanes otro tercio, y los demás el tercio restante. Una opinión más pesimista calcula que el PDN y los Hermanos se repartirán entre sí el 80

por 100 del electorado. E incluso en la perspectiva más optimista, si el PDN fuese prohibido, candidatos que se presentasen como independientes, pero representando de hecho al viejo orden, probablemente obtendrían un tercio de los escaños parlamentarios o más. Las fuerzas que de hecho han echado abajo la dictadura constituirán una minoría en la asamblea parlamentaria.

Con independencia de la forma que adopte la Constitución, parece que el presidente tendrá competencias muy extensas. ¿Podemos suponer quién tiene posibilidades de conseguir el cargo?

Por supuesto, no será alguien demasiado relacionado con el partido en el poder. Por ahora hay varios candidatos. Uno es Amr Moussa, secretario general de la Liga Árabe, un tanto marginado por el régimen en años recientes, pero ministro de Exteriores de Mubarak durante una década. El-Baradei es otro contendiente importante, mucho menos asociado con la dictadura. También está en liza el magistrado Hisham Al-Bastaweissy, firme crítico del régimen, y desde hace mucho tiempo defensor de la independencia judicial. Algunos hablan de Mohamed Abdul Salam Mahgoub, coronel de la inteligencia militar considerado un buen gobernador de Alejandría, donde alcanzó tanta popularidad que fue ascendido a director del secundario Ministerio de Desarrollo Local. Por consiguiente, no se considera parte de la cohorte principal del partido en el poder. Los Hermanos Musulmanes han dicho que no presentarán candidato, pero aquel a quien apoyen tendrá una sólida base de votantes.

¿Qué dirección política podrían tomar los Hermanos Musulmanes, ahora que han salido de la clandestinidad?

Estamos en un punto en el que todos los grandes actores se están redefiniendo, en una situación completamente nueva. Hay muchas razones por las que los Hermanos pueden resultar más débiles que antes. La más importante es que su principal fuerza nació de que levantaba el estandarte de la oposición hacia el régimen brutalmente autoritario, y muchos de sus militantes han sido torturados o han muerto en prisión. Pero, incluso en una democracia limitada, ya no hacen falta mártires. La otra gran fortaleza de los Hermanos Musulmanes consistía en que en un sistema muy corrupto, que poco o nada proporcionaba a los pobres, sus servicios de asistencia ofrecían una asistencia y una solidaridad realmente fundamentales. Pero ese atractivo también descenderá si tenemos un gobierno que por primera vez responda a las necesidades de la ciudadanía.

Está, además, el conflicto interno entre la vieja y la nueva guardia. La vieja guardia la componen aquellos que se han pasado la mayor parte de su vida en la cárcel. Su principal reivindicación de autoridad es que saben trabajar en la sombra, sosteniendo un movimiento clandestino, mientras que los jóvenes reformadores idealistas, no. Pero cuando el trabajo político pasa a la legalidad,

este argumento de reserva falla. En ausencia de un peligro mortal, ya no es creíble mantener que lo arruinarás todo si dejas el partido. Los Hermanos Musulmanes pueden convertirse en un actor importante, pero no como la organización que hemos conocido hasta ahora. Tendrían que convertirse en un partido de otro tipo, con una identidad islámica más vaga, quizá como el AKP turco.

¿Y la Coalición 25 de Enero y las diversas fuerzas surgidas de la revuelta?

Era un frente heterogéneo y todavía no da señales de ser capaz de consolidarse en un único partido político. De hacerlo, el peso crítico del mismo sería liberal. Pero a estos liberales les resultaría difícil permanecer junto a izquierdistas e islamistas. Por consiguiente, es más probable que tengamos una organización mayoritaria muy liberal, con grupos izquierdistas y grupos reformistas islámicos a su lado. Hacia allí parecen evolucionar las cosas, dispersando el potencial del movimiento. La esperanza de que pudieran alzarse sobre sus diferencias para formar un partido verdaderamente radical parece irrealista. Disienten en muchas cuestiones básicas. En cooperación, tal vez consiguieran reunir un tercio de los votos, pero eso en el mejor de los casos.

¿Quiénes son los liberales en el Egipto de hoy, y cuál es su perspectiva?

Los reunidos en torno a Mohamed El-Baradei y el partido con el que él está más asociado, el Frente Democrático, pueden muy bien ser catalogados de liberales, al igual que aquellos que orquestaron en Facebook los llamamientos a la revuelta. También los partidarios de Ayman Nour y el partido El-Ghad, creado por él antes de que lo encarcelasen. Muchos organizadores de esta área de opinión proceden del Wafd histórico, el partido del nacionalismo liberal durante la monarquía, el cual parece estar resurgiendo. En los medios de comunicación y entre los intelectuales –de hecho, en la cultura en general– hay ahora mucha nostalgia por la época en la que el Wafd era la principal fuerza política del país. Desde hace cinco o seis años, se experimenta una especie de fijación por el Egipto de las décadas de 1920, 1930 y 1940, una idealización del periodo como una utopía liberal, que se ha generalizado mucho en la novela y en el cine. Al-Aswany es uno de los principales ejemplos. Una de las ventajas que los islamistas poseían radicaba en la imagen cautivadora del profeta y su vida en Medina, otra utopía a la que volver. Ahora es la edad de oro de los años veinte la que captura la imaginación egipcia. Todos los candidatos presidenciales evocan esta imagen de un pasado mejor, más abierto y cosmopolita.

D. PERSPECTIVAS

¿Cómo debe evaluarse el referendo sobre las enmiendas a la Constitución?

El Consejo Militar Supremo ha creado un comité para proponer enmiendas a la Constitución, el cual incluye a un miembro de los Hermanos Musulma-

nes y está presidido por un jurista e historiador de tendencias islamistas, Tareq El-Bishri. La elección de El-Bishri es muy significativa. No sólo está considerado en general uno de los intelectuales más destacados de Egipto, sino que su principal tratado histórico, que examina la política egipcia entre el final de la Segunda Guerra Mundial y el golpe de Estado acaecido unos siete años después, está enmarcado por la siguiente cuestión: ¿A qué se debe que la vibrante política callejera de finales de la década de 1940 y principios de la de 1950, preñada de alternativas y movimientos revolucionarios, no produjera una toma del poder, permitiendo, por el contrario, que lo asumiese el ejército? En otras palabras, una de las principales obsesiones de El-Bishri es cómo se subió el ejército a la cresta de las protestas radicales en 1952 y robó la revolución. Todas las entrevistas concedidas desde que lo nombrara el Consejo Militar Supremo reflejan su determinación de no permitir que esto vuelva a ocurrir.

El comité ha esbozado un conjunto de cambios que eliminan las restricciones de la dictadura a la presentación de candidatos; reducen la presidencia de cinco a cuatro años, con un máximo de dos mandatos; y limitan a seis meses, renovables únicamente mediante referendo, la capacidad del presidente para declarar el estado de emergencia. Por insistencia de los militares, todos estos cambios fueron sometidos a los votantes el 19 de marzo, prácticamente sin aviso previo. El PDN y los islamistas, encabezados por los Hermanos Musulmanes y los salafistas (musulmanes puritanos), pidieron la aprobación del paquete. La Coalición Juvenil de la Revolución del 25 de Enero, El-Baradei y otros candidatos presidenciales, además de fuerzas liberales y de izquierdas, se opusieron, preguntando por qué debía enmendarse una Constitución fabricada por la dictadura, en lugar de redactar una Constitución nueva, democráticamente decidida. El paquete propuesto exige que el Parlamento elegido también con poco tiempo —este otoño— nombre una asamblea constituyente encargada de redactar una nueva Constitución. Quienes apoyaron el procedimiento del plebiscito sostenían que minimiza el peligro de que el ejército se atrinchiere en el poder (en consonancia con la lógica de la preocupación de El-Bishri). Quienes lo rechazaron sostenían que la prisa por someter a plebiscito un alcance tan corto estaba calculada para garantizar que las dos organizaciones establecidas desde hace más tiempo, el PDN y los Hermanos —ambas, a su manera, profundamente conservadoras, y con menos probabilidades de contrariar al Alto Mando—, se hagan con la continuación del régimen.

La participación fue del 41 por 100. ¿Con qué vara deberíamos juzgarlo?

Desde el punto de vista egipcio, es una cifra muy alta. La población del país se acerca ahora a los 85 millones, de los cuales 45 tienen derecho a voto, y 18 ejercieron ese derecho. Parece una participación baja, en comparación con las cifras oficiales de los distintos referendos y elecciones celebrados por el anterior régimen. Pero éstos siempre fueron fraudulentos. Era fácil decirlo, porque uno nunca veía una cantidad significativa de vo-

tantes. Esta vez ha sido completamente distinto. En El Cairo, todos los colegios electorales estaban llenos, con largas filas desde las 7 de la mañana hasta las 8 o las 9 de la noche. Por supuesto, como era de esperar, la participación fue más alta en las grandes ciudades, y mucho más baja en el campo. Técnicamente, casi el 60 por 100 de la población sigue clasificada como rural, aunque en la práctica la mayoría vive ahora en aldeas del tamaño de pueblos. No hay problemas de registro, porque ahora todos disponemos de tarjeta de identidad magnética, y probablemente la participación sea mucho mayor en las elecciones parlamentarias.

¿Cómo debería interpretarse el abrumador resultado a favor de las enmiendas constitucionales (77 por 100)?

Se está debatiendo mucho. Lo que parece claro es que el *sí* significaba cosas diferentes para diferentes personas. Muchos votaron las enmiendas creyendo que su aprobación era necesaria para poner de nuevo el país en marcha. Probablemente ésta fue la razón principal para el gran porcentaje de *síes*, el miedo a que votar en contra significara prolongar el caos y la incertidumbre, impidiendo la vuelta de la normalidad. A menudo se oía decir a los ciudadanos que iban a votar *sí* porque querían volver a trabajar, ver la economía empezar a recobrase; les era muy difícil entender que esto no tenía nada que ver con votar *sí* o *no*. Otro gran factor fue la creencia, igualmente errónea, de que el *sí* era necesario para conservar el Artículo Dos de la Constitución, que declara los principios de la *sharia* la base de la legislación, y que el *no* suponía abolir la Constitución existente. De hecho, de todas formas se va a redactar una nueva Constitución, con independencia del resultado del referendo. Los ciudadanos comunes han votado esencialmente *sí* por estas razones. Estaban engañados, pero es comprensible. Tres facciones organizadas, por supuesto, los han animado a hacerlo: los restos del PDN, los Hermanos Musulmanes y los fundamentalistas salafistas (estos dos últimos basados principalmente en el segundo temor).

¿De cuándo data el Artículo Segundo de la Constitución?

De hecho, aunque pocos lo saben, su historia se retrotrae a la primera Constitución egipcia, la de 1923, la cual incluía un artículo que declaraba la *sharia* una de las principales fuentes de legislación. La Constitución de 1954 incluyó un artículo similar, redactado después de que los Oficiales Libres subieran al poder, y reintroducido en las cartas de 1964 y 1971. Después, en 1980, Sadat propuso dos enmiendas a la Constitución. La primera dio más importancia a la *sharia*, y la hizo pasar de ser sólo una de las principales fuentes de la legislación a convertirse en la *principal* fuente, y la segunda permitía que el presidente fuese reelegido indefinidamente, el verdadero objetivo. La primera sirvió de tapadera para la segunda, en un paquete sometido formalmente a referendo. Tras su aprobación, Sadat nombró un comité que supuestamente debía garantizar que todas las le-

yes cumplieran la *sharia*. Dicho comité se reunió durante cinco meses sin alcanzar conclusión alguna, y nunca volvió a oírse hablar de él.

El no se ha concentrado en El Cairo, donde ha alcanzado el 39,48 por 100; en Alejandría, con el 32,87 por 100; y en Giza, con el 31,82 por 100. ¿Cómo deberíamos valorar estos resultados?

Dada la fuerza del deseo de vuelta a la normalidad y la importancia de la religión en la conciencia popular, el tamaño del voto en contra en El Cairo –casi dos quintos de los votantes– impresiona. La campaña para rechazar el paquete de enmiendas ha estado dirigida por los liberales y los izquierdistas que estuvieron al frente de la revuelta. Desde el punto de vista de la organización política, siguen siendo grupos pequeños. Lo que mostraba el *no* en El Cairo –ciudad de la que Giza es prácticamente una extensión– y en Alejandría es la considerable base social de la que estas fuerzas podrían disfrutar en un Egipto democrático, principalmente entre la clase media culta, pero también entre los trabajadores urbanos. Es un tributo a la autoridad política que han adquirido al liderar la revuelta, el que tantos votantes siguieran su consejo en un referendo convocado a tan corto plazo, y en medio de tanta confusión sobre su significado. Pero si esta función de vanguardia todavía potencial no adquiere con rapidez forma organizativa, es probable que los recuerdos de Tahrir se desvanezcan. Por ahora hay muy pocos signos de dicha organización. Los activistas no islámicos siguen en su mayoría inmersos en los mismos debates casuísticos que precedieron a la revuelta. Aunque el práctico levantamiento de la censura les ofrece ahora una plataforma pública más amplia, demasiado a menudo parecen debatir por minucias, como si nada hubiese cambiado.

Otras dos zonas no metropolitanas han registrado una media de noes por encima de la nacional: las gobernaduras del Mar Rojo y de Sur del Sinaí, con un 36,62 y un 33,06 por 100. ¿Cómo se explican estos resultados?

Probablemente por el temor al islamismo. Son áreas en las que la subsistencia de la población depende del turismo y sospechan que éste podría sufrir si se aprobasen restricciones sobre el alcohol o el uso de prendas de baño. Cuando ven hacia dónde avanzan los grupos religiosos, tienden a votar lo contrario.

¿Cuál es la consecuencia efectiva del referendo?

La posición oficial de las fuerzas armadas es que no quieren que se redacte una nueva Constitución bajo un gobierno militar, debería redactarse en una atmósfera democrática. Por consiguiente, se supone que la agenda después del referendo es la siguiente. En primer lugar, se celebrarán elecciones parlamentarias, probablemente en septiembre, seguidas de elecciones presidenciales

en diciembre o a comienzos de enero. El Parlamento deberá nombrar en el plazo de seis meses una Asamblea Constituyente que, a su vez, dispondrá de seis meses para redactar una Constitución. Una vez completada, esta nueva constitución será sometida a referendo en un plazo de quince días. Los partidarios del *no* han argüido que en este supuesto es probable que el parlamento esté controlado por los restos del PDN y por los Hermanos Musulmanes, y la Asamblea Constituyente reflejará ese equilibrio. El ejército ha respondido que, de elegirse inmediatamente una Asamblea Constituyente, probablemente produciría el mismo equilibrio de fuerzas que un Parlamento elegido en septiembre, de modo que no debería haber objeción a este último.

La Coalición Juvenil de la Revolución ha exigido formalmente la disolución del partido en el poder. ¿Ha planteado alguien más esa exigencia?

Sí. Es una cuestión muy importante en este momento. Pero todavía no está claro cuál será el destino del PDN. El patrón hasta el momento ha sido que, al comienzo, el Consejo Militar Supremo no responde a las demandas populares, y después de repente actúa de acuerdo con ellas. Fue el caso del cese de Shafiq del gobierno, la abolición del SS y antes de eso del Ministerio de Información. Así que ya veremos. Ciertamente, hay una esperanza muy extendida de que al menos los principales miembros del partido en el poder queden excluidos de participar en las próximas elecciones. El ejército dice que anunciará en breve las normas para la formación de partidos y la celebración de elecciones.

¿Cómo han evolucionado los medios de comunicación desde el derrocamiento de Mubarak?

Éste es otro asunto clave. Junto con el llamamiento a una disolución o neutralización del partido en el poder, ha habido demandas generalizadas de que se purgue a los directivos de los medios estatales. No sólo porque la población está irritada con el ridículo espectáculo de notorios portavoces de la dictadura que se presentan de repente como paladines de la revolución. También porque los medios estatales han seguido manteniendo un doble juego, al reforzar cualquier miedo como una amenaza a los grandes logros de la revolución, intentando sembrar un pánico que favorezca la restauración del viejo orden. Tras manifestaciones que exigían con firmeza el cese de los directivos de las cadenas televisivas y los periódicos controlados por el Estado, el primer ministro emitió el 2 de abril dos decretos que purgaban a casi una docena de ellos.

¿Y cuál ha sido la evolución del frente industrial?

Muy contradictoria. Todavía hay muy poca presión de la base. Los trabajadores siguen en su mayoría esencialmente preocupados por sus necesi-

dades cotidianas –salario, vacaciones, condiciones de trabajo– y por ahora han efectuado muy pocas demandas políticas generales. Por otra parte, hay una especie de politización desde arriba, ya que el nuevo ministro de Trabajo, Ahmed Hassan El-Borai –un jurista especializado en relaciones laborales, que desde hace mucho tiempo simpatiza con los trabajadores y es muy respetado por ellos–, promete que en el plazo de seis meses habrá un nuevo Estatuto de los Trabajadores, con salario mínimo garantizado y derecho a organizar sindicatos independientes y una federación nacional del trabajo. Pero, al mismo tiempo, el nuevo gobierno ha redactado una ley que penaliza las huelgas, las protestas, las manifestaciones y las sentadas que afectan a empresas privadas o estatales o a la economía, mientras permanezcan en vigor las leyes de emergencia. Naturalmente, este intento de represión se enfrenta a la oposición vehemente de los sindicatos independientes y, por supuesto, de los grupos de izquierda y liberales en general.

Mientras tanto, ¿qué ha ocurrido entre los grupos liberales y de izquierda que alimentaron la revuelta? ¿Se mantiene igual el paisaje o ha cambiado?

Por desgracia, hay pocos cambios. Dos grandes asuntos dividen esta área de opinión. Uno es el de la organización. ¿Deberían los distintos grupos que lideraron la revuelta conservar su identidad? ¿Deberían reagruparse en una de las fuerzas existentes? ¿O deberían crear una nueva organización, del tipo que sea? Ha habido negociaciones para ver si el Frente Democrático –uno de los varios partidos liberales creados en los últimos años de Mubarak– podía remodelarse para incluir varias tendencias, pero sus miembros más antiguos se negaron a lo que consideraban un intento de secuestro por los jóvenes, que todavía no eran siquiera militantes del partido. Otros han insistido en la necesidad de crear un partido nuevo, pero eso todavía no ha visto la luz, en parte por las diferencias acerca de la actitud que debería adoptar respecto a la religión.

Ésta es ahora la gran cuestión que enfrenta a los partidarios del *no*, tras el referendo. Los intelectuales liberales y de izquierda defienden desde hace tiempo una laicización profunda de la cultura egipcia, intentando convencer a la ciudadanía de que relegue la religión al ámbito privado, o al menos que la deje a un lado cuando tome decisiones políticas. Desde la revolución, muchos sienten que ahora poseen autoridad moral para hacer cumplir este planteamiento. El referendo, sin embargo, ha mostrado los riesgos de ese enfoque. Pone en contra a muchos ciudadanos comunes que rechazan categóricamente la laicización del Estado, y que instintivamente se cerrarán en banda si se plantea esta cuestión como exigencia central, y no escucharán nada más de lo que se les plantee. Y otros sostienen que es una condición de cualquier política realista el dejar claro que el lugar del islam en Egipto se respeta y siempre será respetado. En ambos aspectos, la organización y la religión, el frente progresista y de izquierda sigue un poco desorganizado.

¿Cómo se dividen entre sí las diversas fuerzas islamistas?

Es un asunto complejo. Hablando en general, hay tres fuerzas principales. Los Hermanos Musulmanes, que es la más antigua y la más implantada, parece avanzar viento en popa después de su participación en la victoria del sí en el referendo. Pero también corre el riesgo de dividirse al entrar en el espacio político propiamente dicho. Está el partido Wasat, de tendencia centrista, que se escindió de los Hermanos hace más de diez años (aunque acaba de ser legalizado), y ahora está atrayendo a muchos miembros de los Hermanos, por ser una alternativa islámica más moderada. Al comienzo de la revolución, el partido tenía sólo unos setenta afiliados. En las primeras semanas de marzo, unas 30.000 personas, la mayoría jóvenes desilusionados con los Hermanos, solicitaron su afiliación. Al mismo tiempo, los jóvenes que se unieron al ala reformista de los Hermanos Musulmanes amenazan con formar un nuevo partido propio –Nahda (Renacimiento)– a no ser que los líderes actuales dimitan de su cargo para permitir elecciones democráticas transparentes dentro de la organización, con observadores independientes.

El segundo sector está compuesto por fundamentalistas militantes, o salafistas políticos. Aquí hay dos grupos principales –Al-Gamaa al-Islamiyya y Al-Jihad–, además de otros de menor tamaño. Todos estos grupos escogieron la senda de la lucha armada contra la dictadura, porque no veían perspectivas de cambio pacífico. Fue una unidad de Jihad la que mató a Sadat. En la represión que siguió al asesinato, los líderes originales de la Jihad fueron rodeados y encarcelados. Los que escaparon, principalmente Ayman Al-Zawahiri, decidieron que el régimen respaldado por Occidente era demasiado fuerte como para vencerlo, y por ello trasladaron su campaña del «enemigo cercano» (el régimen autoritario) al «enemigo lejano» (los aliados occidentales del régimen) a través de organizaciones militantes planetarias, como Al-Qaeda. Los grupos escindidos, con una fuerza basada principalmente en nuevos militantes procedentes del sur del país y de las barriadas urbanas pobres, lideraron la insurgencia de baja intensidad en la década de 1990.

Hace cinco años, los dos grupos de salafistas encarcelados llegaron con el régimen al acuerdo de que si escribían tratados explicando con detalle por qué habían malinterpretado las Escrituras al tomar la senda de la violencia y por qué creían que necesitaban renunciar a ésta, serían liberados. Se publicaron debidamente cuatro pesados volúmenes de rectificación teológica, demostrando cómo y por qué se habían equivocado, y en 2006 fueron ex-carcelados. Ahora quieren formar un partido propio, sosteniendo que los Hermanos Musulmanes son demasiado laxos en sus creencias religiosas y tienen demasiada tendencia a ceder en política. Hace falta, en su lugar, un partido con más integridad, que establezca con claridad sus principios y se atenga a ellos. Las dos tradiciones de este bloque salafista, la Gamaa al-Islamiyya y la Jihad, insisten en que ahora rechazan la violencia y sólo intentan persuadir a otros para que se adhieran a los textos islámicos de manera más

estricta. Pero hay entre ellas fricciones serias y por ahora el intento de unir las no ha dado frutos. Originalmente, mantenían que la democracia va contra el islam, y querían abolir la Constitución, el Parlamento y las elecciones, con el objetivo de unir a todos los musulmanes para recrear de nuevo el califato. Ahora su verdadero líder, Abboud Al-Zumar –en otro tiempo coronel de la inteligencia militar, y cerebro del asesinato de Sadat, por lo que estuvo en prisión treinta años–, ha salido en las noticias declarando que aceptarán la democracia y respetarán las obligaciones internacionales de Egipto. Esta conversión no ha convencido a todos, pero, en cualquier caso, un partido salafista probablemente obtendría muy pocos votos.

Por último, hay un fundamentalismo básicamente apolítico. Son puritanos que se atienen a la letra de los textos religiosos, con un mínimo de interpretación, y emplean la mayor parte de su tiempo y de su energía en una observancia estricta de las normas. De manera similar a los judíos ortodoxos, se preocupan por lo que comen, lo que beben, la ropa que llevan y su modo de actuar. Por lo general, abogan por el respeto a quienes ocupan el poder e intentan trabajar pacíficamente por la regeneración moral de la sociedad. Son muy introvertidos y en general muy pasivos desde el punto de vista político. Por supuesto, advierten contra los peligros del chiismo, y se quejan de que no se hace lo suficiente para debilitar a las órdenes sufíes, que contravienen sus creencias religiosas. Pero, principalmente, sólo hacen campaña contra lo que consideran ofensas contra la moral, manifestándose para pedir la prohibición de un libro, una canción o una película que consideran inmorales. No son buena madera para la construcción de un movimiento político.

En consecuencia, ¿la opinión laica o copta tiene poco que temer de la configuración de las fuerzas islamistas en Egipto?

Al día siguiente del referendo, el rector de la Universidad Al-Azhar, Ahmed Al-Tayeb, envió al gobierno una propuesta de tres partes, con la intención de reclamar su autonomía frente al Estado, perdida en 1961, recuperando el control sobre los terrenos *waqf* y las mezquitas, la reintegración a la universidad de los especialistas en fetuas, y el cambio de rector, que pasaría de ser nombrado por el gobierno a ser un estudioso elegido por miembros del alto clero. El efecto sería el de garantizar la independencia de la Al-Azhar y el de volver a convertirla en centro de autoridad en materia religiosa. Dado que es de tradición moderada, esta universidad tendería a debilitar las interpretaciones radicales de las Escrituras y a tranquilizar a quienes temen que el hacer concesiones al islam los convertiría en posibles rehenes del textualismo estricto.

¿Al rector que ha hecho estas propuestas lo nombró Mubarak?

Así es. Pero es un refinado estudioso islámico, con un doctorado de la Sorbona, que dimitió del partido en el poder al ser nombrado rector, de for-

ma que tiene mucho respaldo. Con esta propuesta, el próximo rector será elegido de nuevo, como en el pasado, por un comité de estudiosos de todo el mundo islámico, no sólo de Egipto. A comienzos del siglo xx tuvimos un rector tunecino.

¿Cuánta atención prestan ahora, en medio del dramático proceso político y social que se está desplegando en Egipto, los medios de comunicación y la opinión pública a los acontecimientos del resto del mundo árabe?

Mucha. El efecto que sobre los egipcios han tenido las revueltas que los rodean es doble. Por un lado, al mirar cómo se ha desatado la violencia militar en Yemen, en Bahrein, en Libia, en Siria, en Jordania, y los trágicos resultados de todas ellas, tienen cada vez más razones para estar agradecidos al ejército egipcio, visto lo que ocurre cuando se usan tanques y balas contra los manifestantes. Por otro, comprenden que lo que ellos están viviendo forma parte de una evolución histórica más amplia, que está convulsionando la región. Eso les da cierto sentimiento de seguridad. Si Egipto estuviese aislado en su revolución, las perspectivas de que retornasen elementos del antiguo sistema y su aparato de represión serían mayores. Pero los que siguen aferrándose a él tendrán que mirar a su alrededor y ver lo improbable que es que vuelva a funcionarles, porque una enorme ola histórica engulle el mundo que ellos han dominado. Y por eso lo egipcios se sienten más seguros, con la convicción de que no van a perder lo conseguido, y de que el tiempo no va a volver a los días anteriores al 25 de enero.

¿Es posible predecir qué resultado tendrá el derrocamiento de Mubarak?

Los dos cambios que pueden esperarse derivan de lo que ya ha ocurrido. Se controlará la desatada brutalidad de la policía contra los ciudadanos, y la explotación económica ilimitada de los débiles, ahora que la ciudadanía puede erguirse y luchar, puede manifestarse y hacer huelga para defender sus derechos. ¿En qué medida vamos a tener una verdadera democracia? Estoy seguro de que Egipto será más democrático que antes, pero es improbable que alcancemos una democracia perfecta. Hay dos supuestos posibles. Podríamos imaginar un gobierno dispuesto a amnistiar a muchos miembros del partido dominante y policías, permitiéndoles reagruparse de otro modo, con un acuerdo general de que se responsabilice a las principales figuras del viejo régimen por sus desmanes, pero que los otros puedan volver a la refriega. La mayoría de la población volverá a la pasividad, las redes clientelares se mantendrán, y la policía conservará su arrogancia y sus remuneraciones excesivas. Si, por el contrario, aumentara el fervor radical, y el gobierno dijera a sus ministros que hiciesen una limpieza entre los acólitos del antiguo orden, éstos se sentirían acorralados y no se irían sin pelear, abriendo el camino o bien a una reacción autoritaria o bien a un orden político más reformado.

El resultado, por consiguiente, dependerá de la fuerza de la marea revolucionaria en Egipto. Si el movimiento sigue como en la actualidad, moderado y pragmático, tendremos un Egipto mucho mejor que el de antes, no una democracia perfecta. Si el movimiento adquiere fuerza e impulso, no se puede predecir qué ocurriría. Porque no hay ningún movimiento revolucionario con capacidad para asumir el control de todas las instituciones que necesitan ser expurgadas. Nasser tenía el ejército: podía enviar a los soldados para hacer aplicar su reforma agraria, o para dirigir las fábricas o convertirse en subsecretarios de la burocracia. En Rusia o China, había cuadros políticos que se encargaron de esas tareas. Pero dado que no hay un movimiento revolucionario que llene el vacío, acorralar a los oponentes sin poseer una organización para echarlos congela la revuelta en una posición de simplemente exigir y después esperar lo mejor.

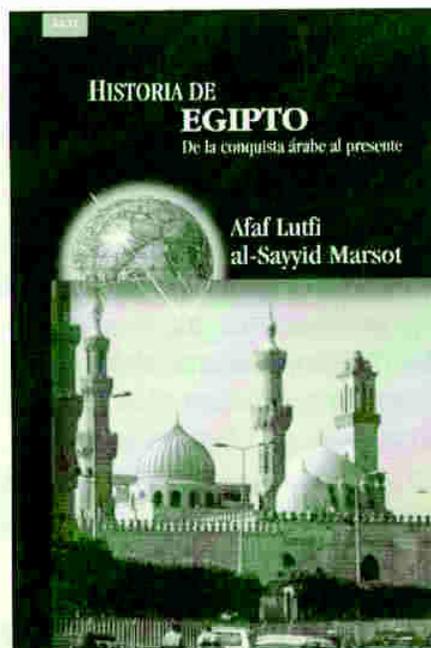
4 de abril de 2011

COLECCIÓN HISTORIA

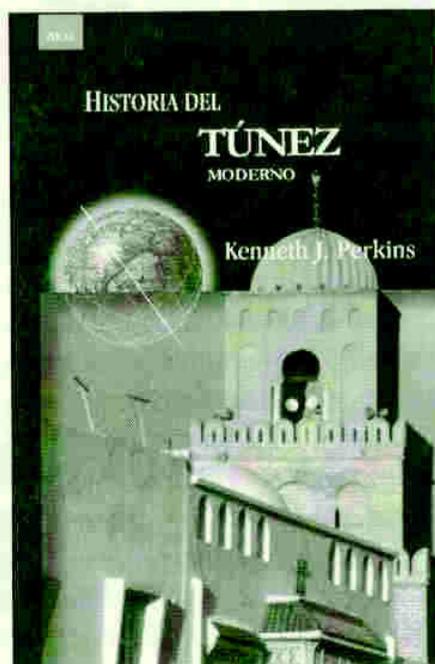
HISTORIA DE EGIPTO

De la conquista árabe
al presente

Afaf Lutfi al-Sayyid Marsot,
profesora emérita de Historia
en la Universidad de
California (Los Ángeles),
ayuda al lector a comprender
la paradoja de la identidad
egipcia: la separación de los
egipcios de sus gobernantes
y su identificación con una
porción de tierra encerrada
en unos límites fijados desde
hace milenios.



ISBN: 978-84-460-2434-7
208 páginas



ISBN: 978-84-460-2355-5
320 páginas

HISTORIA DEL TÚNEZ MODERNO

El autor, Kenneth J. Perkins,
profesor de Historia en la
Universidad de Carolina del Sur,
ofrece una detallada narración de
la historia moderna de Túnez
desde mediados del siglo XIX hasta
el presente.

Este texto, muy documentado y
escrito de manera amena, es
imprescindible para quienes se
interesen por la situación del
norte de África y Oriente Medio.



akal

www.akal.com

LA GEOPOLÍTICA DE LA SEPARACIÓN

Una respuesta a «Decisiones e indecisiones» de Teschke*

Hacer una valoración de los muchos pensadores europeos de primera fila que simpatizaron o colaboraron con el fascismo, como Heidegger, De Man, Céline, Jünger, Gentile, Croce, Della Volpe o Pound, resulta inevitablemente problemático. En el caso de Carl Schmitt, las dificultades se deben a la aparente discontinuidad entre sus posturas políticas y a sus anómalas relaciones con la tradición intelectual de la derecha. Los escritos de Schmitt han llegado hasta nosotros procedentes de un tiempo y un lugar inquietantes y, en el caso de los lectores ingleses, en forma de un barullo de fragmentos traducidos *ad hoc*. Dado que sus escritos no encajan en los ámbitos de especialidad actuales, tendremos que recurrir a una cuidadosa contextualización diacrónica para juzgarlos con seriedad y cuestionarlos críticamente¹.

Benno Teschke intenta superar estas dificultades en su artículo «Decisions and Indecisions», publicado en el número 67 de esta revista. Teschke es un especialista en sociología histórica, que ha estudiado el surgimiento del Estado moderno europeo y las transiciones al capitalismo. Su libro *The Myth of 1648* le consagró como pensador y en él elabora una crítica a las ideas sostenidas por Schmitt en *El nomos de la tierra*². Teschke hace una lectura sorprendente de esta formidable obra en el marco de una reflexión más amplia sobre la recepción contemporánea de la obra de Schmitt y las continuidades y discontinuidades de su trayectoria como escritor. Esboza el retrato de un ideólogo fascista en cuyo legado hunde sus raíces el neo-conservadurismo estadounidense. En su opinión, hay que culpar a Schmitt

* «Decisiones e indecisiones. Recepciones políticas e intelectuales de Carl Schmitt», *New Left Review* 67 (marzo/abril 2011), Ediciones Akal, pp. 57-88. La edición en lengua española de la revista se cita, en adelante, como *NLR* (esp.). [N. del T.]

¹ Desarrollo estos argumentos en *The Enemy. An Intellectual Portrait of Carl Schmitt*, Londres y Nueva York, 2000.

² B. Teschke, *The Myth of 1648: Class, Geopolitics and the Making of Modern International Relations*, Londres y Nueva York, 2003; cfr., asimismo, «Imperial doxa from the Berlin Republic», *New Left Review* 40 (julio-agosto 2006) [ed. cast.: «Doxa imperial desde la república de Berlín», *NLR* (esp.) 40 (septiembre/octubre 2006), pp. 111-123].

de la torva sombra en la que están sumidas la política exterior norteamericana, las relaciones internacionales y, en general, la principal corriente de la vida intelectual. Aun así, considera que sus escritos tienen poco o nada que decir sobre el momento histórico presente o sobre el pasado. Basa su argumentación en una crítica a la nueva biografía publicada por Reinhard Mehring, *Carl Schmitt: Aufstieg und Fall*³.

La obra de Mehring se inscribe en un marco cronológico, pues hace una interpretación contextualizada, muy bien documentada, que arroja mucha luz sobre la vida y obra de Schmitt. Teschke podría haber analizado la biografía interpretando el nuevo material histórico para dilucidar qué debemos cambiar en nuestra percepción de una figura tan controvertida como ésta. Pero presta poca atención al fascinante relato de Mehring y afirma que no es el tipo de estudio que le guste leer. En su opinión, Mehring debería emitir un juicio moral negativo sobre el protagonista, manifiestamente culpable, de su historia. La biografía intenta explicar las razones que pudiera haber tenido un intelectual de 44 años para unirse al Partido Nazi en mayo de 1933. Teschke no lo tiene en cuenta y elabora un «edificio teórico» basándose en los rasgos de carácter e ideas políticas que, en su opinión, «predestinaban a Schmitt, como a otros», a «optar por Hitler»⁴. Evidentemente, los contemporáneos de Schmitt no debían considerar que su decisión estuviera cantada, porque les sorprendió y enfureció. De manera que si queremos averiguar qué parte de su pasado le predispuso a unirse a los nazis, no podemos prescindir de un análisis más detallado de los motivos alegados por Mehring. Análisis que resulta absolutamente imprescindible si queremos explicar la decisión de Schmitt considerando sus afinidades políticas e intelectuales más profundas y sus difíciles relaciones intelectuales con otras corrientes de la derecha, tanto antes como después de 1933.

Un nuevo orden liberal

Teschke intenta demostrar que «el pensamiento político internacional y la narrativa histórica de Schmitt» son «empíricamente insostenibles y teóricamente erróneos», pues están «repletos de contradicciones performativas, inversiones subterráneas de las posiciones teóricas, omisiones y supresiones, mitologizaciones y huidas hacia las *épreuves étymologiques*»⁵. Permítanme que responda a estas críticas haciendo un breve resumen de la postura defendida por Schmitt en relación a la posición ocupada por el Estado alemán en el orden internacional tras el fin de la Primera Guerra Mundial. Después, el lector podrá decidir por sí mismo si Teschke transmite lo esencial de su pensamiento.

³ B. Teschke, «Decisions and Indecisions: Political and Intellectual Receptions of Carl Schmitt», *NLR* 67, enero-febrero, 2011, p. 62 [*NLR* (esp.) 67, p. 57]; Reinhard Mehring, *Carl Schmitt. Aufstieg und Fall, eine Biographie*, Múnich, 2009.

⁴ Teschke, «Decisions and Indecisions», p. 78 [*NLR* (esp.) 67, p. 73].

⁵ Teschke, «Decisions and Indecisions», p. 86 [*NLR* (esp.) 67, p. 80].

Schmitt afirmaba que el Tratado de Versalles y la Liga de las Naciones no eran sino intentos de congelar jurídicamente el *statu quo* de la posguerra, sometiendo a Alemania a toda una serie de nuevos controles internacionales fiscales y militares. Los vencedores conservaron todas sus prerrogativas en el nuevo orden, pero a los vencidos se les sometió a todo tipo de procesos desestabilizadores para su soberanía nominal: sanciones, embargos, supervisión internacional del pago de las deudas de guerra e intervenciones punitivas en caso de incumplimiento. En su opinión, si el concepto moderno de ley implicaba una jurisdicción uniforme para todos los súbditos, en la medida en que los Estados estaban sometidos a este régimen internacional en grados diversos, los acuerdos de posguerra sólo podían ser «legales» en el sentido nominal y atenuado que se daba, por entonces, a ese raído término. La crisis de las formas jurídicas era la mejor expresión de la crisis de la clásica división burguesa entre Estado y economía. Eso sin olvidar que no todos los Estados mantenían el monopolio estatal del uso de la fuerza en su propio territorio y sobre sus propios ciudadanos: Europa se debatía entre el viejo régimen y el capitalismo del bienestar. Empezaban a disolverse toda una serie de límites y condiciones históricos que habían contribuido a la formulación de conceptos que, como guerra y paz, beligerantes y neutrales, soldados y no-combatientes, daban por suelta la separación entre la sociedad y el Estado, entre lo «político» y lo «económico». En opinión de Schmitt, todos estos términos se aplicaban de forma polémica, por no decir arbitraria, a viejas y nuevas formas de conflicto, suscitando confusión. Cada vez costaba más distinguir entre las nuevas medidas internacionales de pacificación y una continuación de la guerra, lo que daba lugar a situaciones intermedias de interminables conflictos internacionales de baja intensidad, jalonados de brotes de guerra civil y debacles económicas.

Como acreedor, Estados Unidos llegó a ejercer una gran influencia sobre este mosaico de titubeantes soberanías. La ejercía indirectamente a través de instituciones que controlaba sin estar sometido a ellas, como la Liga de Naciones. Las reparaciones de guerra llegaban a Nueva York, donde se convertían en créditos para una Europa superficialmente estabilizada. El resultado era una especie de arteria monetaria que pretendía mantener un *statu quo* insostenible. En la época se solía decir que la Era de los Estados soberanos llegaba a su fin y que si los pueblos atrasados o en decadencia renunciaban a unas prerrogativas de soberanía pasadas de moda podrían ver el final del túnel y entrar en una nueva Era de derecho internacional y prosperidad. Al margen de las probabilidades de que se cumpliera este pronóstico, los textos escritos por Schmitt durante la República de Weimar en torno a los conflictos internacionales y constitucionales trataban de las posibles consecuencias que tendría, sin la adopción previa de medidas preventivas de carácter político capaces de capear el inminente temporal, la deriva de Alemania y Europa hacia la órbita de la volátil economía mundial dirigida por los Estados Unidos⁶.

⁶ «Das Rheinland als Objekt internationaler Politik» (1925), «Der Status Quo und der Friede» (1925); «Das Doppelgesicht des Genfer Völkerbundes» (1926); «Zu Friedrich Meinecke's *Idee der Staatsräson*» (1926); «Demokratie und Finanz» (1927); «Der Völkerbund und Europa» (1928);

En este breve resumen queremos resaltar algunas de las realidades históricas relevantes en la obra de Schmitt. Parece razonable que algunas sean un eco de las condiciones de hoy, por muy distintos que fueran aquellos tiempos: la Era de la revolución internacional, el fascismo y las guerras totales entre los Estados más poderosos del mundo. Es probable que Schmitt nos haya legado una fotografía incompleta, que haya mucho más que decir o que hubiera que adoptar una imagen más positiva de la situación que vamos a describir, de lo que la precedió y sucedió. Todas estas consideraciones son críticas perfectamente legítimas a Schmitt. Sin embargo, Teschke ve en esos escritos poco más que una descripción semiteológica de las decisiones soberanas y cierta fijación, poco liberal, con la necesidad de distinguir entre amigos y enemigos. El resultado es, según él, que Schmitt no ha contribuido a mejorar nuestra forma de entender la historia de los eventos o las normas que rigen el imperialismo liberal, ni entonces ni ahora.

Estados de excepción

Las críticas de Teschke a los elementos clave del «amazón intelectual» de Schmitt nos servirán para avanzar en la exposición. En su opinión, la «jerga de excepción» schmittiana («soberano es el que decide en un estado de excepción») no sirve para analizar los estados de excepción históricos reales:

La explicación de la emergencia está fuera del área de acción de dichos conceptos; y la crítica a la misma no puede formularse desde el vocabulario schmittiano. ¿A qué se debe esto? Dado que el método de Schmitt —ya sea el decisionismo, la distinción amigo-enemigo, o el pensamiento de orden concreto— está privado de cualquier sociología del poder, el decisionismo carece de la analítica para identificar qué constelación o equilibrio de fuerzas sociopolíticas pueden activar, y en qué tipo de situación, la política de la excepción y el miedo⁷.

¿Por qué no puede criticarse el estado de excepción en el lenguaje de Schmitt? Porque su método (sea decisionismo, distinción amigo-enemigo o cualquier otra forma de pensar el orden) carece de la dimensión de la sociología del poder, no puede identificar las constelaciones o el equilibrio de fuerzas sociopolíticas que activan las políticas de excepción y terror, ni señalar las circunstancias en las que se recurre a ellas.

Resulta sorprendente que Teschke no sepa que Schmitt intentó reformular el problema del estado de excepción en términos sociopolíticos en varias ocasiones. Ya en 1921 afirmaba que el estado de excepción era una solución jurídica a un problema estructural y creía que se trataba de un antagonismo

«*Völkerrechtliche Probleme des Rheingebiets*» (1928); «*Völkerrechtliche Formen des modernen Imperialismus*» (1932); todos estos artículos sobre el papel de la República de Weimar en la política europea y mundial se han recopilado en *Positionen und Begriffe*, Berlín, 1988.

⁷ B. Teschke, «Decisions and Indecisions», p. 80 [NLR (esp.) 67, p. 74].

difícilmente reconciliable en el corazón de la política moderna. Recordaba que «en los años que median entre 1832 y 1848, fechas decisivas en la evolución de la sede estatal como institución jurídica, se había planteado la cuestión de si la organización política del proletariado daba lugar a una situación totalmente nueva y, por lo tanto, a nuevos conceptos constitucionales»⁸. Reformuló estas consideraciones en diversas versiones. Describiendo el contexto de las medidas financieras de emergencia implementadas por los últimos gobiernos de la República de Weimar, Schmitt señala:

En este caso podemos partir del conocido y admitido hecho de que, comparadas con las de antes de la guerra y la actual economía libre y privada, las finanzas públicas han adquirido tales dimensiones, que nos enfrentamos no ya a un incremento cuantitativo, sino a una «transformación estructural»⁹.

En una reformulación de 1933, tras la caída de los últimos gobiernos de la República de Weimar, resume, como sigue, la paradoja de esta transición al capitalismo de Estado: «De ahí la necesidad de que diseñemos un detallado plan a largo plazo, aunque su propósito sea la restauración de un sistema económico no basado en la planificación»¹⁰.

Al margen de las dimensiones específicamente históricas de los escritos de Schmitt sobre el estado de excepción, la sociología del poder que podría explicarlo, según Teschke, de hecho no lo conseguiría. Porque es un fenómeno que resulta de las controversias jurídicas y políticas entre las «constelaciones» o «fuerzas sociopolíticas» sobre la existencia de una amenaza que requiera un estado de excepción y sobre quién ostenta histórica o constitucionalmente el derecho a decidirlo. La legalidad y la legitimidad establecen relaciones entre los hechos, las normas y las excepciones en todos los Estados, incluidos los que querían construir los marxistas. Tanto desde la dialéctica como desde la experiencia ordinaria se reconoce que la misma existencia de una situación de crisis depende de afirmaciones opuestas sobre su significado e implicaciones, aunque no exista acuerdo sobre la importancia de este proceso. Como marxista, Teschke podía haber aprendido algo de Schmitt sobre la necesidad de tener en cuenta los problemas en torno a las categorías en las que se expresan inevitablemente ciertos fenómenos sociopolíticos. Marx no relegaba estos fenómenos al

⁸ C. Schmitt, *Die Diktatur*, Leipzig, 1921, p. vii. En un pasaje posterior da una sorprendente definición del problema sociopolítico de *le pouvoir constituant* de los Estados modernos: «Sieyès formuló la famosa pregunta, ¿Qué es el Tercer Estado?, y respondía que era la Nación. El Tercer Estado era nada y sería todo. Pero en cuanto la burguesía rica y educada se convierte en la clase dominante en el seno del Estado, la negación se traslada al proletariado, que pasa a ser el pueblo portador de esa negatividad. El proletariado es ese segmento de la población que carece de propiedades, no recibe los beneficios de la plusvalía generada por la producción y no tiene lugar en el orden existente», Carl Schmitt, *Verfassungslehre*, Múnich y Leipzig, 1928, p. 243.

⁹ C. Schmitt, *Der Hüter der Verfassung*, Berlín, 1931, p. 81 [ed. cast.: *La defensa de la constitución*, Madrid, Tecnos, 1985].

¹⁰ C. Schmitt, *Verfassungsrechtliche Aufsätze aus den Jahren 1924-1954*, Berlín, 1958, p. 370.

ámbito de lo económico, pues creía que surgían de la división constitutiva, propia de la sociedad burguesa, entre «lo económico» y «lo político».

Lecciones de Marx

En este punto, Teschke parece darse cuenta de que lo que escribía Schmitt afecta al núcleo conceptual de su propia concepción marxista del Estado moderno y la geopolítica, basada en el proceso histórico de separación entre lo político y lo económico, entre la coacción y las condiciones de apropiación de la plusvalía. Teschke lo interpreta como una «*volte face* teóricamente descontrolada», pues, en contra de la lógica de sus propios puntos de vista, se vio obligado a hacer uso de «una figura de pensamiento hegeliano-marxista: la separación entre lo político y lo económico, con su análogo internacional, la separación entre un sistema interestatal territorializado y un mercado mundial transnacional y privado»¹¹. Teschke comete un error, de hecho la cuestión central de casi todos los escritos de Schmitt sobre los problemas de entreguerras es la crisis experimentada a todos los niveles por esta decisiva distinción. En su texto más conocido, *El concepto de lo político*, empieza describiendo las consecuencias del fin posliberal de la separación entre el Estado y la sociedad. En sus escritos políticos y jurídicos Schmitt habla de un conflicto, que aún se daba en sus tiempos, entre los que deseaban mantener esta separación y los que querían acabar con ella en las diversas fases del capitalismo, de la evolución del capitalismo internacional y de la formación de Estados. Muchos de sus contemporáneos, entre ellos marxistas que escribían sobre lo que denominaban monopolio y capitalismo de Estado, hablaban del mismo proceso. Pero en ciertos aspectos Schmitt va más allá que ellos, precisamente porque en su obra explora el impacto de esta transformación estructural posliberal sobre las mismísimas categorías utilizadas para designar a los sectores parcialmente autónomos de la existencia colectiva moderna y sus respectivas opiniones. Teschke podía haber aprendido algo de las reflexiones de Schmitt sobre este problema «hegeliano-marxista», porque en la solución sociológica que él propone, una vez establecida la separación, no se la vuelve a problematizar en toda la historia subsiguiente del capitalismo. Desde este punto de vista se podría decir que Schmitt era un pensador «más dialéctico».

Teschke reconoce vagamente y de pasada que Schmitt podría haber teorizado en torno a las crisis de divisiones y neutralizaciones en las que se desarrolla la existencia burguesa, pero desprecia la importancia de cualquier cosa que escribiera al respecto porque «el Estado de Schmitt» es, en sus propias palabras, incapaz de resolver esta crisis:

El Estado de Schmitt no podía mediar y arbitrar en las tensiones de la sociedad civil sino que necesitaba ser aislado de ella: gobernar en contra de la sociedad civil,

¹¹ B. Teschke, «Decisions and Indecisions», p. 85 [NLR (esp.) 67, p. 79].

proporcionar orden. Esto se basaba en la convicción de que la sociedad industrial, el conflicto de clase y el espectro de una revolución socialista exigían una teoría reformulada del Estado; y, en último término, de la dictadura¹².

De hecho, hasta el fin de la República de Weimar, Schmitt sostuvo que las organizaciones independientes de trabajadores eran un rasgo permanente de las sociedades capitalistas más desarrolladas y que todo intento de acabar con ellas desataría una guerra civil¹³. Es difícil saber a qué se refiere exactamente Teschke cuando habla del «Estado de Schmitt», pero el término difumina cualquier distinción entre su relación con la República de Weimar, por un lado, y el gobierno nazi, por otro. El ensayo entero está pensado sobre esta estructura, lo que le lleva a infravalorar los escritos de Schmitt sobre Weimar, es decir, los textos que le dieron a conocer y que constituyen la base de casi toda la recepción contemporánea de su obra. Sabemos que no presta mucha atención a los datos biográficos, pero, ¿se puede sostener que el Schmitt de Weimar ya tenía una concepción fascista de la política y el derecho? Es la idea que fomenta Teschke al unir ambos periodos de su vida. Todos sabemos que no cuesta mucho encontrar afirmaciones de otros tiempos que hieran nuestra sensibilidad actual. Por esa regla de tres, podríamos decir que Marx era un intolerante, pero no un presentador de derechas que sabe dar un puñetazo en la mesa sin salirse del guión. En el caso que nos ocupa, debemos determinar si Schmitt defendía puntos de vista que, según los estándares de los tiempos de Weimar, permitieran pensar que era ultraautoritario, un nacionalista extremo o un antisemita. De hecho, no tenemos prueba alguna de lo anterior. En vez de presentar pruebas, Teschke se limita a señalar que Schmitt suscribía la teoría de la «democracia racista identitaria» *tout court*. Mas lo que, por contra, escribió Schmitt en su mayor obra sobre derecho constitucional (1928) expresa una concepción muy diferente de la soberanía popular:

A menudo se cree que Nación y *Volk* son sinónimos, pero la palabra «nación» es más lacónica y menos susceptible de malas interpretaciones. Designa al *Volk* en tanto que unidad de acción política, mientras que un *Volk* que no se ha constituido en Nación no pasa de ser un grupo étnico o cultural que carece de los auténticos vínculos políticos que unen a los seres humanos¹⁴.

No cabe duda de que Schmitt, como muchos pensadores de la época, fue un temprano y ávido admirador de Mussolini, pero, al contrario que la mayoría, se mostró francamente hostil con los imitadores locales hasta poco antes de su ascenso al poder en 1933. Desde el principio hasta el final de la Era de Weimar, Schmitt tuvo un círculo de amigos inusualmente diverso desde el punto de vista político, compuesto por estudiantes y admiradores como Walter Benjamin, Otto Kirchheimer, E. R. Curtius, Leo Strauss

¹² B. Teschke, «Decisions and Indecisions», p. 88 [*NLR* (esp.) 67, p. 82].

¹³ «Wesen und Werden des faschistischen Staates» (1929), en *Position und Grundbegriffe*.

¹⁴ C. Schmitt, *Verfassungslehre*, p. 79.

o Ernst Jünger. Puesto que ninguno de ellos pensaba que fuera un ultrautoritario, nacionalista extremo o antisemita antes de 1933, podemos asumir que no lo era, al margen de que no es algo que quepa deducir de su obra. Al señalarlo no quiero minimizar la enormidad de sus decisiones posteriores, sino simplemente establecer que existe una diferencia entre lo que son temas recurrentes a lo largo de toda su obra y las respuestas coyunturales que da; no se puede considerar que los primeros sean una «fase» de las segundas. Si se fusionan ambos periodos no se entienden ni la continuidad ni las rupturas en la carrera de este inquietante personaje y la concreción histórica de las ideas que surgen de la interacción entre ambas se difumina hasta el punto de resultar irreconocible.

Schmitt tuvo en cuenta y propuso diversas soluciones provisionales para frenar la erosión de las viejas formas europeas de concepción del Estado (en su opinión, el proceso decisivo en la situación histórica contemporánea): desde la democracia presidencialista conservadora, al nacionalsocialismo. Pasó de intentar frenar la decadencia del viejo orden europeo de Estados soberanos a proponer el paso a nuevas formas de imperio continental. En vez de denunciarle pura y simplemente como a un teórico de la dictadura, Teschke podía haberse preguntado qué podía haber aprendido de Schmitt, al igual que Schmitt sabía que podía aprender del modo en que Marx había enfocado el problema de la separación entre lo económico y lo político. Para ello podía haber recurrido, desde a sus primeros artículos sobre Hegel, hasta a sus escritos sobre la acumulación primitiva de capital tras grandes conquistas de tierra o conquistas coloniales.

Sangre y suciedad

En una obra escrita entre 1943 y 1944, pero publicada tras la guerra, Schmitt analizaba las agitaciones del último cuarto de siglo en términos de una crisis epocal en los presupuestos subyacentes a las normas europeas sobre la concepción del Estado, la propiedad y la guerra. Durante la transición de la Europa posfeudal a un sistema centralizado de Estados beligerantes, que buscaban la hegemonía continental y adquisiciones colonial-mercantiles, había tomado forma toda una constelación de instituciones jurídicas. Schmitt escribió *El nomos de la tierra* cuando cambiaron las tornas para las fuerzas de la Wehrmacht/SS en el Frente Este. Era una retrospectiva conservadora sobre los orígenes de una civilización interestatal que había surgido del feroz caos de la guerra y las apropiaciones primitivas y parecía volver a ellos. En *Tierra y mar*, escrita en 1942, Schmitt había explorado la misma época histórica con la esperanza de que se pudiera reemplazar el antiguo orden europeo de Estados soberanos por un nuevo orden compuesto de políticas capaces de movilizar a organizaciones militares y económicas de alcance continental. El orden diseñado en Westfalia por los poderes beligerantes había creado una comunidad de órdenes jurídicos y políticos que formaban causa común contra los pueblos no-cristianos; más adelante se hablaría de una escisión entre pueblos civilizados y no-civilizados. Esta

contraposición reflejaba la expropiación histórica, a nivel mundial, de pueblos y territorios no-europeos.

Teschke afirma que Schmitt ignoraba el destino de los indígenas del Nuevo Mundo, concibiendo América «como un vacío desubjetivado»¹⁵. De hecho, lo que escribió resulta bastante más inquietante de lo que sería una mera omisión. En *Tierra y mar*, refiriéndose a las medidas genocidas adoptadas por las fuerzas de ocupación alemanas en el Frente Este, Schmitt señalaba que ninguno de los poderes coloniales de la Era de los Descubridores había reconocido los derechos de los primitivos habitantes de las tierras que ocupaban. El *nomos* surgido de la formación de Estados de la primera Edad Moderna y las conquistas de ultramar había dividido al mundo en dos zonas, en las que se aplicaban un derecho de guerra y normas de apropiación diferentes. El sistema estatal de Westfalia había sometido a toda la superficie terrestre a las normas de la guerra y la diplomacia europeas, de manera que se podían adquirir legítimamente territorios en cualquier parte del mundo y reducir o eliminar a los nativos. Schmitt afirmaba que el oscuro presupuesto de esta forma de cercamiento y delimitación territorial es que el mar siguiera siendo *res omnium* bajo el control, *de facto*, del mayor poder marítimo de la época. El molde de este orden eurocéntrico se estaba resquebrajando debido al ascenso inexorable de los Estados Unidos, una evolución que amenazaba con reducir al Viejo Continente al estatus de provincia en el seno de una guerra civil a escala planetaria. En opinión de Schmitt, el *Reich* alemán estaba creando su propia «América» en Europa, utilizando métodos comparables a los de los Padres Fundadores del Nuevo Mundo. La amorfa y virulenta guerra total que se desplegaba por el mundo era el resultado del resquebrajamiento de unos límites incapaces de contener el reflujo de violencia elemental, oceánica y colonial que la política europea había logrado controlar y erradicar durante un tiempo.

En *Tierra y mar* queda claro lo que no lo está en su posterior *Nomos de la tierra*: que la distinción original entre mar y tierra, recogida en el derecho público europeo, explica un desastre histórico que fue acaciando desde la Edad Moderna. El continente europeo, compuesto por Estados beligerantes soberanos, cayó bajo el poder de quien controlaba los océanos del mundo, que equilibraba sus fuerzas desde mar adentro y los vaciaba de contenido, desatando fuerzas sociales en su interior que les empujaban inexorablemente hacia la órbita de un mercado mundial abierto. Ésta es la tesis que sostiene Schmitt en su ensayo de 1937 *El Leviatán en la teoría del Estado de Thomas Hobbes*. La contraposición mar / tierra es la dimensión *primitiva* de la contraposición entre Estado y sociedad. El relato semimítico de Schmitt aprehende la lógica histórica de la separación original entre Estado y sociedad y la larga evolución de la inversión jerárquica entre ellos.

¹⁵ B. Teschke, «Decisions and Indecisions», p. 82 [NLR (esp.) 67, p. 76].

Relatos de transición

Teschke intenta demostrar que las soluciones marxistas que aporta para explicar el surgimiento histórico de las formas renacentistas de soberanía y el problema de la guerra y la propiedad son mejores que las que atribuye a Schmitt. En su versión, la transición de Inglaterra al capitalismo supuso una dejación de las relaciones de poder y propiedad del feudalismo continental, y su subsiguiente expansión económica y mercantil acabó minando el mundo del absolutismo europeo, que había evolucionado de forma paralela, sin problemas, durante siglos. Estas victorias prepararon el camino para las transiciones al capitalismo del siglo XIX y la adopción de las formas de Estado correspondientes.

Además, el contrapeso al sistema interestatal continental por parte de Gran Bretaña a partir de 1713 —empíricamente señalado por Schmitt, pero en teoría reducido a la categoría extrasociológica de «existencia marítima»— eclipsa una explicación social de la transición británica del feudalismo al capitalismo y la transformación después de 1688 de la soberanía dinástica a la soberanía constitucional parlamentaria, esencial para entender el periodo y las fuentes socio-políticas del contrapeso británico en el siglo XVIII¹⁶.

La verdad resulta mucho más interesante de lo que podría parecer a la luz de este contraste. Porque, aunque la evolución se relate en un registro diferente y con ayuda de conceptos pensados para el contraste y no para narrar, la sociología histórica de Teschke es una réplica casi perfecta de la épica fascista de Schmitt. Al señalarlo no pretendo desacreditar el excelente trabajo que ha realizado en este campo, aplicando la nunca superada teoría de la transición al capitalismo de Robert Brenner al ámbito de la geopolítica, pero sí señalar que el hecho incrementa la futilidad de sus intentos de demolición. Porque en *El Leviatán, Tierra y mar* y *El nomos de la tierra*, Schmitt narra la historia de cómo, en el siglo XIX, el Antiguo Régimen se convirtió en un mundo de Estados-nación equipado con las armas del colonialismo y un mercado mundial controlado por los ingleses hasta que llegó a su culminación y surgieron nuevos poderes y otras dimensiones de poder.

Los aviones permitieron conquistar una tercera dimensión que se abría junto al mar y la tierra. El hombre que se eleva por encima de la superficie, conste ésta de agua o tierra, tiene entre manos un novísimo medio de transporte y un arma. El alcance y medidas también han cambiado y las posibilidades de ejercer el dominio sobre la naturaleza y los demás hombres alcanzó cotas imprevisibles¹⁷.

El control del aire y las ondas radiofónicas se convirtieron en fuerzas productivas que acabaron con el Imperio británico, el capitalismo del *laissez-faire* y el mapa europeo de Estados-nación de tamaño medio. Teschke

¹⁶ B. Teschke, «Decisions and Indecisions», p. 84 [NLR (esp.) 67, p. 78].

¹⁷ C. Schmitt, *Land und Meer*, Leipzig, 1942, p. 74.

crea que «la naturaleza predominantemente no territorial de la reestructuración del orden europeo de entreguerras por parte de Estados Unidos proporcionaba una refutación directa de la tesis axiomática planteada por Schmitt de que los órdenes internacionales se basaban en la captura de tierras»¹⁸, porque no se da cuenta de que el principal problema de Schmitt al pensar ese orden era que la tierra ya no parecía ser la base indiscutible de la organización política y económica, aunque el pensamiento jurídico y político siguiera aferrándose a los presupuestos básicos del antiguo orden.

Schmitt creía que había que reorganizar el espacio político partiendo de grandes zonas geográficas en las que convivieran muchos Estados-satélite que constituyeran el *Grossraum* de un poder custodio. En su opinión, el primer antecedente de esta nueva tendencia geopolítica fue la Doctrina Monroe en los Estados Unidos. Al igual que en el caso de la República estadounidense, que tenía las mismas exigencias hemisféricas, los custodios no serían Estados en el sentido antiguo, con sus organizaciones burocráticas y el monopolio del uso de la fuerza en su territorio, sino exponentes dinámicos de la idea histórico-política de la necesidad de determinar quién es amigo y quién enemigo. Aunque se mostraría contrario al universalismo militante desplegado por los Estados Unidos y la Unión Soviética tras la destrucción del *Reich* alemán, Schmitt parece haber previsto algo parecido al sistema de bloques de la Guerra Fría. Los Estados-satélite de segundo orden que Schmitt consideraba la encarnación de la razón política habían quedado reducidos a entidades nominales, cuya jurisdicción se veía restringida por la presencia de bases militares, torres de comunicaciones y espacios aéreos vigilados. La observación de Teschke de que Schmitt nunca logró aclarar cuál habría de ser la forma de integración exacta de estos Estados menores en el nuevo «gran orden imperial» (federal, imperial, vasallática) suena hueca, ya que el desgarrador bosquejo de las formas políticas emergentes apenas parece requerirlo¹⁹.

Al margen de una hostilidad comprensible hacia el Schmitt histórico y de su menos razonable indiferencia hacia las formas no-sociológicas de pensamiento, existe otro elemento que explica la incapacidad de Teschke para ser consciente de la inquietante similitud existente entre su comprensión del problema de la división histórica original entre lo económico y lo político, el relato histórico de transición al capitalismo moderno al que da lugar y las teorías de Schmitt. En opinión de Teschke, la Era clásica del *ius publicum europaeum*, esa comunidad jurídica y multiestatal creada para la guerra y la diplomacia que Schmitt describe en *El nomos de la tierra*, idealiza las insaciables máquinas de guerra del absolutismo como si fueran las protagonistas de una forma de competición militar civilizada y limitada. Teschke cree que lleva la contraria a Schmitt cuando afirma que el absolutismo no redujo la cuota de guerras entre los seres humanos. Tras la Guerra de los Siete Años, escribe, «la cifra de

¹⁸ B. Teschke, «Decisions and Indecisions», p. 85 [NLR (esp.) 67, p. 79].

¹⁹ B. Teschke, «Decisions and indecisions», p. 89 [NLR (esp.) 67, p. 83].

bajas en el ejército prusiano alcanzaba los 180.000 soldados, dos tercios de su tamaño total, y una novena parte de la población prusiana²⁰.

En realidad no capta las razones que llevan a Schmitt a ensalzar los protocolos de guerra terrestre. No afirma que redujeran el número de bajas en los campos de batalla, sino que neutralizaron las guerras civiles y religiosas del siglo anterior. Según Schmitt, la crisis terminal de los Estados europeos en el siglo xx indujo un reflujo de guerras civiles y religiosas (defendidas por diversos movimientos muy ideologizados) que marcó el fin de la Era de la neutralización. Al publicar *El nomos de la tierra*, Schmitt quería describir la historia de las convenciones internacionales sobre la guerra limitada que introducían una división más: la separación entre el poder soberano y la promoción de causas religiosas partidistas, afirmado que la racionalización y neutralización del orden público es condición necesaria para la transición a la civilización del siglo xix. Como Teschke sostiene que el absolutismo no distinguía entre Estado y sociedad, asume que Schmitt obvia el dato, a la vista de las muchas pruebas en contra, y que lo que pretendía al escribir *El nomos de la tierra* era describir a las monarquías continentales europeas bajo una luz más favorable que la del glorioso Estado parlamentario-capitalista inglés. Pero lo que Schmitt decía era que el *ius publicum europaeum*, el orden concreto que había resistido y se había adaptado a una época de guerra y revolución y sobrevivido a la transición al liberalismo clásico, corría peligro de disolverse en otra transición igualmente crucial.

Conclusiones

Al interpretar *El nomos de la tierra* debemos preguntarnos qué relación guarda con las teorías liberales clásicas y marxistas sobre el imperialismo; Hobson entraría en la primera de las categorías, Luxemburgo, Kautsky y Lenin en la segunda. Ninguno de estos autores se ocupó de los orígenes del imperialismo europeo en el siglo xvi, cuando españoles y portugueses se repartieron América Central y del Sur, cosa que Schmitt sí hizo. Ninguna de estas tradiciones de pensamiento ha arrojado luz sobre el sistema de los años de entreguerras que tuvo su origen en el Tratado de Versalles y la Liga de Naciones. En este contexto destacan aún más las penetrantes ideas de Schmitt sobre el orden interestatal. Al parecer, su relativa tendencia a la abstracción (sobre todo comparada con las explicaciones meramente históricas de Lenin o Hobson) impidió que los analistas aplicaran sus ideas a tiempos radicalmente distintos.

También hay quien ha usado a Schmitt como plataforma para expresar su apoyo incondicional a la ley, la tolerancia, la modernidad, etcétera; o, todo lo contrario, para condicionar su compromiso con ellas. Gran parte del en-

²⁰ B. Teschke, «Decisions and Indecisions», p. 83 [NLR (esp.) 67, p. 77].

sayo de Teschke está escrito en tono de editorial. En el primer párrafo se muestra dolido por el hecho de que hayan «rehabilitado» a Schmitt tanto los neoconservadores como los posfoucaultianos (Hardt, Negri, Agamben) y lamenta que hayan «rodeado con un movimiento de pinza la corriente liberal-cosmopolita kantiana dominante»²¹. Para dar la impresión al lector de que hace una audaz crítica a la ortodoxia, Teschke no tiene más remedio que describir la recepción anglosajona de Schmitt como unánimemente apologética. En realidad, su opinión es la de los liberales respetables, como sugieren los títulos de dos destacados estudios: *Reckless Mind*, de Mark Lilla, y *Dangerous Mind*, de Jan-Werner Mueller. Existen toda una serie de artículos recientes que destilan los mismos sentimientos que expone Teschke en sus reseñas: *NYRB* (Lilla), *New Republic* (Stephen Holmes) o *Boston Review* (William Scheuerman). Si hubiera partido de la recepción real de Schmitt puede que se hubiera librado de parte de su exagerado temor a un schmittianismo acrítico, pero también parte de su polémica hubiera resultado superflua.

Para excluir la posibilidad de que algún contemporáneo pudiera mostrar un interés genuino hacia Schmitt, Teschke lo identifica con las doctrinas sobre seguridad nacional de la Administración Bush. Los tristes relatos de las aventuras neoconservadoras, tanto en casa como en ultramar, dan la impresión de que los recientes despliegues de poder de los Estados Unidos se inspiraron en tradiciones políticas ajenas a esa República, aunque la continuidad acrítica de sus políticas de los últimos años ha hecho perder puntos a sus lecciones cívicas en el mercado de las ideas. Si argumentáramos contra Teschke en sus mismos términos podríamos decir que sus puntos de vista son los de alguien educado en un ambiente liberal culto, inflamado por las normas caballerescas del «unilateralismo» estadounidense cuando los que hablaban sobre ello eran «neoconservadores», que perdió todo interés cuando la televisión pública volvió a adoptar su lenguaje ordinario de legitimación. Puede que al lector le extrañe que este autor proceda como si el presidente anterior aún ocupara su cargo, en lugar de quien está actualmente al mando.

Lo que ya resulta más interesante es su sugerencia de que fueron los neoconservadores los que promovieron tanto la visión del mundo maniquea y el decisionismo que defendiera Schmitt, como las guerras por el bien de la humanidad y la imposición de democracias liberales que claramente criticaba²². Sin embargo, cualquiera que esté familiarizado con las descripciones que hace Schmitt del escenario internacional de entreguerras sabe que fue precisamente esa combinación la que creyó reconocer en las relaciones entre los Estados Unidos y el inestable orden de Versalles. Teschke se niega a tener en cuenta las teorías correctas de Schmitt sobre la crisis de entreguerras o a reconocer que puede que nuestros propios tiempos guarden cierto parecido con aquella situación.

²¹ B. Teschke, «Decisions and Indecisions», p. 61 [*NLR* (esp.) 67, p. 58].

²² B. Teschke, «Decisions and Indecisions», pp. 92-93 [*NLR* (esp.) 67, pp. 85-86].

Es difícil ser ecuánime cuando se analizan las obras de pensadores importantes asociados al fascismo. Sin embargo, no debería plantear tantos problemas al tipo de marxista inflexible al que Teschke dice representar, porque los clásicos de esa tradición, por muy polémicos que sean, parten de un modelo típico que aplican a los estudios críticos de los grandes pensadores burgueses, como Schmitt. Para tener derecho a juzgar hay que empezar por reconstruir las relaciones entre argumentos teóricos, límites ideológicos y alineaciones políticas, sopesando cuidadosamente y en contexto pruebas y argumentos. Teschke probablemente diría que los juicios excesivamente politizados o moralistas de Hegel y Weber impiden la comprensión de su obra. Pero, como sabe que Schmitt era un fascista, cree que no se perderá gran cosa si rechaza decididamente sus teorías. ¿Por qué asume que, en este caso, basta con alegar que un «edificio intelectual» es mera ideología para satisfacer los requerimientos de la crítica? La lógica implícita parece ser la siguiente. Si Schmitt no podía entender objetivamente las transformaciones estructurales habidas en el derecho y la política, tenía que haberle motivado una hostilidad tendenciosa hacia el derecho, la tolerancia, la modernidad, etcétera. De ahí que considere que sobra toda crítica inmanente y pase a la tarea de clasificar, tras leer sólo algunos de los textos de Schmitt, los momentos ocasionales de intuición e incluso brillantez que descubre y que identifica con golpes de suerte o préstamos de pensadores más legítimos.

No es fácil dar una opinión equilibrada sobre Schmitt sin caer en la apología o la demonización. Su crítica a la democracia liberal de la Constitución de Weimar contiene algunas de las ideas más perspicaces nunca escritas sobre este sistema político. Pero se basaban en un autoritarismo contrarrevolucionario que le condujo al nazismo tras 1933; una trayectoria que, sin duda, merece nuestra condena. Su aguda crítica a los acuerdos firmados en Versalles ha cobrado mayor importancia últimamente, a medida que el orden imperialista impuesto por los vencedores de la Gran Guerra se transformaba en la «comunidad internacional» del bloque capitalista bajo la hegemonía de unos Estados Unidos cuyas ideologías y prácticas se parecen mucho a algunas de las descripciones más clarividentes de Schmitt. Tras una huida hacia delante, la Norteamérica posterior a la Guerra Fría parece tambalearse, junto al incremento del crédito que siempre defendió como modelo a largo plazo para luchar contra el incipiente estancamiento del capitalismo. La intervención pública se justifica como medio para evitar el derrumbamiento de los mercados y se dice que es la única forma de crear riqueza. Pero está teniendo un coste social cada vez mayor y ha catalizado una transformación estructural de la relación tradicional entre Estado y sociedad. Bien entendidos, los escritos de Carl Schmitt son un complemento imprescindible para la comprensión de la situación actual en términos de una ruptura a largo plazo entre «lo político» y «lo económico», así como para los futuros intentos de «neutralización» y «despolitización» que son la condición histórica indispensable del capitalismo.

DESPUÉS DE FUKUSHIMA

O cómo Los Verdes aprendieron a relajarse y disfrutar de la energía nuclear

A mediados de marzo, a medida que los estadounidenses iban recibiendo las noticias cada vez más alarmantes de la fusión de la central nuclear japonesa de Fukushima Daiichi y se preguntaban: «¿Puede suceder también aquí algo semejante?», se evidenciaba que, en realidad, ya conocían la respuesta. Como solía decir irónicamente el gran ambientalista David Brower, «las centrales nucleares son dispositivos tecnológicos increíblemente complejos para localizar las fallas que dan lugar a terremotos». A lo largo de gran parte de la costa occidental de Estados Unidos corre el llamado Anillo de Fuego, que rodea toda la placa tectónica del Océano Pacífico desde Australia, pasando hacia el norte por Japón, hasta llegar a Rusia, Alaska y descender de nuevo hasta la costa de Chile. Alrededor del 90 por 100 de los terremotos del mundo tienen lugar en ese Anillo de Fuego.

En Estados Unidos, actuando según la sarcástica predicción de Brower, se han construido cuatro centrales nucleares en las inmediaciones de las líneas de fractura del Anillo de Fuego, entre ellas dos todavía activas en el estado de California, en el que vivo. En Eureka, a algo más de 60 km por carretera desde donde escribo, había un reactor de agua hirviente que se cerró en 1976 a raíz de un terremoto en una «falla antes desconocida» a poca distancia de la costa. Ahora se almacenan allí barras gastadas de combustible nuclear —excepto una que no pudieron encontrar— justo a lo largo de la costa: espléndidamente situadas para recibir un tsunami como el que inhabilitó los generadores diésel diseñados para llevar a cabo una refrigeración de emergencia en la planta de Fukushima. En la Triple Conjunción junto al cabo Mendocino, a pocos kilómetros al noroeste de aquí, coinciden tres placas tectónicas; en 1992 tuvimos un terremoto de 7,1 grados en la escala de Richter. La regla número uno del negocio nuclear es mantener los ojos bien cerrados en todo momento y negar lo previsible.

Un poco más al sur, a medio camino entre San Francisco y Los Ángeles, está la central nuclear del Cañón del Diablo, planificada en 1968, cuando nadie conocía todavía la Falla de San Gregorio o de Hosgri —parte de la de San Andrés y del Anillo de Fuego—, a pocos kilómetros de la costa. Una investigación posterior descubrió que cuarenta años antes había habido un terremoto de 7,1 grados a poca distancia de la central, cuya construcción

se completó en 1973. La empresa propietaria, Pacific Gas & Electric, dijo que ampliaría las medidas de seguridad, pero las prisas por terminarla le hicieron abandonar el proyecto de reforzar los dos reactores «a prueba de terremotos», de forma que la mejora no fue tan categórica como aseguraba. La regla número dos en el negocio de las nucleares, como en cualquier otra empresa humana, es que siempre se comete alguna equivocación en algún momento: se supone que San Diablo está construida y revisada para resistir indemne un terremoto de 7,3 grados, pero en 1906 San Francisco quedó destruida por un terremoto de 7,7 grados que rasgó la falla de San Andrés a lo largo de 500 km, al norte y al sur de la ciudad. Volviendo a la primera regla, «negar lo previsible»: las autoridades del Cañón del Diablo descubrieron recientemente otra falla y ahora se muestran preocupadas por la eventual «licuefacción del suelo» en caso de un gran terremoto. En 2008 hubo allí una irrupción de bandadas de medusas que obstruyeron la entrada de agua fría; la central estuvo cerrada un par de días. En el último recuento se habían detectado cuatro líneas de fractura frente a la costa, a poca distancia de San Diablo.

Otros 250 km más al sur está la central de San Onofre, justo en la costa, donde trabajan 2.000 operarios y a la que se ha calificado como «el centro de trabajo más terrorífico de Estados Unidos». Alguna vez me he bañado allí, en aguas muy apreciadas por los pescadores porque los peces acuden en tropel para disfrutar de su elevada temperatura; hay también quien asegura que allí crecen más rápidamente y alcanzan mayor tamaño. Existen depósitos de almacenamiento para el combustible usado en una unidad fuera de servicio, un contenedor esférico de hormigón y acero con paredes de dos metros de espesor, exactamente el mismo que las del contenedor que se resquebrajó en una de las plantas de Fukushima. Una nueva ilustración de la regla número dos, la relativa a la inevitabilidad de las «equivocaciones», se constata en una de las dos plantas activas en San Onofre: la poderosa empresa de ingeniería y construcción Bechtel instaló allí, en la parte de atrás, una vasija de 420 toneladas para un gran reactor nuclear. La falla más cercana es la de Cristianitos, considerada inactiva; véase la regla número uno. La empresa eléctrica dice que San Onofre está construida para resistir hasta un terremoto de 7 grados. Hay un muro frente al mar de 7,5 m de altura, la mitad de los que se derrumbaron como si fueran de arena a lo largo de la costa nordeste de Japón el 11 de marzo, bajo el efecto del tsunami que siguió a un terremoto de 9,0 grados. La central de San Onofre se enfría con agua del mar; a los ecologistas no les parecía suficiente, por lo que se planeó construir dos torres de refrigeración al otro lado de la autopista interestatal número 5, la principal carretera en dirección Norte-Sur de California; pero si bien serían inmunes a los ataques de las medusas, estarían expuestas a otras catástrofes. Según la previsión oficiosa UCERF, la probabilidad de que la zona de Los Ángeles sufra en los próximos treinta años un terremoto de intensidad 6,7 o mayor es del 67 por 100, y en San Francisco del 63 por 100. Aquí donde vivo yo, en la zona de Cascadia —donde el borde de una placa se introduce bajo otra, como ocurre al nordeste de Japón—, tenemos una probabilidad del 10 por 100 de un te-

remoto de intensidad 8 o 9; es casi seguro que pronto se producirá una gran sacudida.

Estados Unidos produce más energía nuclear que ningún otro país. Dispone de 104 centrales, muchas de ellas antiguas, proclives a innumerables filtraciones y otras averías; todas ellas peligrosas. Veinticuatro de ellas tienen el mismo diseño –de General Electric– que los reactores de Fukushima. Consideremos la central Sharon Harris de Carolina del Norte, en la que también se almacenan barras de combustible usado, altamente radiactivas, de otras dos centrales nucleares. No haría falta un terremoto o un tsunami, sino que bastaría que un terrorista moderadamente ingenioso traspasara las endebles defensas de Sharon Harris y saboteara los sistemas de refrigeración. Un estudio de los Laboratorios Brookhaven estima que un incendio en aquel depósito podría causar 140.000 cánceres y contaminar miles de kilómetros cuadrados a su alrededor.

Las reacciones de los cómplices de la industria nuclear frente a la catástrofe de Fukushima eran incursiones absolutamente previsibles –aunque casi increíbles– en la disonancia cognitiva. Valga como ejemplo la de Paddy Reagan, profesor de Física Nuclear de la Universidad de Surrey: «Tuvimos un terremoto apocalíptico en un país con 55 centrales nucleares y todas ellas se detuvieron perfectamente, aunque en tres surgieran problemas posteriormente. Fue un terremoto espantoso y, como prueba de la resistencia y solidez de las centrales nucleares, cabe decir que éstas lo han superado extraordinariamente».

También se han subido al carro destacados ecologistas, como George Monbiot, que ha aprovechado la oportunidad de uno de los peores desastres en la historia de la energía nuclear en «tiempo de paz» para anunciar en *The Guardian* su respaldo a la energía atómica:

A nadie le sorprenderá que los acontecimientos en Japón hayan cambiado mi opinión sobre la energía nuclear; pero podría sorprenderle en qué sentido ha cambiado. Como consecuencia del desastre de Fukushima, ya no soy neutral frente a la energía nuclear; ahora apoyo esa tecnología. Una central vieja y destartada, con medidas de seguridad inadecuadas, se ha visto golpeada por un terremoto monstruoso y un tsunami descomunal. El suministro de electricidad falló y eso afectó al sistema de refrigeración. Los reactores comenzaron a estallar y a fundirse. El desastre ha puesto de manifiesto el legado habitual de diseño deficiente y recorte de gastos; pero, por lo que sabemos hasta ahora, nadie ha recibido una dosis letal de radiación¹.

¿En qué país de fábula vive Monbiot? Dice que «por sensatos que sean los fundamentos del movimiento antinuclear, no podemos permitir que el sen-

¹ George Monbiot, «Why Fukushima made me stop worrying and love nuclear power», *The Guardian*, 21 de marzo de 2011.

timentalismo tradicional nos oculte la imagen global [...] Por mal que funcionen las centrales nucleares, causan menos daños al planeta que las centrales térmicas de carbón [...] La fusión de Chernobil fue horrenda y traumática. Hasta el momento la cifra oficial de muertos parece situarse entre 28 y 43 trabajadores en los primeros meses, a los que se añadieron después, hasta el año 2005, unos 15 civiles².

La explosión en 1986 del cuarto reactor de la central nuclear de Chernobil, en Ucrania, sigue siendo, sin duda, la peor catástrofe entre los desastres nucleares en tiempos de paz. Negar que causó y sigue causando la muerte de centenares de miles de personas es uno de los principales empeños del *lobby* nuclear. En plena crisis de Fukushima, Fergus Walsh, el corresponsal médico de la BBC, consoló a su audiencia con la afirmación absurda de que hasta 2006 sólo había provocado sesenta muertes por cáncer; esa misma estupidez se ha repetido muchas veces desde la catástrofe de Fukushima, basada en un informe vergonzoso, supervisado por el *lobby* nuclear de las Naciones Unidas³. En 2009 la Academia de Ciencias de Nueva York publicó *Chernobyl: Consequences of the Catastrophe for People and the Environment*, un texto de 327 páginas redactado por los científicos Aleksei Yablokov, Vassili Nesterenko y Aleksei Nesterenko que constituye el análisis más completo hasta la fecha, con estadísticas sanitarias muy detalladas. En el resumen del capítulo «Mortality After the Chernobyl Catastrophe», Yablokov demuestra que más del 4 por 100 de los fallecimientos producidos en los territorios contaminados de Ucrania y Rusia entre 1990 y 2004 se debieron a la catástrofe de Chernobil:

Desde 1990, la tasa de mortalidad entre los «liquidadores» [nombre con el que se conocía a los miembros de los equipos de limpieza] ha excedido con mucho la de los correspondientes grupos de población. Hasta 2005 murieron entre 112.000 y 125.000 –esto es, alrededor del 15 por 100– de los 830.000 miembros de los equipos de limpieza. Los cálculos sugieren que la catástrofe de Chernobil ha matado ya a varios cientos de miles de seres humanos de los cientos de millones que, desgraciadamente para ellos, vivían en los territorios afectados por la lluvia radiactiva.

Fukushima puede llegar a situarse junto a Chernobil y sus prolongadas consecuencias letales; pero comparemos ahora su situación con la del sur de California o Carolina del Norte. El experto nuclear Robert Alvarez, asesor de Clinton, escribió a mediados de marzo que un solo estanque de barras de combustible usado, como las del reactor número 4 de Fukushima o las de Shearon Harris, contiene más cesio-137 que el que liberaron a la atmósfera todas las pruebas de armamento nuclear realizadas en el hemis-

² G. Monbiot, «Japan nuclear crisis should not carry weight in atomic energy debate», *The Guardian*, 16 de marzo de 2011.

³ «Chernobyl's Legacy: Health, Environmental and Socio-economic Impacts», Agencia Internacional de la Energía Atómica, Viena, 2006.

ferio norte; la explosión de ese depósito podría emitir «entre tres y nueve veces la cantidad de material radiactivo liberada por la catástrofe del reactor de Chernobil». Los verdes pronucleares, como Monbiot, parlotean acerca de «mayores garantías», sin que les entre en la cabeza que toda la historia de la energía nuclear está jalonada de quebrantamientos sistemáticos de garantías supuestamente fiables. Protegiendo buena parte de las costas de Japón hay muros de contención de 12 metros de altura, pero el reciente tsunami pasó por encima de ellos como si se tratara de castillos de arena contruidos por un niño en la playa.

Monbiot escribe como si no existiera el complejo nuclear académico-industrial, uno de los *lobbies* más poderosos del mundo, que viene funcionando desde hace setenta años y cuyos efectos en el mundo real son bastante evidentes. El presidente Obama, por ejemplo, recibió para su campaña presidencial mucho dinero de la industria nuclear, concretamente de Exelon Corporation. En su discurso sobre «el estado de la Unión» del pasado mes de enero reafirmó su compromiso con una energía nuclear «limpia y segura», una declaración tan insensata como comprometerse con una forma de sífilis benéfica y pulcra. Después del terremoto de Japón, el portavoz de Obama confirmó que la energía nuclear «sigue formando parte del plan energético general del presidente». Cuando la central de Fukushima Daiichi amenazaba fundirse el 16 de marzo, Obama encontró tiempo para grabar una entrevista televisiva para un informativo del suroeste de Nuevo México con motivo de su propuesta de 2010 sobre armas nucleares, cuya piedra angular es la financiación, con seis mil millones de dólares, de una enorme fábrica de detonadores para armas termonucleares en el complejo nuclear de Los Álamos, a 80 km de Santa Fe. ¿Por qué escogió Obama el preciso instante del accidente de Fukushima para dirigirse al público de Nuevo México? Como dejó claro el entrevistador, la región alberga poderosos donantes potenciales de fondos para su campaña: Lockheed Martin (que gestiona el Sandia National Laboratory), Bechtel, Babcock & Wilcox y la URS Corporation (que administra Los Álamos conjuntamente con la Universidad de California)¹.

A raíz del desastre de Fukushima se han producido en Alemania y Francia grandes manifestaciones contra la energía atómica, pero en Estados Unidos sólo un puñado de verdes se ha pronunciado al respecto. ¿Por qué no los hemos visto a las puertas de cada una de las 104 centrales nucleares estadounidenses? Una de las razones es que las organizaciones ecologistas firmaron hace mucho tiempo un pacto diabólico con la industria nuclear, que desde principios de la década de 1970 se ha esforzado por presentar el dióxido de carbono como el auténtico problema medioambiental y la energía nuclear como su única solución. Sus principales epígonos, obsesionados por modelos antropogénicos especulativos cada vez más desautorizados del

¹ Véase Will Parrish, «How Obama Flacked for Plutonium as Fukushima Burned», *Counter-Punch*, 1 de marzo de 2011.

calentamiento global –como el Natural Resources Defense Council, el World Wildlife Fund o el Sierra Club, que forzaron la dimisión de David Brower cuando se opuso a la construcción de la central del Cañón del Diablo; gente como John Holdren, asesor de Obama; y equipos supuestamente progresistas como los del Bulletin of Atomic Scientists y la Union of Concerned Scientists–, optaron por la energía nuclear. En Estados Unidos no ha habido grandes campañas contra la energía nuclear porque los progresistas estadounidenses siguen en su mayoría apiñados bajo el paraguas tóxico del plan energético de Obama. Cuando la Cámara de Representantes (aunque no el Senado) votó en 2009 un proyecto de Ley del Clima, parte del pacto era crear un «banco de energía limpia» para proporcionar financiación a la producción de más energía, incluida la nuclear.

En términos políticos, la energía nuclear siempre ha sido una guerra contra la gente, empezando por las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki, pasando por los habitantes de las islas Marshall, los campesinos y demás habitantes de los lugares donde se han realizado pruebas nucleares, los indígenas norteamericanos, los latinos y los afroamericanos pobres (habituales vecinos involuntarios de los vertederos), la gente que «casualmente» resultaba dañada por «accidentes» o experimentos secretos deliberados, hasta llegar a los habitantes de Fukushima; pero no a los directivos de la Tokyo Electric Power Company, tranquilos en sus casas de Tokio o que han escapado hacia el sur, sino a los «heroicos trabajadores» que saben muy bien que están condenados. A quienes habría que enviar a reparar los daños es a los miembros del Consejo de Administración de TEPCO.

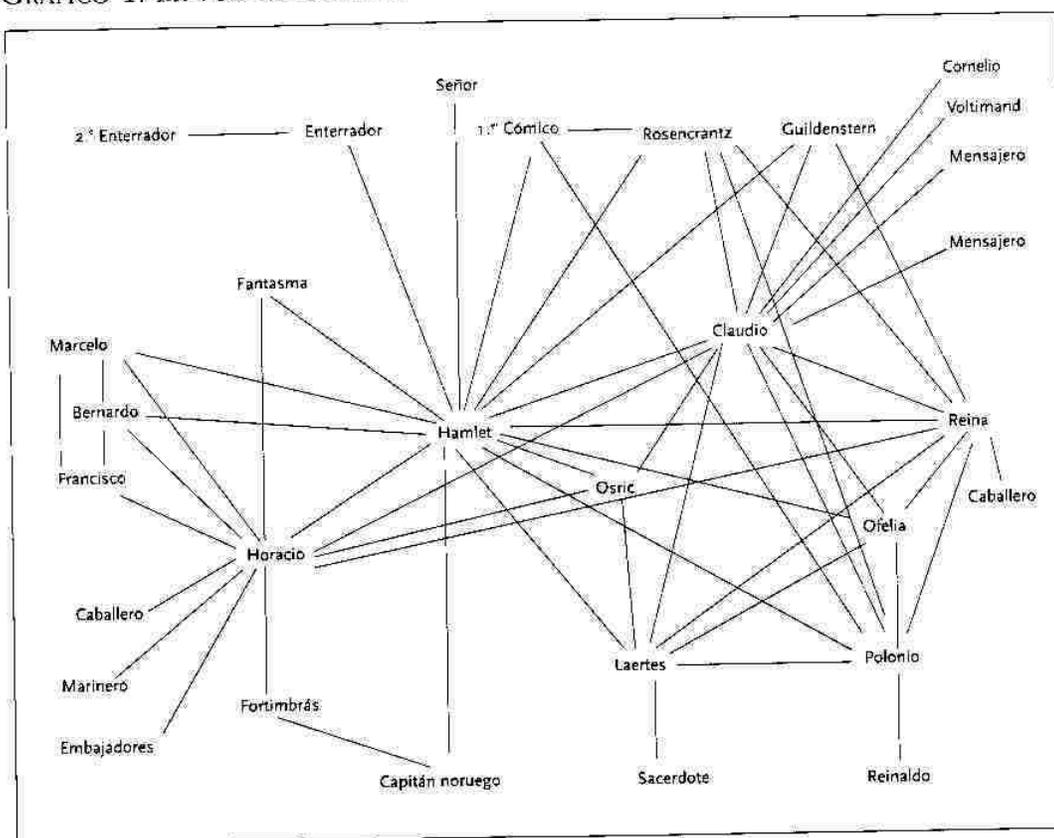
Prestemos atención a las falsas predicciones, a los errores garrafales. Recordemos la verdad elemental de que la naturaleza se cobra venganza y que la insensatez y la codicia son rasgos inevitables de la condición humana. ¿Por qué empeñarnos en fingir que vivimos en un mundo en el que no hay terremotos de intensidad 8 o 9, tsunamis, maquinaria estropeada, trabajadores olvidadizos, propietarios de centrales empeñados en recortar gastos, corporaciones inmensamente poderosas, autoridades reguladoras permisivas y políticos y presidentes ansiosos de dólares para sus campañas? ¿Son éstos los arrecifes donde ha embarrancado el movimiento progresista estadounidense? Hay que poner fin de una vez al vergonzoso pacto entre la industria nuclear y los engreídos archipámpanos verdes.

TEORÍA DE REDES, ANÁLISIS DE TRAMA

En los últimos años, los métodos cuantitativos han despertado el interés de quienes nos dedicamos a los estudios literarios. Ya había ocurrido antes, claro, sin consecuencias duraderas, pero puede que esta vez sea diferente porque tenemos bases de datos digitales y sistemas automatizados para la recuperación de esos datos. En un reciente artículo sobre *Culturomics* [culturomía] publicado en la revista *Science* se demostraba que el volumen del corpus y la velocidad de las búsquedas se han incrementado más allá de toda expectativa. Hoy, podemos criticar en pocos minutos obras que llevaron meses e incluso años de trabajo a un gigante como Leo Spitzer¹. En el ámbito de fenómenos como el lenguaje o el estilo, podemos hacer cosas con las que la generación anterior sólo podía soñar.

Eso en cuanto al lenguaje o el estilo. Pero para quien trabaja con novelas u obras de teatro, el estilo sólo es parte del cuadro. ¿Qué hay de la trama? ¿Podemos cuantificarla? En este artículo esbozo una respuesta inicial a partir de la teoría de redes. Se trata de una teoría que nos permite analizar las conexiones existentes entre grandes grupos de objetos (cualquier objeto: bancos, neuronas, actores de cine, investigaciones, amigos...) a los que denominamos «nodos» o «vértices», unidos entre sí por las llamadas «aristas» o «arcos». Hemos averiguado muchas de las leyes que rigen los grandes sistemas analizando qué une los vértices a las aristas. La más famosa es la denominada teoría «de los seis grados de separación», que viene a constatar que «el mundo es un pañuelo» debido a la inusual velocidad a la que se alcanza cualquier vértice de la red desde otro vértice. La teoría en sí requiere de unos conocimientos matemáticos de los que, desafortunadamente, carezco. Además, se precisan muchos más datos de los que aparecerán en el presente artículo. Pero se trata del primero de una serie de estudios que hemos llevado a cabo en el Laboratorio Literario de Stanford y, ya en esta fase temprana, han surgido ciertos temas que quisiéramos mostrar al lector.

¹ Jean-Baptiste Michel, Erez Lieberman Aiden *et al.*, «Quantitative analysis of culture using millions of digitized books», *Science*, diciembre de 2010.

GRÁFICO 1. *La red de Hamlet*

Redes de personajes

Una red consta de vértices y aristas; una trama, de personajes y acciones. Si convertimos a los personajes en los vértices de la red y a las interacciones entre ellos en las aristas, obtenemos para *Hamlet* la red representada en el gráfico 1². Hemos tenido que tomar algunas decisiones muy cuestionables, sobre todo en lo referente a *El asesinato de Gonzago*, pero, por lo general, hemos unido entre sí a dos personajes siempre que hayan intercambiado alguna palabra, pues toda interacción es un acto de habla. Cabe elaborar otros organigramas; un grupo de autores que ha publicado un artículo anterior sobre *Hamlet* unieron entre sí a aquellos personajes que recitaban su papel en la misma escena, aunque no se dirigieran unos a otros. Desde este punto de vista se podría unir a Osric con la reina (porque ambos personajes hablan y comparten el escenario en la última escena de la obra). Nosotros nos les hemos unido porque no hablan entre sí³. Las conexiones de nuestras redes son explícitas,

² Como veremos más adelante, podemos incrementar fácilmente los datos visuales relevantes a cincuenta imágenes o más. Puede consultarse la serie completa en la página web del Laboratorio de Literatura de Stanford (lilab.stanford.edu).

³ Realizamos los cálculos para esta red considerando un vértice a cada personaje con líneas de guión propias y estableciendo nexos entre él y aquellos personajes que estén presentes a la vez en alguna parte de la obra, aunque sólo sea por un momento (es decir, los personajes que hablan entre sí o comparten escenario a la vez están unidos por una línea). Véase J. Stiller, D. Nettle y R. Dunbar, «The small world of Shakespeare's plays», *Human Nature* 14/ 4 (2003), p. 399. Sobre

las de las suyas no, y, obviamente, son más densas, porque incluyen las mismas aristas que las nuestras y algunas más. Ambas redes son plausibles y ambas adolecen de, al menos, dos defectos. En primer lugar, no hemos «calibrado» las aristas: cuando Claudio dice a Horacio en la escena del cementerio: «Te lo suplico, buen Horacio, espéralo», estas seis palabras tienen exactamente el mismo peso en la red que las cuatro mil palabras que intercambian Hamlet y Horacio, y no debería ser así. Además, las aristas carecen de direccionalidad; cuando Horacio se dirige al fantasma en la primera escena, trazamos la arista correspondiente, pero habría que realzar el importante hecho de que el fantasma no va a responderle, porque sólo habla con Hamlet⁴. Sin embargo, no hemos sido capaces de encontrar una forma sofisticada de dotar de visibilidad al peso y a la dirección, y el *software* existente no me fue de ayuda, porque no me permitía leer los resultados. De manera que las redes de este estudio se han hecho a mano y hemos intentado maximizar la visibilidad minimizando los solapamientos. No es una solución a largo plazo, pero estamos ante redes pequeñas, en las que la intuición puede desempeñar algún papel. Son como la infancia de la teoría de redes aplicada a la literatura: un poco de felicidad antes de enfrentarnos a las adustas estadísticas de la edad adulta.

Sea como fuere, en esto es en lo que se convierten cuatro horas de acción. El tiempo deviene espacio y surge, así, un *sistema* de personajes, a partir de múltiples *espacios* de personajes. En el gráfico 2 representamos el espacio de *Hamlet* con ayuda de los conceptos utilizados por Alex Woloch en su obra *The One vs the Many*. Las líneas en negrita señalan las relaciones directas entre Hamlet y los demás personajes. En el gráfico 3 vemos las relaciones existentes entre Hamlet y Claudio, que cubren gran parte de la red. El gráfico 4 se refiere a Ofelia y Gertrudis y muestra que ambas mujeres cumplen un papel mucho menos destacado en la obra, etcétera. Pero antes de pasar a analizar los espacios en detalle quizá debamos preguntarnos qué sentido tiene la utilización de redes para reflexionar sobre las tramas. ¿De qué nos sirve convertir al tiempo en espacio? En primer lugar, cuando asistimos a una representación siempre nos hallamos en el presente. Hay algo sobre el escenario que luego desaparece. En este caso no desaparece nada, lo que se ha hecho no puede deshacerse. En el mismo momento en que aparece el fantasma en Elsinore todo cambia para siempre, tanto si se muestra en escena como si no, porque no deja de estar en la red en ningún momento. Sin embargo, sí desaparece de la trama que percibimos.

la aplicación de la teoría de redes a la narrativa, cfr. R. Alberich, J. Miro-Julia y F. Rosselló, «Marvel Universe looks almost like a real social network», 11 de febrero de 2002, disponible en arXiv.org. En este trabajo se parte de una premisa similar y se une a dos personajes entre sí «cuando aparecen juntos de forma significativa en el mismo cómic». Pero nunca especifican qué quieren decir con una interacción «significativa» en contraposición a una in-significante; de ahí que los fundamentos en los que se basa la cuantificación sean básicamente opacos.

⁴ El peso y la dirección son especialmente importantes en el caso de las redes literarias, porque, si bien los sistemas analizados con ayuda de la teoría de redes pueden contener fácilmente miles o millones de vértices cuya relevancia se manifiesta en el número de conexiones, las tramas suelen constar de unas docenas de personajes. De ahí que la existencia de una conexión no suela bastar para establecer una jerarquía y haya que introducir otros parámetros.

GRÁFICO 2. *El espacio de Hamlet*

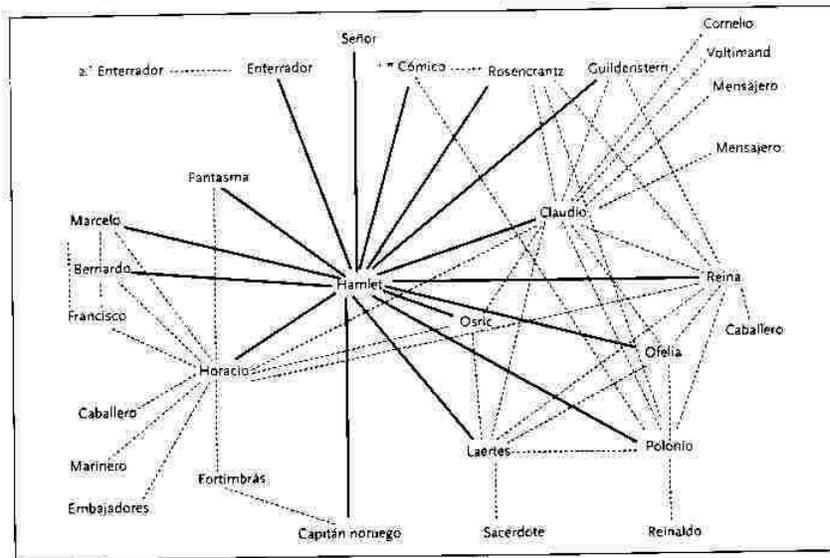


GRÁFICO 3. *Hamlet y Claudio*

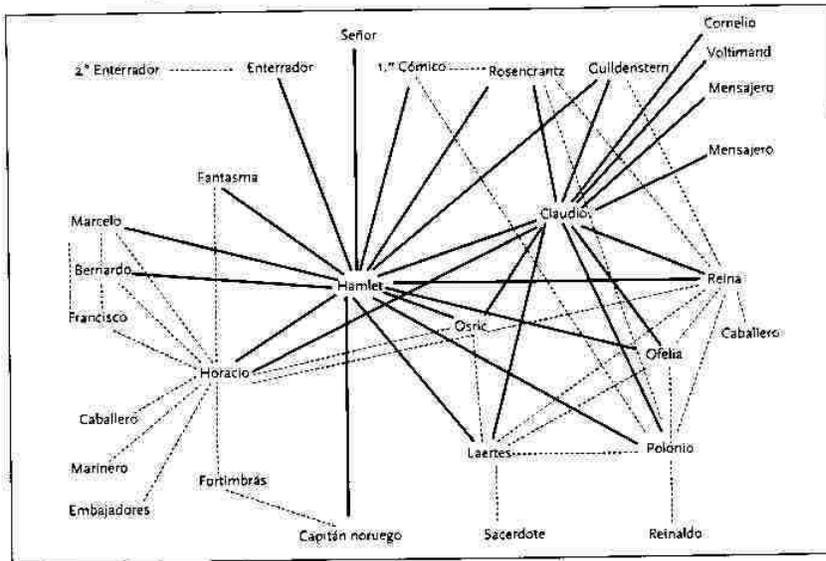
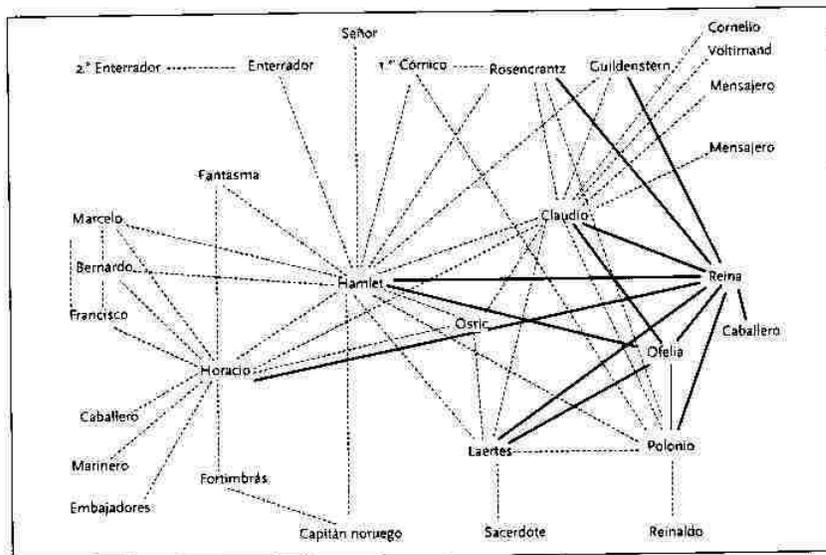


GRÁFICO 4. *Gertrudis y Ofelia*



Uno de los grandes cambios introducidos por las redes es la posibilidad de dotar al pasado de la misma visibilidad que al presente. También podemos resaltar «regiones» concretas de la trama, subsistemas que comparten alguna propiedad significativa con el resto. Pensemos en los personajes unidos a Claudio y a Hamlet en el gráfico 5. Excepto Osric y Horacio, cuyos vínculos con Claudio son muy tenues, todos acaban asesinados. No siempre resulta fácil saber quién los mata. Por ejemplo, Hamlet mata a Polonio, pero no sabe que está apuñalándole tras los cortinajes. Claudio mata a Gertrudis con veneno preparado para Hamlet, no para ella. Laertes mata a Hamlet con ayuda de Claudio, mientras que Hamlet mata a Laertes tras acabar con Rosencrantz y Guildenstern, utilizando las armas de Claudio. La acción es confusa a nivel individual, de manera que lo que resulta realmente «mortal» es la posición que ocupan los personajes en los bandos del rey y del príncipe en la red. Nadie muere en Hamlet fuera de la zona trazada en negrita. El organigrama refleja toda la tragedia.

Modelos y experimentos

La tercera peculiaridad de esta metodología es que, una vez realizado el organigrama de una obra, ya no se trabaja con la obra propiamente dicha, sino con un *modelo*. El texto queda reducido a personajes e interacciones abstractas y este proceso de reducción y abstracción supone que el modelo es mucho menos que el original. Pensemos, por ejemplo, en lo siguiente: hablo de Hamlet y no digo nada sobre las palabras de Shakespeare. Sin embargo, en cierto sentido digo mucho *más*, porque un modelo nos permite visualizar la estructura subyacente a un objeto complejo. Es como tener visión de rayos-x. De repente, vemos la región de la muerte del gráfico 5, normalmente oculta en la riqueza del resto de la trama. O pensemos en el protagonista. Para hablar de este personaje, la teoría literaria suele recurrir a conceptos como «conciencia» o «introspección»; hasta el estudio estructural de Wolloch discurre por ahí. Sin embargo, cuando un grupo de investigadores aplicó la teoría de redes a los personajes de la serie de cómics Marvel, no hacían referencia a la introspección para hablar del protagonista. Éste era, sencillamente, «el personaje que minimiza la suma de distancias a todos los demás vértices»⁵, en otras palabras, el *centro* de la red. En su caso era el Capitán América, en el nuestro Hamlet. Un grado de separación de 16 de los caracteres, dos grados del resto, una distancia media de todos los vértices de la red de 1,45. Si visualizamos estos resultados en un diagrama de dispersión (gráfico 6) vemos la ley de potencia en la distribución de datos empíricos característica de todas las redes: muy pocos personajes con muchas aristas a la izquierda y muchos personajes con una o dos aristas a la derecha. Si sumamos todos los personajes de *Macbeth*, *El Rey Lear* y *Otelo*, el resultado es el mismo. La ley de potencia es una curva de Gauss invertida: no existe ninguna tendencia hacia la distribución

⁵ R. Alberich, J. Miro-Julia y F. Rosselló, «Marvel Universe», cit.

GRÁFICO 5. Hamlet, la región de la muerte

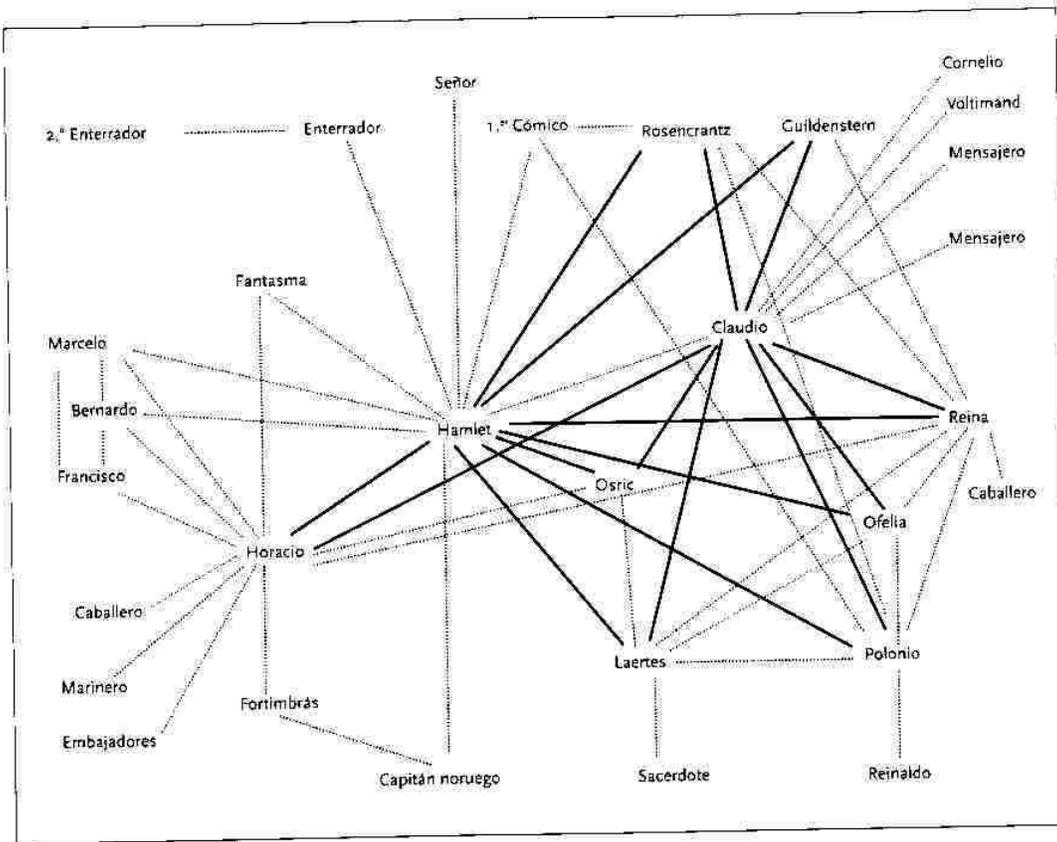


GRÁFICO 6. La centralidad en Hamlet

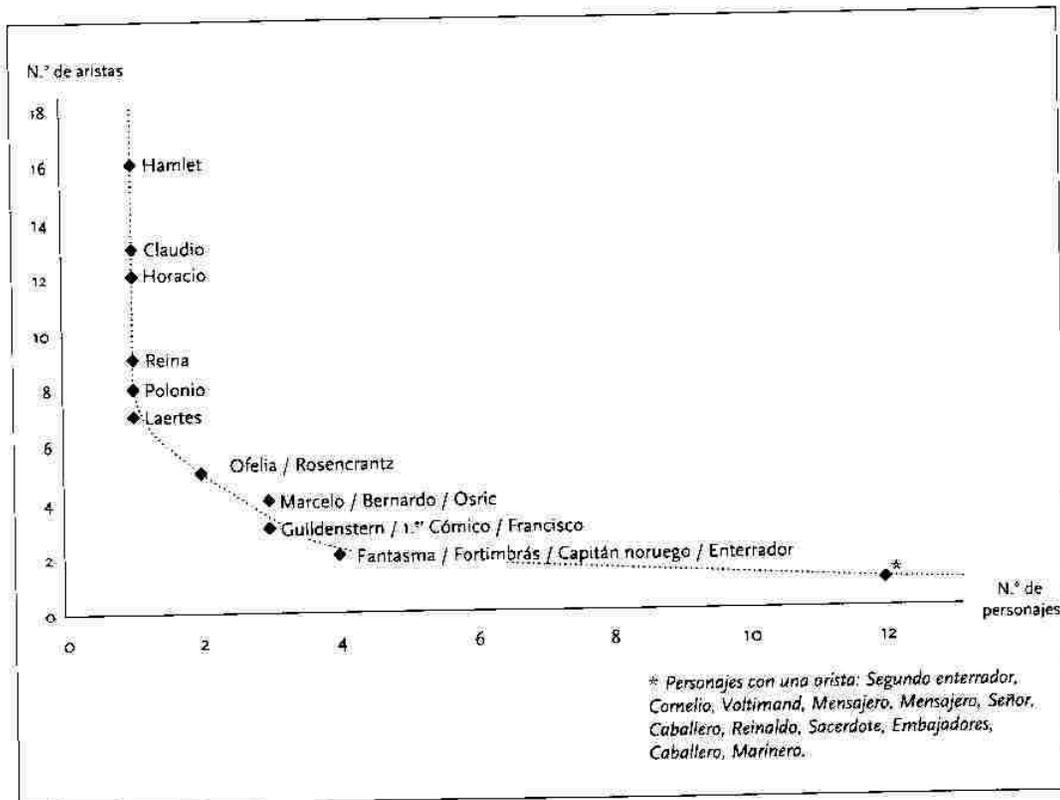


GRÁFICO 7. *Hamlet sin Hamlet*

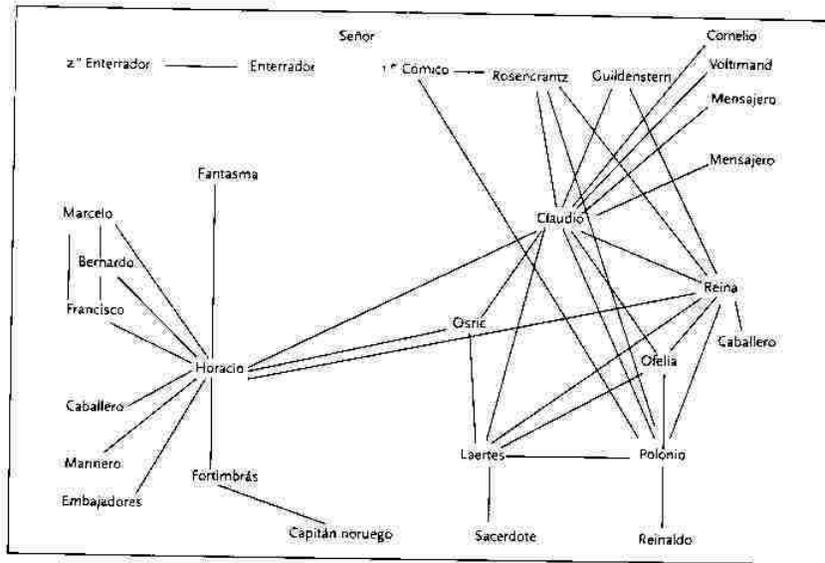


GRÁFICO 8. *Hamlet sin Claudio*

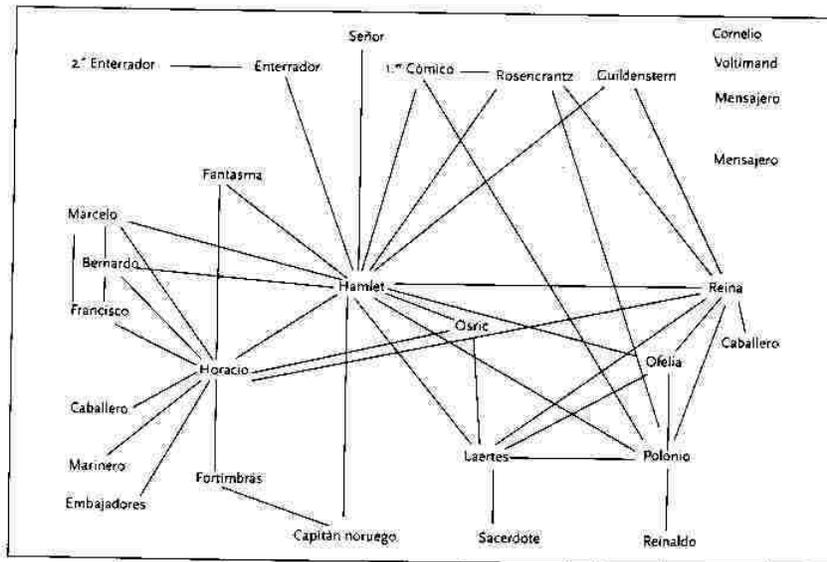
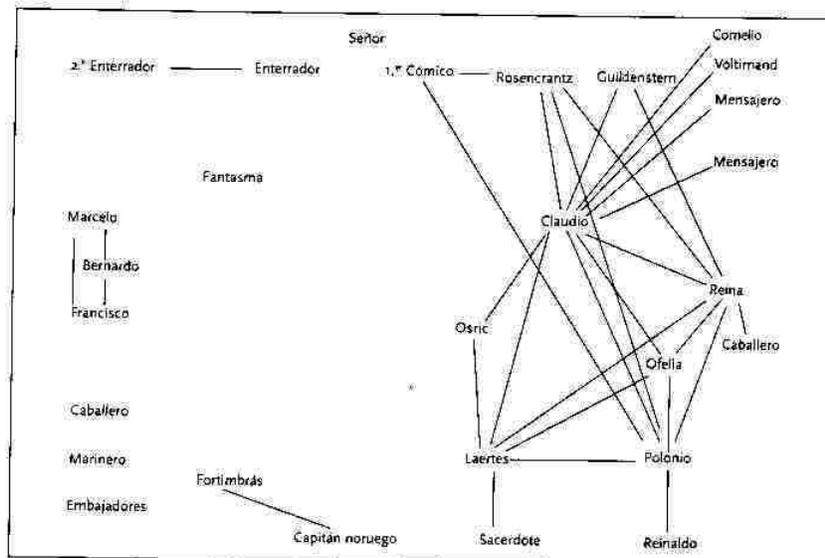


GRÁFICO 9. *Hamlet sin Hamlet y Horacio*



por el centro, ninguna «media», es decir, en la red no hay un vértice «típico», *al igual que no hay un personaje típico en las obras de teatro*. De manera que no se puede hablar de los personajes de Shakespeare «en general», al menos no en el caso de las tragedias, porque no hay personajes «en general». Lo único que tenemos es esta curva que nos lleva de un extremo a otro sin una clara solución de continuidad. Y lo mismo cabe decir de los pares en cuyos términos solemos pensar a los personajes: protagonista *vs.* secundarios o personajes «redondos» *vs.* «planos». No hay nada en esta distribución que confirme estas dicotomías. Lo que sugiere la necesidad de una reconceptualización radical de los personajes y de las jerarquías entre ellos.

En la red, lo que se hace no se deshace nunca: la trama aparece como un sistema de regiones, refleja la jerarquía que existe entre los personajes y, lo último y más importante, podemos *intervenir* en el modelo, hacer experimentos. Pensemos de nuevo en el protagonista. Se trata de un personaje importante para los críticos literarios porque ocupa buena parte del texto y siempre hay mucho que decir sobre él. Nunca nos plantearíamos analizar *Hamlet* sin Hamlet. Sin embargo, es exactamente lo que nos insta a hacer la teoría de redes: crear una *red-Hamlet* y *eliminar* a Hamlet de ella para ver qué ocurre (gráfico 7). Lo que sucede es que la red se parte prácticamente por la mitad. La corte queda a la derecha y en la región del fantasma y Fortimbrás, a la izquierda, las únicas aristas que hay son las que unen a Horacio y Claudio, Gertrudis y Osric: pocas docenas de palabras. Si usáramos el «primer Quarto» para hacerlo, la debacle sería aún más dramática.

¿Por qué es importante el protagonista en este caso? No por lo que es, no por su esencia, sino por la función que cumple dotando de estabilidad a la red. La estabilidad tiene mucho que ver con la centralidad, pero no es lo mismo. Pensemos en el segundo personaje en importancia de la red: Claudio. En términos cuantitativos, Claudio es tan central como Hamlet (con una distancia de media de 1,62 frente a la de 1,45 de Hamlet). Pero no lo es en términos estructurales, lo que podemos comprobar si le eliminamos de la red. Como muestra el gráfico 8, su desaparición afecta a un puñado de personajes periféricos, pero no mucho a la red en su conjunto. Incluso si eliminamos primero a Hamlet y luego a Claudio, su supresión no tiene grandes consecuencias. En cambio, si eliminamos primero a Hamlet y luego a Horacio (gráfico 9), la fragmentación resultante es tan radical que el fantasma y Fortimbrás (que es tanto como decir el principio y el final de la obra) se ven cercenados del resto de la trama. Ya no existe *Hamlet*. Sin embargo, Horacio resulta ligeramente menos central que Claudio en términos cuantitativos (1,69 *vs.* 1,62). ¿Por qué tiene mucha mayor importancia en términos estructurales?

Centralidad, conflicto y constelaciones

Permítanme retroceder por un instante para añadir algo sobre la centralidad de Hamlet. Las grandes tragedias de Shakespeare son reflexiones en torno a la naturaleza de la soberanía. Normalmente, un usurpador aparta del po-

GRÁFICO 12. Hamlet I.2: los dos polos de la obra

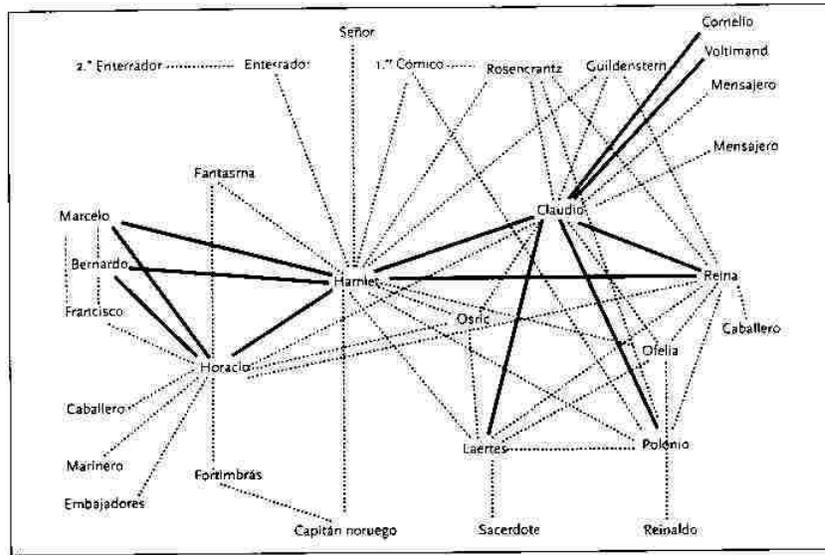


GRÁFICO 13. Hamlet III.2

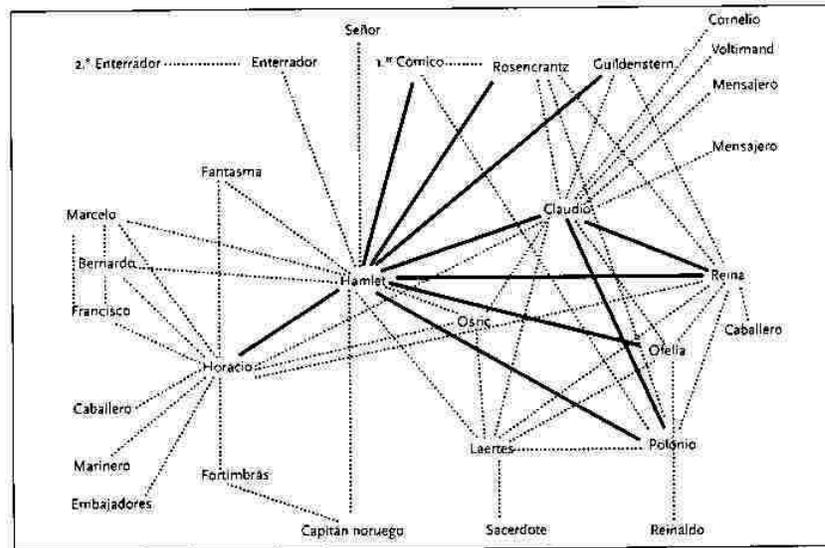
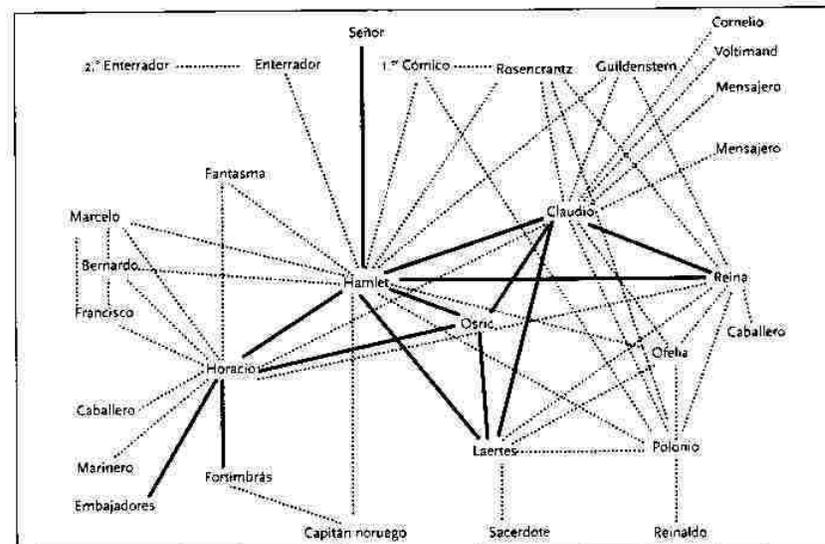


GRÁFICO 14. Hamlet V.2



der a un personaje y es derrotado, a su vez, por una segunda figura que encarna la legitimidad. Existen, sin embargo, diferencias. En *Macbeth* y *Lear* los legítimos gobernantes tienen sólidas relaciones con el resto de la red. En el gráfico 10, aunque Duncan y Marlow (en negrita gris) son antagonistas de Macbeth (línea de puntos), ambos campos están equilibrados. En el gráfico 11 se ve aún más claramente la dispersión del poder soberano en el ejemplo de *Lear*. En *Hamlet* no la vemos. Observamos una desproporción total entre el viejo Hamlet y Fortimbrás, por un lado, y Claudio, por otro. En este caso no se aprecia el habitual equilibrio de poder⁶ y Hamlet se ve atrapado entre el espacio de la corte y el de la anticorte: los soldados que aún se acuerdan del viejo rey, el fantasma, el pretendiente y el enterrador carnavalesco. Es una dualidad que surge en todas las grandes escenas de la corte, desde la que fija el modelo en el Acto I (gráfico 12), hasta la llegada de los cómicos, una obra dentro de una obra (gráfico 13), y las dos escenas finales de la tragedia (gráfico 14). Siempre hay dos centros en la red: Claudio en la corte y Hamlet fuera de ella.

Claudio en la corte... Ésta es la parte más densa de la red. El hexágono formado por Hamlet, Claudio, Gertrudis, Polonio, Ofelia y Laertes, en el que todos están conectados a todos, y la acumulación alcanza el cien por cien. La acumulación o agrupamiento es un término de la teoría de redes que Mark Newman explicaba así: «Si el vértice A está conectado al vértice B y éste al vértice C, existe una elevada probabilidad de que el vértice A también esté conectado al vértice C. Dicho en el lenguaje de las redes sociales: es probable que el amigo de tu amigo también sea amigo tuyo»⁷. Esto es lo que implica la acumulación. A y C se interconectan, el triángulo se cierra y, cuando eso sucede, se incrementa la elasticidad de esa zona de la red. *Eso explica que eliminar a Claudio tenga tan poco efecto sobre la red*. Forma parte de una región plagada de conexiones, que no pierde solidez sin él⁸.

En el caso de Horacio ocurre lo contrario: está situado en una zona de la red donde la acumulación es tan baja (gráfico 15) que sin él se desinte-

⁶ La pregunta de por qué no hay equilibrio o la cuestión de por qué elegiría Shakespeare los personajes de un fantasma y un noruego para encarnar la legitimidad es una cuestión diferente, sobre la que la teoría de redes probablemente no tenga nada que decir. El hecho de que no se refleje la hace visible.

⁷ M. E. J. Newman, «The structure and function of complex networks», *SIAM Review* 45/2 (2003), p. 183, que se puede consultar en arXiv.org.

⁸ Hamlet también está en el hexágono, pero, aunque comparte cinco aristas con Claudio (además del que comparte con Horacio y otras criaturas de la corte como Rosencrantz, Guildenstern y Osric), el resto de sus aristas son bien distintas. Claudio está ligado a personajes secundarios que son meras emanaciones de la corte y no añaden nada a su papel en la estructura. En el caso de Hamlet, las aristas nos conducen a otras regiones de la obra e incrementan su significado estructural. Además, aunque Hamlet sólo intercambia con los cinco personajes de la corte en torno al 28 por 100 de las palabras que pronuncia, en el caso de Claudio, aunque apenas habla con Ofelia y muy poco con Polonio, la cifra se eleva al 48 por cien (o al 60 por 100 si incluimos los discursos que pronuncia ante toda la corte). En otras palabras, Claudio prodiga la mayor parte de su energía verbal en el seno de este pequeño círculo. En este caso «calibrar» las aristas modificaría significativamente la radiografía inicial de *Hamlet*.

puesto, de la transferencia de soberanía, de modo que podemos considerarlo un preludio de lo que pronto se denominará Estado en vez de corte. La corte, ese espacio en el que se aprecia un cien por cien de acumulación y donde, como decía Elias en *La sociedad cortesana*, uno siempre está observando y siendo observado, se compone de dos familias: Ofelia, Laertes y Polonio, Claudio, Gertrudis y Hamlet. El mundo de Horacio es más abstracto, tan sólo intercambia un par de palabras con Claudio y Gertrudis y ninguna con Ofelia, Polonio o Laertes. En este punto se aprecia bien la diferencia entre mi análisis y otros estudios sobre Shakespeare en los que se vincula a Horacio con Polonio, Laertes y Ofelia porque aparecen juntos en el escenario. Pero no tienen en cuenta la función que cumple el personaje, el hecho de que sea un «nexo débil» en medio de una corte que se compone de familias interrelacionadas entre sí. Cuando digo débil me refiero a menos intenso, pero con un radio de acción más amplio, y también quiero evocar algo más impersonal, casi burocrático, similar a los vínculos descritos por Graham Sack en su estudio sobre *Casa desolada* de Dickens⁹.

Puede que esté dándole demasiada importancia a este extremo. Tal vez Horacio no sea más que una semiintuición fantástica por parte de Shakespeare. Digo «semi» porque el personaje, curiosamente, evoluciona poco. Pensemos en Posa, el personaje de Schiller. *Don Carlos* es, en gran medida, una reedición de *Hamlet* y Posa es una nueva versión de Horacio: el amigo solitario de un príncipe triste en una obra edípica. Pero existen buenas razones para que el personaje de Posa ocupe un lugar central en la obra. El suyo es un papel nuevo, fundamental para el teatro moderno: el del ideólogo. Quiere *hacer* algo. ¿Qué hay de Horacio? Kent se mantiene junto al rey Lear por lealtad, Macduff junto a Malcolm para vengar a su familia. ¿Y Horacio?

Horacio cumple una función en la obra, pero carece de motivación. No tiene objetivos ni emociones, no se expresa en un *lenguaje* digno de *Hamlet*. No se me ocurre ningún otro personaje que sea tan fundamental para una obra de Shakespeare y tan plano a la vez. Es plano como el Estado (o al menos como la burocracia de la que se vale). Tan plano como las típicas palabras de la periferia de *Hamlet*, órdenes y novedades: «Os enviamos / a vos, buen Cornelio, y a vos, Voltimand» (I.2.33-34); «Hombres de mar, Señor. Dicen que traen unas cartas para vos» (IV.6.2-3). Las órdenes y novedades no deben ser ambiguas; en su entorno, disminuye la «tasa de figuralidad» (un concepto de Francesco Orlando) y el lenguaje se simplifica. A su vez, la figuralidad aumenta a medida que nos desplazamos hacia el centro de la red, hasta alcanzar los juegos de palabras con los que Hamlet responde a Claudio y los soliloquios que ocupan, por así decirlo, el núcleo del centro. Como vemos, existen diversas posibilidades, pues se hace un uso diferente del lenguaje en las diversas regiones de la red. El estilo se integra en

⁹ A. Graham Sack, *Bleak House and Weak Social Networks*, tesis doctoral inédita, Universidad de Columbia, 2006. El primero en hablar de «nexus débiles» fue Mark Granovetter en «The strength of weak ties», *American Journal of Sociology* 78/6 (mayo 1973).

la trama como una *función* de la trama más. Demostrarlo sería un logro, no sólo para el análisis literario, que nunca ha logrado construir una teoría unificada de la trama y el estilo, sino incluso para el análisis de la cultura en general. Porque trama y estilo ofrecen un modelo a pequeña escala para estudiar dos características generales de las sociedades humanas. La trama nos puede ayudar a entender cómo se desarrolla un simple intercambio entre dos individuos: a base de complejos modelos que constan de miles de interacciones. El estilo nos puede ayudar a analizar el sentido que extraen los seres humanos de sus acciones. El *continuum* trama-estilo puede ayudarnos a crear un modelo que determine las relaciones existentes entre lo que hacemos y nuestra forma de reflexionar sobre ello. Pero falta mucho para que podamos cumplir ese objetivo.

Simetría

Las redes constan de vértices y aristas; las redes de tramas, de personajes e intercambios verbales. Las obras de teatro encajan bien en las redes porque las palabras son hechos, los hechos casi siempre son palabras y, por lo tanto, una red de actos de habla es una red de acciones. No ocurre lo mismo en el caso de las novelas, donde los personajes no verbalizan mucho de lo que hacen o dicen, sino que lo narran, y el estilo directo cubre sólo una parte, a veces muy pequeña, de la trama. De ahí que, en este caso, sea menos exacta la transformación de tramas en redes. Sin embargo, la idea es demasiado tentadora como para desecharla, de modo que mostraré unas redes de diálogos extraídos de *Memorias de una roca*, de Cao Xueqin, y *Nuestro común amigo*, de Dickens. Hace unos años planteé la hipótesis de que una de las mayores diferencias morfológicas entre las novelas chinas y las occidentales es el número de los personajes. Las redes pueden ayudarnos a probar esta idea.

Al contrario que en el caso de *Hamlet*, estas redes no abarcarán todo el texto, sino sólo capítulos sueltos. La red completa tal vez pudiera hacerse con *Nuestro común amigo* (aunque tiene muchos personajes para los estándares occidentales), pero, desde luego, no con *Memorias de una roca*. En cada capítulo de esta novela aparecen de cinco a veintiocho personajes con líneas propias y la media es de catorce. En *Nuestro común amigo* hay menos personajes, entre tres y catorce con líneas propias por capítulo, con una media de seis. En el gráfico 16 se representa el capítulo 1 del libro II de la novela, en el que aparecen Jenny Wren y Headstone. El capítulo 2, representado en el gráfico 17, es una variación del primero en la que aparecen el otro pretendiente de Jenny y su padre. El gráfico 18 corresponde al capítulo 4, donde se narra la venganza de Lamble sobre Podsnap por intermediación de su hija, etcétera.

En el caso de la poética occidental la simetría ha carecido de importancia, salvo en momentos muy concretos del Neoclasicismo. Pero cuando echamos un vistazo a las redes de *Nuestro común amigo*, resulta sorprendente lo regulares que son. Probablemente se deba a dos razones. La primera es que Dickens

GRÁFICO 16. Nuestro común amigo, II.1

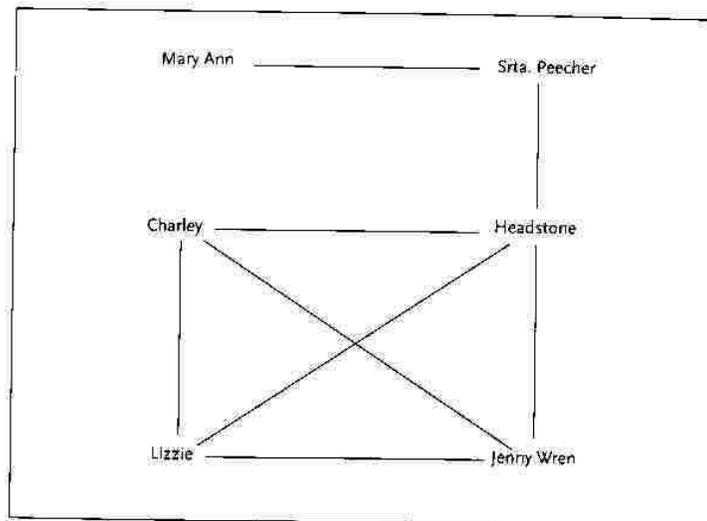


GRÁFICO 17. Nuestro común amigo, II.2

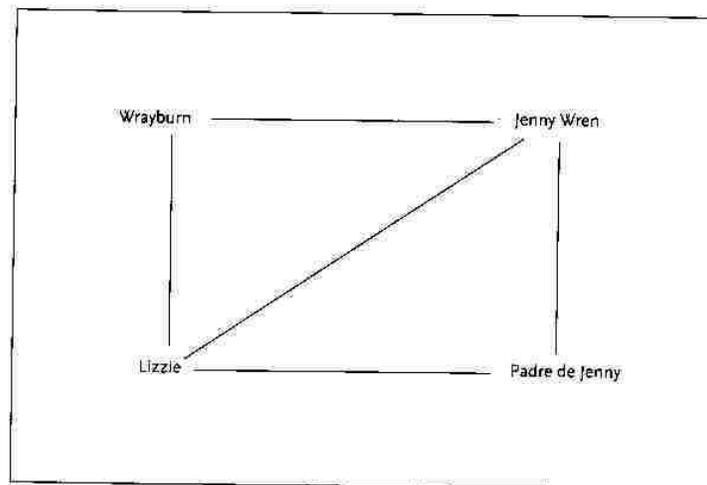


GRÁFICO 18. Nuestro común amigo, II.4

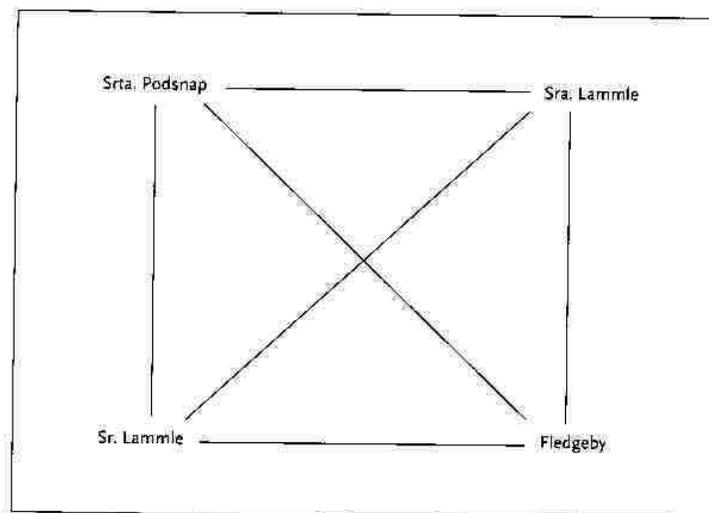


GRÁFICO 19. Memorias de una roca, *capítulo 3*

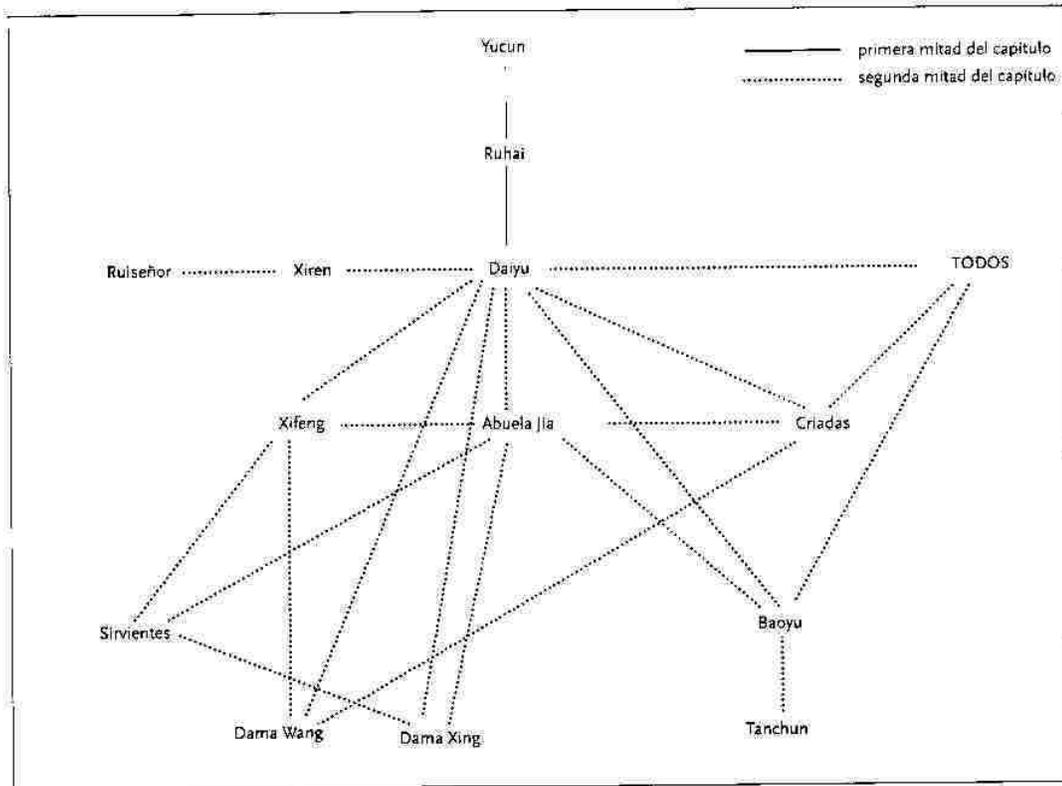


GRÁFICO 20. Memorias de una roca, *capítulo 19*

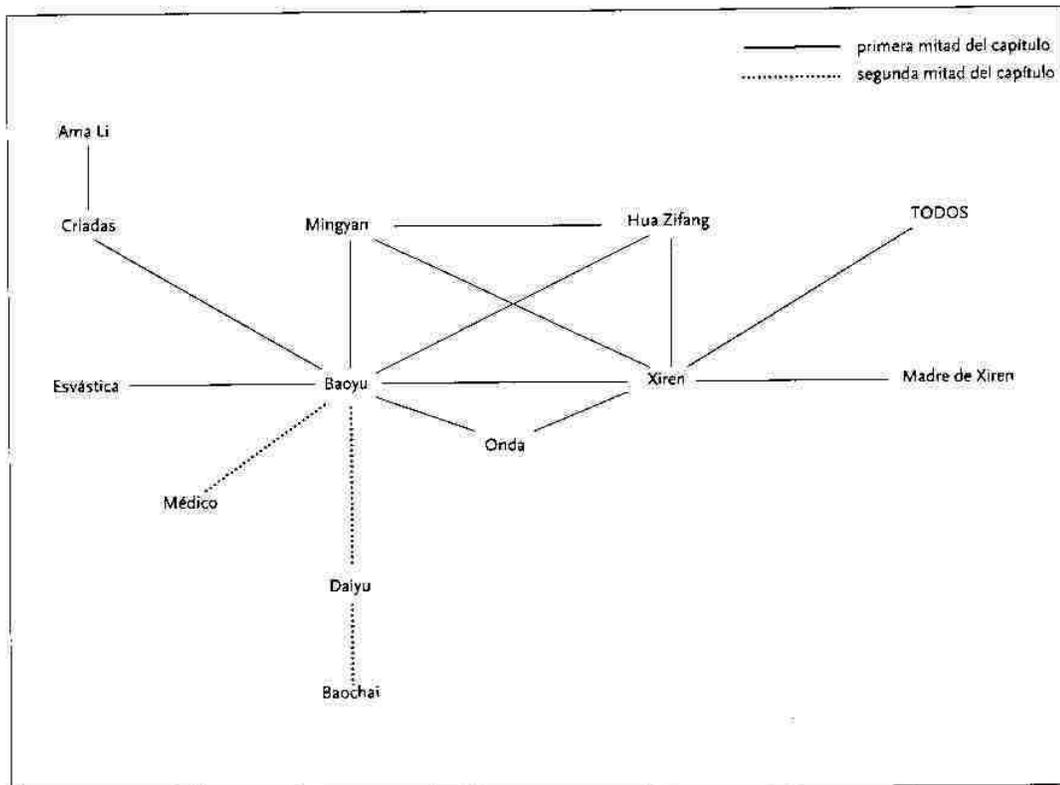


GRÁFICO 21. Memorias de una roca, *capítulo 22*

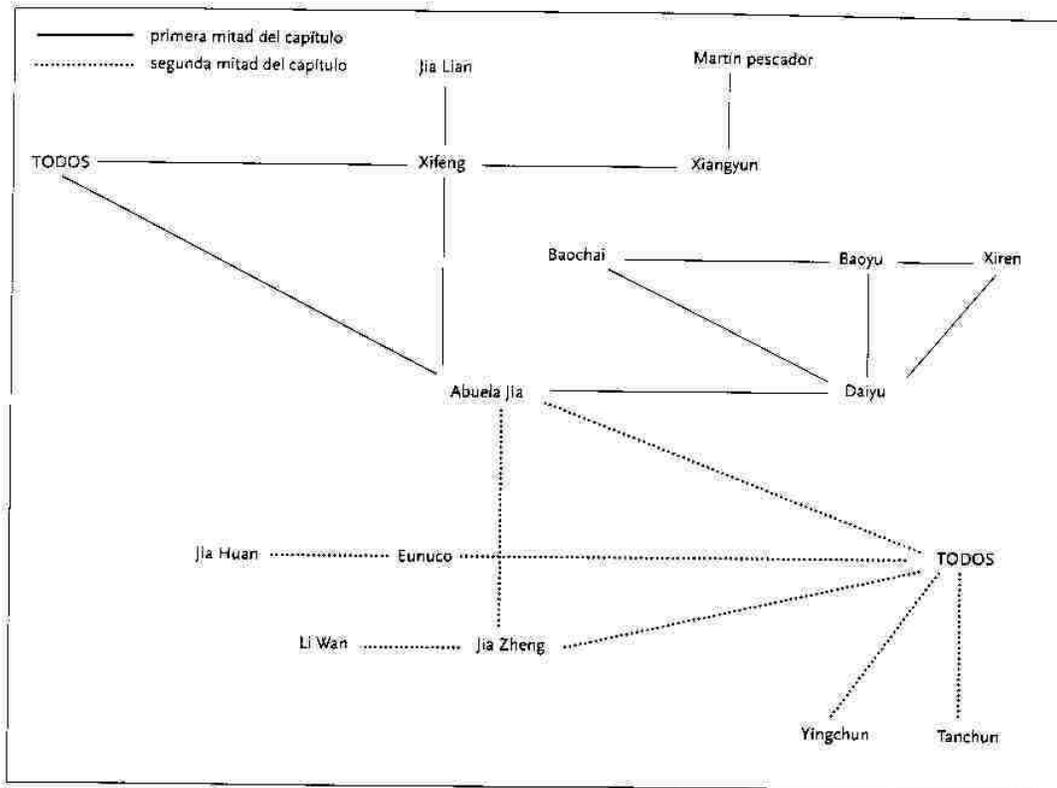


GRÁFICO 22. Memorias de una roca, *capítulo 26*

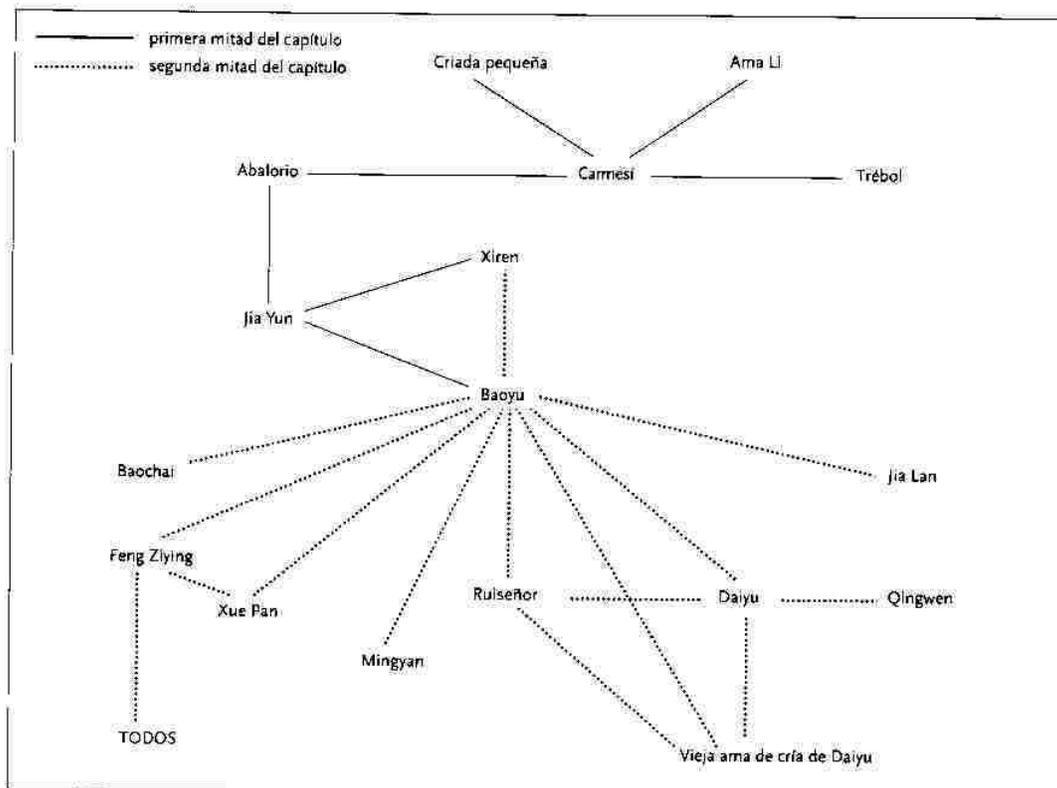
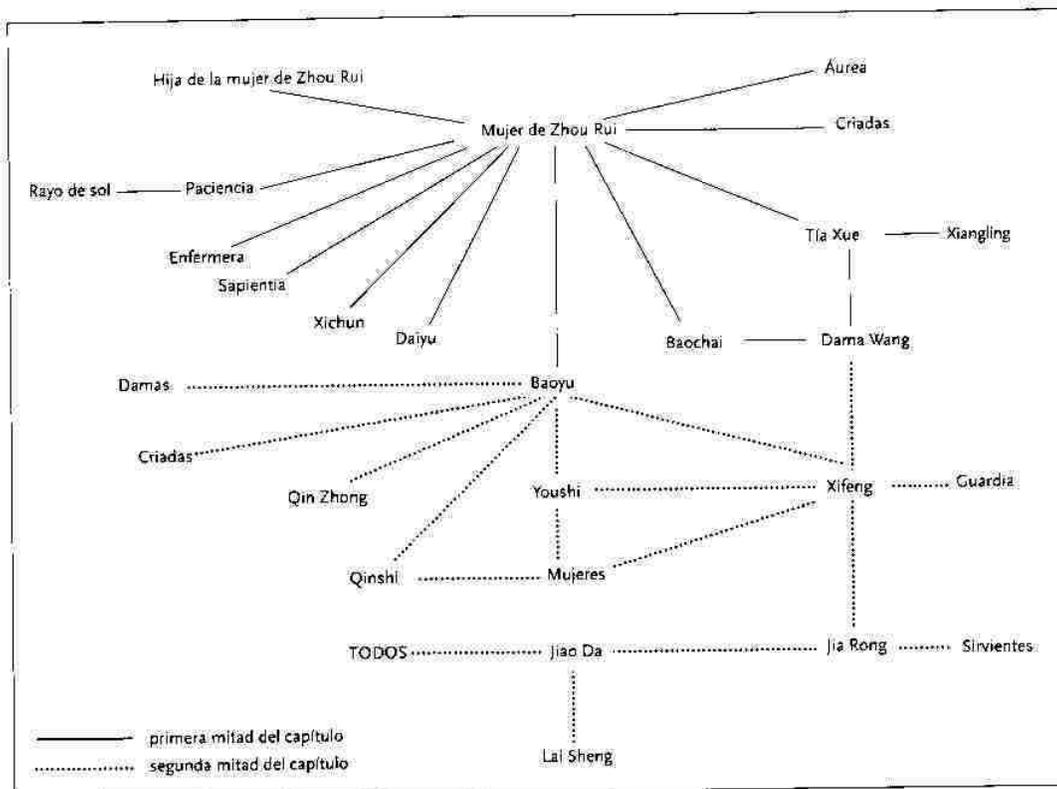


GRÁFICO 23. *Memorias de una roca*, capítulo 7

suele construir sus novelas siguiendo un modelo binario: marido y mujer, padre e hijo, hermano y hermana, amada y pretendiente, amigo y amiga, empleador y empleado, rival y rival. En segundo lugar, estos polos pueden proyectar su dualismo sobre todo el capítulo porque hay poca interferencia, es decir, hay muy pocos personajes, aparte de ellos, capaces de romper la simetría. En otras palabras, cuando hay pocos personajes la simetría parece surgir por sí sola, aunque no se busque una estética de la simetría.

En cambio, la estética de la simetría está siempre muy presente en la cultura literaria china. Según Andrew Plaks, los lectores de novelas esperan que la secuencia general de capítulos configure un todo simétrico expresado en un número redondo y simétrico, como el 100 o el 120. Este agudo sentido de la simetría da pie a «todo tipo de experimentos a la hora de elaborar modelos estructurales. Por ejemplo, se suele dividir la secuencia narrativa en el punto medio aritmético exacto, lo que desencadena dos grandes movimientos estructurales hemisféricos¹⁰.

Movimientos hemisféricos... Pensemos en los pareados que introducen los capítulos en las novelas clásicas chinas. «La esposa de Zhou Rui entrega flores en palacio y se encuentra con Jia Lian realizando proezas deportivas

¹⁰ A. Plaks, «The novel in premodern China», en F. Moretti (ed.), *The Novel*, vol. I, Princeton, 2006, p. 189. Cfr. asimismo A. Plaks, «Leaving the garden», *NLR* 47 [ed. cast: «Salir del jardín. Reflexiones en torno a una obra maestra de la literatura china», *NLR* (esp.) 47 (noviembre/diciembre 2007), pp. 105-122].

nocturnas a plena luz del día / Jia Baoyu visita la mansión de los Ningguo y sostiene una agradable conversación con el hermano de Qinshi.» A hace esto y encuentra a B; C hace aquello y se encuentra con D; las dos mitades del capítulo configuran un modelo de espejo. «La mujer joven y seria ofrece sus consejos durante la noche / la atractiva es una fuente de fragancia durante el día.» En estética china se la denomina prosa paralela. De modo que he elegido *Memorias de una roca* y la he representado en los gráficos 19 a 25. Las aristas en negrita corresponden a la primera mitad del capítulo y las de líneas de puntos a la segunda mitad.

Las novelas chinas deberían ser *más* simétricas que las europeas. Pero ello no es así. Puede que, nuevamente, se deba al número de personajes. Si la simetría surge espontáneamente allí donde hay pocos personajes, es bastante implausible cuando hay *muchos*. Estamos ante uno de esos casos en los que el tamaño deja de ser tamaño, para convertirse en *forma*. ¿Qué significa esto? En el caso de Dickens la simetría es clara y muestra que, bajo la superficie de las interacciones sociales, siempre existe un sustrato melodramático de amor u odio a punto de desbordarse. ¿A-simetría?

Guanxi

El gráfico 23 representa la primera mitad del capítulo 7 de *Memorias de una roca*. La mujer de Zhou Rui, miembro del servicio de la mansión de Rong, debe informar a la Dama Wang de la visita de un pariente lejano. Como no la encuentra en sus aposentos, pregunta por ella. La mandan a diversas partes de la residencia, a hacer varios recados, pregunta por algunas caras nuevas y por personas a las que hace tiempo que no ha visto, le piden que interceda por su yerno... Y así se encuentra con una docena de personajes, o, mejor dicho, *habla* con una docena de personajes, se topa con más del doble de ellos y en las conversaciones se mencionan otros veinte.

No pasan grandes cosas: la gente habla, anda por ahí, juega al go, chismorea... Ninguna de estas interacciones resulta crucial. Pero, sumadas, cumplen una función de presentación esencial y velan por el mantenimiento de los nodos de la región. Porque, cuando hay cientos de personajes, siempre puede disgregarse la red. Aquí debemos hacer referencia a uno de los conceptos clave de la cultura china: *guanxi*. Según Gold, Guthrie y Wank, significa «conexiones» y es parte de «un idioma específico de las redes sociales chinas». El término guarda relación con otras piedras angulares de la sociabilidad, como *ganqing* (sentimiento), *renqing* (sentimientos humanos), *mianzi* (rostro) y *bao* (reciprocidad) y describe un mundo que no está basado ni en el individuo, ni en la sociedad, sino en las *relaciones*¹¹. Pero

¹¹ Th. Gold, D. Guthrie y D. Wank, «An introduction to the Study of *Guanxi*», en Gold, Guthrie y Wank (eds.), *Social Connections in China: Institutions, Culture and the Changing Nature of Guanxi*, Cambridge, 2002, pp. 3,4,10.

GRÁFICO 24. Memorias de una roca, capítulo 24

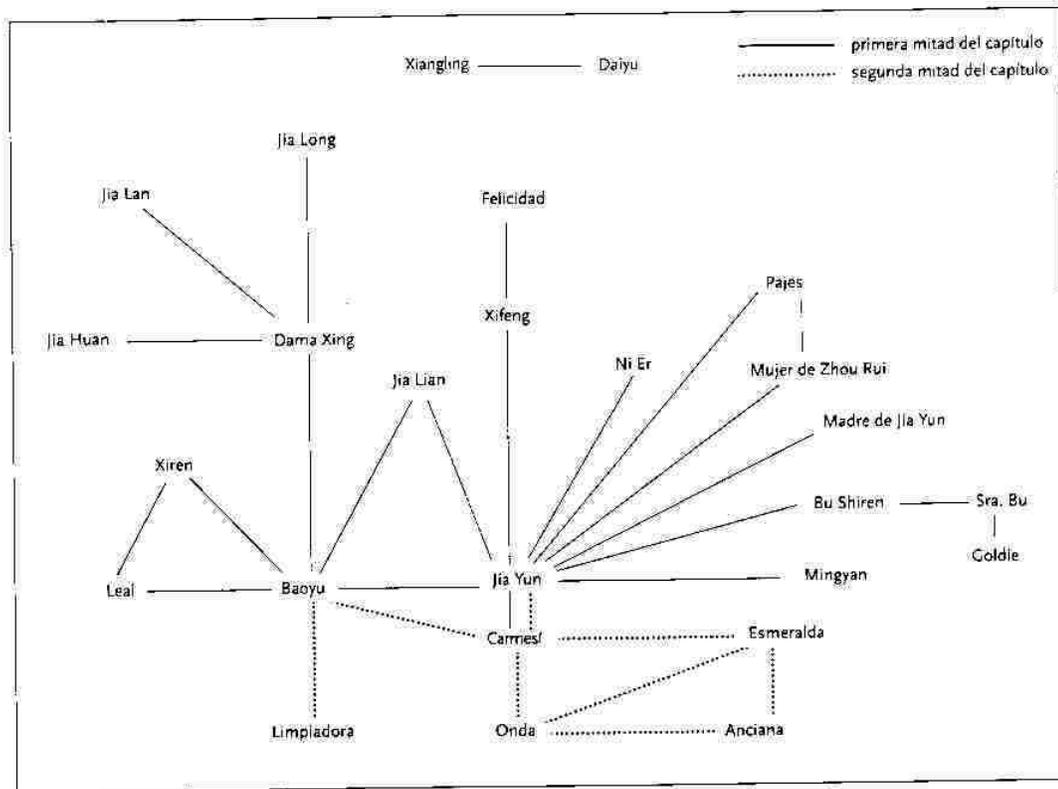
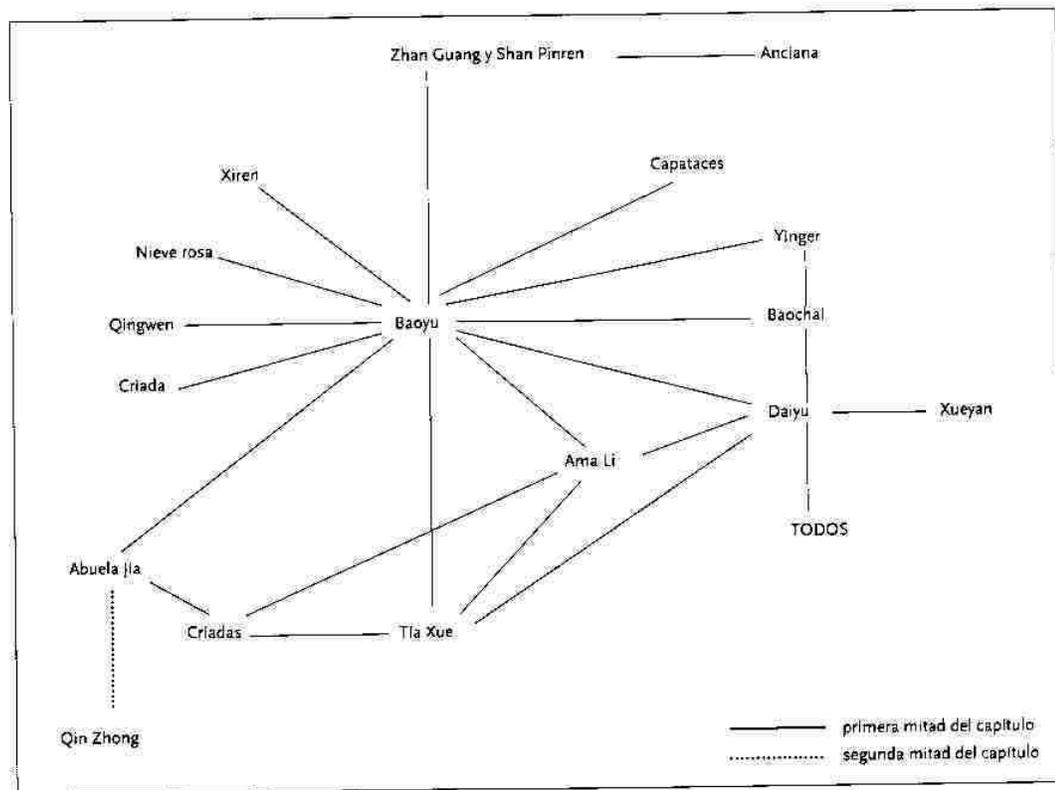


GRÁFICO 25. Memorias de una roca, capítulo 8



estas relaciones no vienen dadas, son un artefacto. El léxico relacionado con *guanxi* contiene expresiones como «obligación de elaborar», «cadena de transacciones», «estar en deuda» o «establecer conscientemente nexos»¹².

Una cadena de transacciones que genera deudas: en el capítulo 24 de la novela (gráfico 24) Jia Yun, pariente pobre de la casa Rong, busca trabajo. Pregunta a Jia Lian, pero, como sólo recibe vagas promesas, pide ayuda a su tío Bu Shiren, dueño de una tienda, esperando poder recibir a cuenta unos perfumes que pueda obsequiar. Pero Bu Shiren le rechaza y Jia Yun se va y se encuentra con un borracho que resulta ser su vecino Ni Er, un mafioso que está a cargo de las finanzas del clan y le presta el dinero necesario para comprar un regalo a Xifeng. Así funciona el *guanxi* y esto es lo que genera asimetría. Un personaje pone en juego todos sus recursos para elaborar relaciones y, al hacerlo, desequilibra toda una constelación de interacciones. En su forma ideal el *guanxi* acabará creando reciprocidad y, por tanto, simetría. Pero a escala *de capítulo* lo que debemos esperar es asimetría. Ni que decir tiene que una historia que está desequilibrada a escala local, pero equilibrada a un nivel superior, resulta muy interesante. Sobre todo cuando en Dickens encontramos la configuración opuesta: simetría en cada capítulo y asimetría en la trama general. Veámoslo.

Un quehacer provechoso

En los gráficos anteriores me he centrado en cómo el comportamiento individual contribuye a configurar la red. Quisiera analizar las cosas desde la perspectiva opuesta para averiguar cómo moldea la red general de *Memorias de una roca* a sus personajes. Baoyu, en el capítulo 8, es un buen ejemplo. En el gráfico 25 vemos que, a medida que avanza el capítulo, forma parte de tres episodios diferentes. Primero se encuentra con su novia Baochai gracias a la mediación de su criada Yinger, luego se emborracha en medio del resto de los personajes que le rodean, a pesar de la vigilancia del ama Li, y, por último, se enrabieta con las criadas hasta que Xiren amenaza con una desbandada general. Tres episodios en los que intervienen personajes diferentes, y cada uno de ellos nos muestra un aspecto distinto de Baoyu (amante ingenuo, joven sensual, tirano doméstico) que se expresa en su interacción con las diferentes constelaciones de personajes. Sucede lo mismo en todos los capítulos de la novela: se barajan un gran número de personajes y cada nueva «mano» crea constelaciones que nos muestran rasgos diferentes de los personajes que ya conocemos. La novedad resulta de la recombinación: en los primeros veinte capítulos de la novela, Baiyu habla con cincuenta y cuatro personajes y ni una sola vez es el mismo grupo el que le rodea.

¹² Cfr. Th. Gold, D. Guthrie y D. Wank, «Introduction», cit., p. 6; Mayfair y Mei-hui Yang, *Gifts, Favours and Banquets: 3. The Art of Social Relationships in China*, Ithaca, NY, 1994, pp. 6, 44 y 125. Véase, asimismo, A. Kipnis, «Practices and *guanxi* production and practices of *ganqing* avoidance», en Gold, Guthrie y Wank (eds.), *Social Connections in China*, cit.

Ahora bien, podemos decir que Baoyu es el protagonista de *Memorias de una roca*. Se trata de un hijo varón, nacido bajo auspicios singulares, del que se esperaba que hiciera grandes cosas por su familia. Pero no deja de ser una vida extraña para un protagonista: los familiares piden hablar con él continuamente, le vigilan y le instan a cumplir todo tipo de obligaciones; hasta las buenas oportunidades que se le ofrecen suelen tener su contrapartida. Es el protagonista, pero no es libre. O, mejor, no es libre *porque* es el protagonista. Tiene un deber para con la *estructura*, para con esa sociedad basada en las relaciones de la que forma parte. «El Uno para los Muchos»: una Elizabeth Bennet que no toma la decisión de irse con Pemberley, sino que se queda en casa para moldear las vidas de sus hermanas.

Estamos ante un papel protagonista diferente, que surge de una serie distinta de relaciones narrativas. Lo que muestran las redes es que las novelas se escriben desde puntos de vista opuestos en Oriente y en Occidente. Puede que algún día, cuando equipemos a estos esqueletos con estratos de direccionalidad, peso y semántica, surjan imágenes más ricas, que nos permitan considerar a los diversos géneros (tragedias y comedias, picaresca, novela gótica, *Bildungsroman*) como figuras diferentes. En el mejor de los casos incluso pueden dotar de visibilidad a los micromodelos de los que surgen las grandes figuras en la red. Pero, para que eso ocurra, debemos reunir una ingente cantidad de datos empíricos. ¿Seremos capaces, los que nos dedicamos a esta disciplina, de compartir materiales, pruebas y *datos*, unos con otros? Está por ver. En una ocasión, Stephen Jay Gould decía que a la ciencia le interesa más el quehacer provechoso que los pensamientos ingeniosos. A nosotros, todavía no.

HACIA UNA GRAMÁTICA DE LA EMERGENCIA

Bertolt Brecht nos animó a todos a construir partiendo de los malos días del presente, no de los buenos días del pasado, y eso es lo que hace el artista suizo Thomas Hirschhorn¹. Esto se debe a que Hirschhorn pretende enfrentarse al presente, lo que, en su lenguaje, también significa «estar de acuerdo» con él. Esto no significa en absoluto que lo apruebe; está de acuerdo con él solamente en el sentido de que obtiene la mayoría de sus estrategias y situaciones del mundo que compartimos, el «cubo de basura del capitalismo»². Esta manera de trabajar coincide con una importante corriente de la izquierda que insiste en los recursos, tanto culturales como políticos, que se encuentran latentes en el «intelecto general» de la multitud, una multitud que, en grados diferentes, se enfrenta actualmente a un estado de emergencia. En estas páginas quiero señalar solamente unos cuantos conceptos que Hirschhorn ha desarrollado para abordar esta condición³.

Preario

Aunque Hirschhorn ha utilizado desde hace mucho el término *précaire*, su pleno significado no fue siempre evidente. Inicialmente el término denotaba el estatus inseguro y la limitada duración de sus obras, algunas de las cuales, como *Travaux abandonnés* y *Jemand kümmert sich um meine Arbeit* (ambas de 1992), estaban hechas con trozos de papel y tableros y eran abandonadas en la calle para que la gente se las llevara. Por algún tiempo Hirschhorn distinguía simplemente lo precario de lo efímero, que —como atributo de la naturaleza más que del hombre— no le interesaba demasia-

¹ Una versión ligeramente diferente de este texto aparecerá como *Thomas Hirschhorn: Establishing a Critical Corpus*, para la Bienal de Venecia de 2011.

² «Estar de acuerdo [con el mundo] no significa aprobarlo», escribe Hirschhorn; significa, por el contrario, «mirarlo», «no darle la espalda»; «resistir, resistir a los hechos» («Ur-Collage», en Thomas Hirschhorn y Sebastian Egenhofer, *Ur-Collage*, Zúrich, 2008, p. 3). La expresión «cubo de basura del capitalismo» también es suya.

³ Un excelente estudio sobre el arte (que queda fuera de estas páginas), se encuentra en Benjamin Buchloh, «Thomas Hirschhorn: Lay Out Sculpture and Display Diagrams», en Alison Gingeras et al., *Thomas Hirschhorn*, Londres, 2004.

do como estrategia⁴. (En cualquier caso, la suya no es una crítica de la función del arte como algo fijo, ni como mercancía; a su manera insiste en valores como la autonomía estética y la universalidad artística.) Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que, en su trabajo, lo precario pasara a ser menos una característica y más una situación difícil de mucha gente afectada por él, con ramificaciones que son tanto éticas como políticas.

El término francés *précaire* indica una inseguridad socioeconómica que no es tan evidente en su equivalente inglés *precarious*; realmente, *précarité* se utiliza actualmente para describir la condición de grandes masas de trabajadores en el capitalismo neoliberal, para las que el empleo (no digamos la sanidad, los seguros sociales o las pensiones) está cualquier cosa menos garantizado. Este «precariado» se ve como un producto de la economía posfordista, aunque, históricamente, la precariedad pueda ser más la regla y la promesa fordista de una relativa seguridad en el empleo, la excepción. Se trata de una categoría complicada. ¿Qué es lo que se puede perder en un cambio discursivo desde el proletariado hasta el precariado? ¿Puede el término normalizar una condición específica, una «sociedad de riesgo» que está sometida al desafío y al cambio? ¿Puede el precariado ser arrancado de su estatus de víctima y desarrollado como un movimiento social? Por lo menos hay una cosa clara: no es una clase unificada. Como señala Gerald Raunig, hay «formas suaves de precarización» para «bohemos digitales» e «*intellos précaires*», por un lado, y «formas rígidamente represivas de disciplina laboral» para los emigrantes y *sans papiers*, por el otro⁵. Estas cuestiones son relevantes, porque Hirschhorn ha situado algunos de sus señalados proyectos en este interfaz, no sólo *Musée Précaire Albinet*, en el *banlieue* de Aubervilliers, en París (2004), sino los tres monumentos que ha realizado hasta la fecha: a Spinoza, en el barrio rojo de Ámsterdam (1999); a Deleuze, en un barrio mayoritariamente norteafricano de Avignon (2000); y a Bataille, en un vecindario mayoritariamente turco de Kassel (2002). Estos proyectos toman la forma de provisionales centros de homenaje ideados a partir de materiales corrientes, como contrachapados, cartones, papel de plata y cinta adhesiva, donde se pueden producir debates, lecturas, actuaciones y encuentros casuales. Hirschhorn pregunta: «¿Hay una manera de cruzar la frontera de nuestro espacio estable, firme y seguro, para unirse al espacio de lo precario? ¿Es posible establecer nuevos valores, valores reales, los valores de lo precario —incertidumbre, inestabilidad y autoautorización—, por medio del cruce voluntario de la frontera de ese espacio protegido?»⁶.

⁴ «Mi trabajo no es efímero, es precario. Son los humanos los que deciden cuánto dura la obra. El término «efímero» procede de la naturaleza, pero la naturaleza no toma decisiones: «Alison Gingeras in Conversation with Thomas Hirschhorn», en A. Gingeras *et al.*, *Thomas Hirschhorn*, cit., p. 24. Un incisivo análisis de lo precario, entendido en este sentido, se encuentra en Sebastian Egenhofer, «Precarity and Form», en *Ur-Collage*.

⁵ Gerald Raunig, *A Thousand Machines: A Concise Philosophy of the Machine as Social Movement*, Los Ángeles, 2010, p. 78.

⁶ Correo electrónico de Hirschhorn en respuesta a mi «Precarious», *Artforum*, diciembre de 2009. La siguiente frase también procede de este *e-mail*.



Thomas Hirschhorn, «Monumento a Spinoza», Ámsterdam, 1999.

¿Qué supone una práctica de «lo precario como forma real»? Hirschhorn afirma: «En el arte la verdad sólo puede tocarse con falta de cabeza, en encuentros azarosos, contradictorios y ocultos»⁷. Esto da a entender un primer principio: un compartir real de las condiciones de riesgo social vividas por un precariado en una situación concreta, y con este fin algunas veces Hirschhorn toma la apariencia del *okupa*. «Para alcanzar ese momento tengo que estar presente y tengo que estar despierto.» «Tengo que *levantarme*, tengo que mirar al mundo, a la realidad, al tiempo, y tengo que ponerme en riesgo a mí mismo. Ésa es la belleza de la precariedad»⁸. Teniendo presente la advertencia deleuziana sobre la «indignidad de hablar por los otros», Hirschhorn no se pone en el lugar del precariado; afirma, por el contrario: «Quiero entablar un diálogo con el otro sin neutralizarlo»⁹. De hecho, Hirschhorn no busca siempre la solidaridad con este precariado, ya que semejante solidaridad sólo puede venir de una unión forzada de grupos muy diferentes. A la benévola comunidad imaginada por estéticas relacionales, responde con el principio de la «Presencia y producción», que da nombre a su doble compromiso de estar presente en el lugar donde produce su trabajo; y reconoce que el resultado puede llevar tanto al antagonismo como al compañerismo con los residentes. De esta manera, Hirschhorn actualiza los argumentos de «Author as Producer» (1934), donde Walter Benjamin encuentra que el valor de uso políti-

⁷ T. Hirschhorn, «Restore Now», 2006. A no ser que se acredite de otra manera, todos los textos de Hirschhorn citados son cortesía del artista.

⁸ T. Hirschhorn, «Restore Now». También podría decirse que «okupa» la obra de los artistas, escritores y filósofos a los que escoge para sus altares, quioscos y monumentos.

⁹ T. Hirschhorn, «About the Musée Précaire Albinet», 2004. Acusado de jugar con los sin techo, replicó que, por el contrario, su trabajo tiene un carácter autónomo. «Letter to Thierry», 1994, en A. Gingeras *et al.*, *Thomas Hirschhorn*, cit., pp. 120-121.



Thomas Hirschhorn, «Substitution», 2007. Cortesía de Stephen Friedman Gallery, Londres.

co de una obra está menos en su actitud o en su tendencia que en su posición o función dentro de un modo de producción.

«Precario» deriva «del latín *precarius*: obtenido mediante súplicas, dependiente del favor de otro y, por ello, incierto; de *preces*: plegaria» (*Oxford English Dictionary*). Esta definición subraya que este estado de inseguridad es un estado construido, una obra de ingeniería de un régimen de poder de cuyo favor depende el precario y al que solamente puede elevar peticiones. Esto significa que representar lo precario, como a menudo hace Hirschhorn, no es solamente evocar sus efectos peligrosos y privados, sino también insinuar cómo y por qué se produce, y así implicar a la autoridad que impone esta «tolerancia revocable» (como su ocasional colaborador, el poeta francés Manuel Joseph, define *précarité*)¹⁰. El aspecto de súplica que acarrea la palabra es contundente en muchos de los proyectos de Hirschhorn, donde a menudo también tiene implícita la fuerza de la acusación.

Aquí la dimensión política de lo precario se transforma gradualmente en lo ético. Hirschhorn señala: «Dar una forma a lo precario» es atestiguar la «fragilidad de la vida» y la conciencia de esta fragilidad «me lleva a estar despierto, a estar presente, a estar atento, a estar abierto; me lleva a estar activo»¹¹. En

¹⁰ Véase T. Hirschhorn, *Musée Précaire Albinet*, Aubervilliers 2005. En un texto no publicado, «L'infâme et la tolérance révoicable», Manuel Joseph escribe: «La precariedad se pone totalmente en práctica por medio de una autorización provisional, es decir, por medio de una "tolerancia revocable" otorgada por la Letra de la Ley; una ley concebida, inventada, escrita por el hombre. Se refiere a una "condición" cuya duración no está garantizada, excepto para los hombres que han redactado, decretado e impuesto este contrato».

¹¹ T. Hirschhorn, «Théâtre précaire pour "Ce qui vient"», 2009. Aquí llama a la fuerza de lo precario «frágil, cruel, salvaje, pero libre».

«Precarious Life», su breve ensayo sobre Emmanuel Lévinas, Judith Butler escribe en una línea similar: «De alguna manera empezamos a existir en el momento en que somos abordados, y algo de nuestra existencia se demuestra precario cuando esa relación falla». Aquí Butler explora la noción del «rostro», que Lévinas planteó como la misma imagen de «la extrema precariedad del otro». «Responder al rostro, entender su significado», sostiene Butler, «significa estar despierto ante lo que es precario en la vida de otro, o, más bien, ante la precariedad de la propia vida»¹². Ése es el rostro que a menudo propone el arte precario de Hirschhorn, que se niega a apartar la vista.

Bête

En una entrevista con Hirschhorn realizada en 2003, Benjamin Buchloh comienza con una pregunta «típica de historiador del arte»: «¿Quién fue más importante para ti, Warhol o Beuys?». A esta alternativa, Hirschhorn responde que ha recurrido a ambos por igual¹³. A Beuys le gustaba decir que «todo hombre es un artista» y lo mismo que Hirschhorn ratifica esa visión del común de la gente, lo mismo hace con Warhol, cuyo cuadro *129 Die in Jet* (1962) le produjo un profundo impacto cuando lo vio por primera vez en 1978 (cuando Hirschhorn tenía 21 años): «Me sentí incluido, inmediatamente incluido en la obra del artista, incluido en el arte»¹⁴. Más tarde, la importancia de un «público no exclusivo» se le quedó grabada gracias a Jacques Rancière y *The Ignorant Schoolmaster* (1991), «con su proclamación de la igualdad de inteligencia de los seres humanos»¹⁵. Estos compromisos se pueden resumir con una anécdota de Brecht, de quien se dice que mantenía junto a su máquina de escribir un pequeño burro de madera con esta leyenda escrita alrededor del cuello: «Incluso yo tengo que entenderlo».

Hirschhorn anticipó algunas de las posiciones de lo precario en un libro de rudimentarios *collages* de 1995, titulado *Les plaintifs, les bêtes, les politiques*. Nos dice que estos trabajos «estaban directamente inspirados por los letreros que veía en la calle y en el metro, señales de cartón realizadas por gente en situación de necesidad existencial que adoptan una forma que es económica, efectiva, hermosa [...] Son hermosas porque combinan el lenguaje del compromiso con el de la sinceridad. El resultado es puro»¹⁶. Sus

¹² Judith Butler, *Precarious Life: The Powers of Mourning and Violence*, Londres y Nueva York, 2004, pp. 130, 134. Sobre las víctimas de la guerra en particular, Butler dice: «Hemos sido alejados del rostro», p. 150. Esto es precisamente lo que Hirschhorn se niega a hacer en sus «ur-collages» referidos a la Guerra de Iraq, que frecuentemente son brutales yuxtaposiciones de imágenes de cuerpos perfectos de modelos procedentes de revistas de moda, con cuerpos destruidos encontrados en internet (mientras que los modelos siempre tienen el rostro perfecto, las víctimas algunas veces carecen de él).

¹³ Benjamin Buchloh, «An Interview with Thomas Hirschhorn», *October* 113 (verano 2005), p. 77. Por otra parte, Hirschhorn afirma: «Para mí, Warhol no es en absoluto el opuesto de Beuys».

¹⁴ T. Hirschhorn, «Where do I stand? What do I want?», *Art Review* (junio 2008).

¹⁵ T. Hirschhorn, «Ur-Collage»; «Where do I stand? What do I want?».

¹⁶ T. Hirschhorn, «Les plaintifs, les bêtes, les politiques», 1993.

propios *collages* cuestionan un mundo que puede tolerar con aparente indiferencia las contradicciones más flagrantes, el pasado y el presente. Una obra muestra una fotografía de un joven que lleva un símbolo de la paz mientras sostiene un rifle; en el margen Hirschhorn garabatea flechas hacia ambos objetos, exclamando con letras mayúsculas: «¡Realmente no lo entiendo!». Otro *collage* reproduce un póster soviético, diseñado por el constructivista Gustav Klucis, de un gigantesco Stalin dominando una planta industrial, garabateando con una pluma: «¡Ayuda! Encuentro precioso el póster, pero sé lo que hizo Stalin. ¿Qué hacer?».

Como se ha señalado anteriormente, lo «lastimero» es uno de los registros de lo precario, pero con la misma frecuencia Hirschhorn habla con la voz del *bête*, el *bête* como tonto, incluso estúpido. «¡Ayuda [para entender]!» es un grito recurrente en *Les plaintifs, les bêtes, les politiques*, y el sentimiento no es falso: Hirschhorn manifiesta que «los *collages* también nacieron de una necesidad existencial por mi parte. Necesitaba comprender»¹⁷. Algunos de sus términos favoritos pueden clarificar lo que esto supone. Un cartel cita al escritor suizo Robert Walser (al que Hirschhorn dedicó un quiosco), «Cuando los débiles se toman a sí mismos por los fuertes». Esto no es una profecía cristiana (como la de «los mansos heredarán la tierra»), ni tampoco una fanfarronada nietzscheana. No obstante, en esta posición «débil» Hirschhorn encuentra «una fuerza explosiva, una clase de resistencia»; nos recuerda que es desde abajo de donde viene la subversión¹⁸. Si lo débil es uno de los aspectos del *bête*, otro es la «falta de cabeza», un concepto que Hirschhorn adapta de Georges Bataille, que investigó lo *acéphale* a mediados de la década de 1930. A menudo Hirschhorn apunta hacia el trabajo que «escapa del control, incluso del control del que lo realiza», porque también encuentra un «carácter resistente» en esta falta de cabeza, a la que describe como una posición «completamente sumergida, pero aun así no resignada, no reconciliada y (por supuesto) no cínica»¹⁹.

El sin cabeza, a su vez, evoca un tercer avatar del *bête* que se encuentra activo en Hirschhorn: el hincha. «El hincha puede parecer *kopflös* [sin cabeza], pero al mismo tiempo puede resistir porque está comprometido [...] Es un compromiso que no requiere justificación»²⁰. En diversas obras Hirschhorn ha adoptado no sólo sus atavíos (banderines, bufandas, etc.) sino también su devoción (es un hincha de Bataille, dice, como también lo es del equipo de fútbol del Saint-Germain). De hecho, Hirschhorn busca redirigir la inversión pasional del hincha hacia un *détournement* de valor cultural, como en sus altares dedicados a artistas y escritores perdidos y/o marginales, donde pregunta: ¿por qué no a Otto Freundlich e Ingeborg Bachmann, en vez de a Michael Jackson y la princesa Diana? Sin

¹⁷ T. Hirschhorn, «Les plaintifs, les bêtes, les politiques».

¹⁸ B. Buchloh, «Interview with Hirschhorn», cit., p. 98. Quizá «el débil» en Hirschhorn es equivalente al «menor» en Deleuze y Guattari.

¹⁹ T. Hirschhorn, «Ur-Collage»; «Bijlmer-Spinoza Festival» (2009).

²⁰ A. Gingeras *et al.*, «Alison Gingeras in Conversation with Hirschhorn», cit., p. 35.



Thomas Hirschhorn, «Ur-Collage A 13», 2008. Cortesía del artista.

duda, éste es un gesto utópico, pero tiene una carga crítica no diferente a la vieja insistencia marxista, asociada con Ernst Bloch, de que la izquierda no entregue a la derecha la fuerza de las pasiones populares, incluso (o especialmente) cuando esas pasiones son arcaicas o atávicas (como «Sangre y suelo» en el periodo nazi de Bloch, o «Dios y armas» en nuestro actual Tea Party). Hirschhorn deduce que, si actualmente vivimos en una cultura de identificación, entonces debemos también utilizar sus medios.

Para Hirschhorn el *bête* también es un modo de ver y de leer. Sugiere que una manera de no apartar la mirada es «parecer bobo», es decir, admitir que a menudo estamos «mudos de asombro» por los vergonzosos acontecimientos del mundo, como el masivo asesinato de civiles inocentes durante la Guerra de Iraq, presente en truculentas imágenes en su *Ur-Collages* (2008). Bajo esta luz, parecer bobo es una forma de ver que tiene una fuerza tanto ética como política (Hirschhorn habla de sus *collages* como de «evidencias»²¹). Aquí también está implícito otro aspecto del *bête*, al que llamaré, siguiendo a Eric Santner, «el creatural». Para Santner lo creatural está provocado por la «exposición a una dimensión traumática del poder político»;

²¹ También se pueden ver los *collages* como un *pense-bête* (un término utilizado por Marcel Broodthaers) en el sentido coloquial de registro de acontecimientos o recordatorio de tareas. Quizá también aquí hay un eco del concepto de Lévi-Strauss de un *pensée sauvage* que actúa por medio del bricolage (Hirschhorn describe sus *collages* como «simples, primitivos, prehistóricos»). Lévi-Strauss dice en una famosa definición que el *bricoleur* «construye con “lo que encuentra a mano”, «una colección de retazos abandonados por empresas humanas» a los que trata no sólo como «intermediarios entre imágenes y conceptos», sino también como «operadores» que «representan un conjunto de relaciones reales y posibles»; Claude Lévi-Strauss, *The Savage Mind* [1962], Chicago, 1966, pp. 17, 19, 21, 18. Aunque parezca ir contra la intuición conectar a Hirschhorn con Lévi-Strauss, el artista sí practica un bricolage; un bricolage, como sugiere el antropólogo, de la «mente salvaje» que a la vez es mitográfico y mitopoético por naturaleza.

en momentos semejantes un encogimiento creatural «es llamado a la existencia, *ex-citado*, por la exposición a la particular “creatividad” asociada con ese umbral de ley y no ley». Lo creatural puede ser obscuro (recordemos a Calibán en *The Tempest*), aunque también puede señalar grietas en el orden simbólico en general, «fisuras o cesuras en el espacio del significado», que pueden convertirse en lugares de compra donde se puede resistir o por lo menos reimaginar al poder²². Desde *Les plaintifs, les bêtes, les politiques* hasta *Ur-Collages*, Hirschhorn a menudo busca semejantes aperturas de lo creatural.

Finalmente, el *bête* también es el simple, al que Hirschhorn valora: «La simplicidad es un hallazgo», dice con una maravillosa expresión. Este aspecto del *bête* nos devuelve no sólo al común de la gente con la que, de manera diferente, conectaban Brecht, Beuys y Warhol, sino también a las fuentes, creativas y críticas, que se encuentran en el «intelecto general» de la gente común²³. Gramsci (a quien se dedicaría el cuarto y final monumento) una vez definió el «sentido común» como el «folklore de la filosofía», es decir, una reserva no meramente de superstición que denunciar, sino también de una verdad que desarrollar²⁴. Y Sartre escribió de la misma manera sobre el «lugar común»:

Esta sutil palabra tiene varios significados; se refiere, indudablemente, a los pensamientos más trillados, pero estos pensamientos se habían convertido en el lugar de encuentro de la comunidad. Todo el mundo se encuentra a sí mismo en ellos, igual que encuentra a los otros. El lugar común es de todos y me pertenece; en mí pertenece a todos, y es la presencia de todos en mí²⁵.

No por cinismo, sino en interés de este «comunismo» (como Warhol llamó una vez al pop), fue por lo que Warhol recurrió a las sopas Campbell y a la Coca-Cola (le gustaba decir que la reina bebía la misma Coca que el vagabundo de la calle). También este interés es el que lleva a Hirschhorn hacia los materiales cotidianos, como el cartón y las técnicas generalizadas, como el *collage*. Forma parte de su búsqueda de un público no exclusivo, un público después de la aparente disolución de la esfera pública.

Gastos

Hirschhorn proclama «energía sí, calidad no». Es un lema que habla de su deseo de recargar las formas de arte público, y sus altares, quioscos, monumentos y festivales escenifican una apasionada clase de pedagogía pública. Para Bataille, el problema esencial de prácticamente todas las economías no es

²² Eric Santner, *On Creaturely Life: Rilke / Benjamin / Sebald*, Chicago, 2006, pp. 15, XV.

²³ T. Hirschhorn, «Where do I stand? What do I want?».

²⁴ Antonio Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, Nueva York, 1971, p. 326.

²⁵ Jean-Paul Sartre, introducción a Nathalie Sarraute, *Portrait d'un Inconnu* (1957), reeditado en J. P. Sartre, *Portraits*, Londres, 2009, pp. 5-6.

tanto la escasez como el excedente. Como dice en *La part maudite* (1949), un texto clave para Hirschhorn, «la energía debe perderse necesariamente sin beneficio; debe gastarse, voluntariamente o no, de forma gloriosa o catástrofica»; es «la detestable proporción» que debe ser gastada²⁶. Hirschhorn se muestra de acuerdo: «Creo que más es siempre más. Y que menos es siempre menos», afirmaba en una temprana polémica contra la estética moderna de «menos es más». «Más es más, como un hecho aritmético y como un factor político. Más es una mayoría. El poder es el poder. La violencia es la violencia. También quiero expresar esa idea en mi trabajo»²⁷.

El concepto de Bataille de gasto (*dépense*) ha guiado a Hirschhorn en varios aspectos. Para empezar, está el evidente exceso de sus actuaciones, que representan una descabezada mimesis de los desquiciados excesos del capitalismo avanzado, de la sobreproducción y sobreconsumo que nos rodea. Esta estrategia de exacerbación mimética se remonta, a través de Warhol, Claes Oldenburg y otros artistas pop, hasta Hugo Ball, Johannes Bader y otros dadaístas²⁸. Con Hirschhorn es especialmente paradójica: al nivel más elemental, al mismo tiempo que los materiales que utiliza «te hacen pensar en la pobreza», también están desplegados de las maneras más extravagantes²⁹. Como afirma Buchloh, así es como Hirschhorn cuestiona un orden capitalista que sacrifica el valor de uso en el altar del valor de señal-cambio. Al mismo tiempo, Hirschhorn insiste enigmáticamente en que su arte trata «del valor absoluto»³⁰. Esto sugiere que no sólo avanza una crítica del intercambio capitalista, sino también una propuesta de un intercambio totalmente diferente, en línea con una «economía general» de gastos no productivos defendida por Bataille. «Esta intención es muy importante en mi trabajo», dice Hirschhorn cuando habla de la batailleana explicación del *potlatch* en *La part maudite*. «Quiero hacer mucho, dar mucho [...] Quiero hacerlo para desafiar a la otra gente, a los que miran, para que se impliquen igualmente, de modo que también tengan que dar»³¹.

Bataille basó su versión del *potlatch* en la teoría del regalo de Marcel Mauss. Socialista como era, Mauss definió el regalo, implícitamente, como el foráneo doble de la mercancía. Como la mercancía para Marx, el regalo para

²⁶ Georges Bataille, *The Accursed Share*, Nueva York, 1988, p. 2.

²⁷ T. Hirschhorn, «Less is Less, More is More» (1995), en Gingeras *et al.*, *Thomas Hirschhorn*, cit., p. 122.

²⁸ Yo desarrollo el concepto de exacerbación mimética en «Dada Mime», *October* 105 (verano 2003). Hay que señalar que lo que Hirschhorn valora especialmente de *Grand Plastro-Dio-Dada-Drama* (1920), de Johannes Bader, es que algunas veces habla de modo que recuerda a Hugo Ball (por ejemplo, «toda herida es mi herida») y que algunas veces adapta la apotropaica calavera y las tibias cruzadas utilizada por John Heartfield, etc.

²⁹ Gingeras *et al.*, «Alison Gingeras in Conversation with Hirschhorn», cit., p. 15

³⁰ *Ibid.*, p. 34.

³¹ B. Buchloh, «Interview with Hirschhorn», cit., p. 93. «Elegí este libro», remarcó Hirschhorn cuando incluyó *La part maudite* en su *Emergency Library* (2003), «porque nada tiene más valor que eso que no tiene ningún valor y que no puede traducirse a una escala de valores».



Thomas Hirschhorn, «Too Too–Much Much», 2010, Museum Dhondt-Dhaenens, Deurle, Bélgica. Cortesía de la galería Chantal Crousel, París. Fotografía de Romain López.

Mauss produce una confusión parcial sobre las cosas y las personas, «cosas que son en cierto grado partes de personas, y personas y grupos que se comportan en cierta medida como si fueran cosas». Sin embargo, a diferencia del intercambio de mercancías, el intercambio de regalos establece un «modelo de derechos simétricos y recíprocos», una cargada ambivalencia entre gentes que se atan juntas, no una equivalencia abstracta entre productos que los separan. Mauss dice que «negarse a dar, o fracasar en invitar, es –como rehusar el aceptar– equivalente a una declaración de guerra», «es un rechazo de la amistad y del trato»³². Hirschhorn busca reanimar al sujeto-objeto sobre la línea del intercambio de regalos: una de sus propuestas (que consistía en gigantescos libros al borde de la carretera) la describía como un «regalo obsceno»; se trata de una rúbrica que cubre gran parte de su arte.

«Dar, afirmar, significa exigir algo del público», dice Hirschhorn sobre el proyecto anteriormente mencionado. Hablando de otro trabajo dice que «en vez de provocar la participación de la audiencia, quiero que se implique [...] Éste es el intercambio que propongo». «Yo soy el que, como artista, tengo que dar primero», comenta Hirschhorn sobre una tercera obra. «La participación sólo puede ser un afortunado resultado, porque yo, el artista, tengo que hacer el trabajo para la implicación del otro»³³. En vez de es-

³² Marcel Mauss, *The Gift: Forms and Functions of Exchange in Archaic Societies* [1925], Nueva York, 1967, p. 11 [ed. cast.: *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*, Buenos Aires, Katz, 2009].

³³ T. Hirschhorn, «The Road-Side Giant-Book Project», 2004; A. Gingeras *et al.*, «Alison Gingeras in Conversation with Hirschhorn», cit., pp. 25-26; «Foucault Squatter», 2008.

perar la participación, Hirschhorn la prepara mediante la presencia y la producción y luego la provoca mediante la implicación. Como todos los actos de generosidad, sus proyectos están cargados de ambivalencia, mezclando como lo hacen al «vecino» con el «extranjero»; sin embargo, esta mezcla se realiza de manera que pueda llegar a cristalizar una clase diferente de micro-sociedad, aunque sea momentánea³⁴. Desde luego, en el *potlatch* el prestigio se acumula en el que más puede gastar, y esa acumulación de poder simbólico se produjo en artistas *potlatch* como Beuys y Warhol. Es menor en el caso de Hirschhorn, que busca esa oximorónica cosa que es el *potlatch* igualitario («1 hombre = 1 hombre» es otro de sus lemas).

Emergencia

El contrato social o el orden simbólico –como quiera que lo llamemos– es mas endeble de lo que pensamos. Ciertamente, el actual ya era precario antes del 11 de septiembre de 2001; sin embargo, también es cierto que durante la última década la precariedad se ha vuelto más penetrante en las sociedades occidentales. A pesar de toda la discusión sobre los «Estados fallidos» en otras partes, los nuestros han llegado a actuar, rutinaria y destructivamente, como «bribones», y con esa capacidad nos amenazan a todos. Enfrentados a una situación en la que la precariedad parece ser la norma por abajo y el schmittiano estado de excepción la norma por arriba, Hirschhorn a menudo también representa en su trabajo esta duplicación. Por una parte, cruza la línea hasta lo precario; por la otra, representa su propio estado de emergencia (para lo cual asume otros disfraces además del de okupa: «Luchador solitario», «guerrero» con sueños», etc.)³⁵. Cada vez más ambos –precariedad y emergencia– se reúnen en su discurso: «La precariedad es la dinámica, la emergencia es la necesidad de este trabajo». En 2003, cuando Hirschhorn montó treinta y siete libros, enormemente aumentados, para su *Emergency Library* (2003), no se trataba de una lectura para una isla desierta, sino de un arsenal de «demandas absolutas» para aquí y ahora³⁶.

Cuando Hirschhorn grita «¡ayuda!», se dirige a la emergencia, pero igualmente lo hace cuando reconoce «¡te quiero!». Hirschhorn explica que para sus altares «seleccioné figuras sobre las que realmente podría decir “te quie-

³⁴ «Quiero crear la relación con el otro sólo si este otro no está específicamente conectado con el arte. Ésa es y ha sido siempre mi pauta: crear –a través del arte– una forma que implica al otro, a lo inesperado, a lo falto de interés, al vecino, al desconocido, al extranjero». T. Hirschhorn, «Six Concerns About Bijlmer», 2009.

³⁵ T. Hirschhorn, «Bataille Monument», 2002; «Utopía, Utopia = One World, One Army, One Dress», 2005. Véase también «Foucault Squatter»: «La estética de la okupación no me interesa por su estilo; estoy interesado por la estética de la okupación porque significa emergencia, espontaneidad y encuentro. La okupación es la forma precaria de un momento precioso».

³⁶ T. Hirschhorn, «Restore Now»; «Emergency Library», en A. Gingeras *et al.*, *Thomas Hirschhorn*, cit., p. 113.

ro», «sobre las que realmente lo quería decir; era un compromiso real»³⁷. Esta expresión de amor no trata sólo de una inversión libidinal en oscuros artistas y autores; también es un contrato de actuación, hecho en la emergencia y contra la emergencia, con el compromiso de un hincha «que no requiere justificación». Es un intento de rescatar del olvido figuras como las de Otto Freundlich e Ingeborg Bachmann, y para suplicarlas que levanten los brazos con él en el presente. En «Theses on the Philosophy of History» Benjamin dice que «el pasado puede ser aprehendido solamente como una imagen que se desvanece en el instante en que puede ser reconocida, y nunca se vuelve a ver»³⁸. En este urgente «tiempo del ahora» es donde Hirschhorn a menudo trabaja.

En este tiempo, el «compromiso» y la «autonomía» no están en contradicción (como se dice que se encuentran en el discurso estético en general), porque la autonomía que interesa a Hirschhorn no es la «autosuficiencia» del arte, sino «la autonomía del coraje, la autonomía de la afirmación, la autonomía para *autorizarme a mí mismo*»³⁹. Hace más de un siglo, Gauguin preguntó: «¿De dónde venimos?, ¿qué somos?, ¿a dónde vamos?». Unos años después, en un registro diferente, Lenin planteó (o replanteó) otra pregunta famosa: «¿Qué hacer?». En su mapa de esta práctica, Hirschhorn pregunta: «¿Dónde estoy?, ¿qué quiero?». Éstas son las preguntas que pretende que también nos hagamos.

³⁷ B. Buchloh, «Interview with Hirschhorn», cit., p. 82.

³⁸ Walter Benjamin, «Theses on the Philosophy of History», en *Illuminations*, Nueva York 1969, p. 257.

³⁹ T. Hirschhorn, «Where do I stand? What do I want?».

ANATOMÍA DEL *BERLUSCONISMO*

Lo que Italia está experimentando con Berlusconi no es el fascismo. La dictadura propiedad de Berlusconi no es la dictadura política de Mussolini. Por encima de otra cosa, el fascismo era la violencia de las «escuadras de combate» de Mussolini: las bandas armadas que incendiaban los locales de sindicatos, de partidos de izquierda y de asociaciones obreras; que atacaban y golpeaban a individuos y les obligaban a beber aceite de ricino para añadir la humillación a la violencia. El fascismo era esencialmente violento, una apropiación del poder que subvertía explícitamente la ley. Su violencia y subversión se hubiera podido parar con facilidad si una mayor parte de las fuerzas e instituciones políticas «moderadas» del país hubieran valorado la legalidad por encima del beneficio y del privilegio. En vez de ello, la violencia fascista encontró un ferviente apoyo en sectores decisivos del Estado y el consentimiento del resto: desde el rey al ejército, desde el presidente del gobierno, Luigi Facta, y el anterior primer ministro Giovanni Giolitti, al filósofo Benedetto Croce.

Giolitti y Croce estaban convencidos de que podían utilizar el fascismo contra los «rojos» y después deshacerse de él, una vez que hubiera hecho el trabajo sucio. Pero esto se demostró una funesta ilusión. Una vez que llegó a la jefatura del gobierno, Mussolini transformó rápidamente el poder ejecutivo en un poder *tout court*. Gracias a la debilidad y a las divisiones de la oposición, así como a la aprobación de hecho de católicos y liberales, obtuvo la consagración electoral. A partir de ese momento no hubo nada que le parara: liquidó al resto de partidos, abrogó la libertad de prensa y ordenó el asesinato del líder de la oposición, Giacomo Matteotti. Creó un sistema de vigilancia que era declaradamente fascista e introdujo reformas legislativas para criminalizar cualquier forma de disidencia. Ya que los magistrados normales no perseguían los nuevos crímenes políticos con la necesaria severidad, creó un Tribunal Especial para imponer a sus oponentes años de prisión o de «exilio interno», el *confino*¹.

¹ La residencia forzosa en islas casi deshabitadas; algunos antifascistas que sufrieron este castigo lo llamaron, con humor negro, unas «vacaciones». En 2003, Berlusconi, por el contrario, para rehabilitar a Mussolini, declaró que el Duce no hizo nada más grave a sus oponentes que invitarles a pasar unos años de vacaciones.

La dictadura fascista no se limitaba a la represión. No le bastaba la destrucción de partidos políticos, sindicatos y libertad de prensa, sino que exigía la integración orgánica de todos los italianos dentro del régimen, haciendo obligatoria esta participación; para el régimen, ser italiano significaba ser fascista. Creó un exhaustivo sistema de vigilancia mutua: cada edificio tenía su «encargado de casa», de probada fe fascista, que mantenía informada a la policía secreta de la más mínima murmuración en contra del régimen. Pero yendo mucho más allá de esta vigilancia, la totalidad de la vida estaba reglamentada, «fascistizada», y ello empezaba por los niños. A la edad de cuatro años, los niños se convertían en los Hijos e hijas de la Loba, en referencia al símbolo de la romanidad; a los nueve, un niño se convertía en un Balilla —en referencia al niño genovés que en 1746 desencadenó una sublevación contra los ocupantes Habsburgos— y una niña, en una Pequeña Italiana; y a los catorce en un *Avanguardista* y en una Joven Italiana, respectivamente. A los dieciocho se unían a la Organización de la Juventud Fascista, mientras que aquellos que iban a la universidad se hacían miembros de los Grupos Universitarios Fascistas. En 1934, los ganadores de la competición cultural anual, los Juegos Fascistas, recibían una «M» (de Mussolini) de oro bordada en sus chaquetas. Para todos los grupos de edades, la educación también era paramilitar, empezando con fusiles de juguete para los Hijos de la Loba y acabando con instrucción militar para los estudiantes, bajo pancartas que decían: «El libro y el mosquete hacen el fascista perfecto».

Mientras los jóvenes eran adoctrinados, los adultos solamente podían acceder a los servicios sociales de un Estado del bienestar en ciernes mediante su adscripción activa al fascismo. La Organización Nacional para la Atención a Madres e Hijos proporcionaba asistencia sanitaria antes y después del nacimiento y la profilaxis y los cuidados para la tuberculosis infantil; la Administración Nacional de Veteranos organizaba la asistencia social para los veteranos de la Gran Guerra; el Instituto Fascista Nacional de Bienestar Social proporcionaba seguro de desempleo, ayudas a la familia y salarios complementarios para obreros que habían sufrido suspensión de empleo o habían visto reducidas sus horas de trabajo; y el Club Recreativo Nacional, en palabras del propio régimen, se cuidaba de la «elevación física y moral del pueblo a través del deporte, el excursionismo, el turismo, la educación artística y la cultura popular». Además de esto, había campamentos de verano para niños y adolescentes y cursos de primeros auxilios, higiene y economía del hogar para la «mujer fascista».

Se dijo adiós al «tiempo libre». Durante la jornada laboral patronos y empleados estaban organizados en las «corporaciones» y sindicatos del régimen. No había momento o circunstancia del día que escapara de las afirmaciones ético-políticas de un régimen cuyo ideal no era otra cosa que la «fascistización» de la existencia. Esta voluntad totalitaria se aplicaba con especial rigor en lo que se refería a la cultura. La centenaria independencia de las universidades quedó desmantelada: se exigió a todos los catedráticos que realizaran un juramento de lealtad al fascismo; de un total de 1.250, exceptuando a 12 (o 14, según otros cálculos), todos se sometieron. El cine merece especial atención,

el régimen le dio un gran empuje, consciente del poder de sugestión de la pantalla. Los noticiarios previos a cada película eran rigurosamente fascistas, y aunque las películas de propaganda explícita no tuvieron demasiado éxito, hubo una gran audiencia para películas ambientadas en la antigua Roma —dirigidas a sugerir analogías con el imperio fascista— y para las vomitivas historias íntimas del buen burgués que alejaban a la audiencia de los problemas de la vida real. El fascismo, en resumen, quería saturar con su presencia todas las esferas de la existencia porque quería crear un nuevo tipo de ser humano. Quería modelar a cada individuo de acuerdo con su propia doctrina, alternando la violencia con la cooptación por medio de los servicios sociales o el adoctrinamiento; la zanahoria y el palo, como dijo el propio Mussolini.

Forma versus sustancia

En la Italia de Berlusconi no hay nada, o muy poco, de todo esto; por lo menos hasta ahora. En primer lugar, no existe la violencia de las «escuadras de combate», y la diferencia entre el consenso obtenido mediante la violencia física y el que proporciona la manipulación de los medios de comunicación es fundamental, especialmente para aquellos que la sufren. En la Italia actual hay una pluralidad de partidos políticos, de periódicos, de organizaciones sindicales. A intervalos regulares se elige un Parlamento por medio del voto secreto. Se admite la independencia de las universidades. Los jueces son nombrados después de aprobar oposiciones y están «sometidos solamente a la ley»; es decir, son independientes del poder ejecutivo. En resumen, la Constitución oficialmente en vigor todavía es la Constitución republicana aprobada en 1947 y nacida de la resistencia antifascista. Una descripción meramente formal de sus instituciones no revela nada que diferencie a la Italia de Berlusconi de las democracias liberales del resto del mundo.

Pero, como es bien sabido, las descripciones formales pueden ser engañosas. Sobre el papel, la Constitución de 1936 de la URSS, la «Constitución de Stalin», era la más democrática del mundo. Incluso sin examinar el abismo entre teoría y práctica, todas las escuelas de ciencias políticas están de acuerdo en que el término «multipartidismo» puede expresar u ocultar una diversidad de situaciones, ya que lo más importante son las condiciones de fondo en las que se producen las votaciones; las premisas materiales o socioculturales de la democracia. En un país dominado por bandas de traficantes de droga, una votación secreta formal no puede garantizar verdaderamente el derecho de elección de los ciudadanos. Además, para ejercer adecuadamente esa elección también se requiere un mínimo nivel de información precisa sobre los hechos y los candidatos. El principio de «una persona, un voto» establece la técnica para el ejercicio de la autonomía de cada ciudadano, pero no menos necesarias son las condiciones preexistentes de igualdad de derechos políticos y de información, de legalidad y seguridad.

Por ello, vamos a considerar estas premisas de la democracia, eficazmente en vigor en la Italia de Berlusconi, empezando por la «información». Aquí

hay dos indicadores clave: la imparcialidad –atenerse a los hechos– y la pluralidad, número de canales de televisión y de emisoras de radio, agencias de prensa, periódicos y agencias de publicidad. En Italia, la única fuente de información para el 90 por 100 de la población es la televisión. Con la excepción de una pequeña cadena –La7, con una audiencia máxima del 10 por 100²–, Berlusconi controla totalmente la información que ofrece la televisión. Controla directamente la mitad de los seis canales nacionales –los canales «comerciales» que son su propiedad privada– e indirectamente los otros seis (de propiedad pública), ya que están bajo la autoridad de su mayoría de gobierno, que impone el personal y la programación. De hecho, de las docenas de noticiarios televisivos, informativos especiales y programas de debate existentes, solamente quedan dos en los que todavía se emiten hechos molestos para el gobierno; uno de ellos, que Berlusconi ordenó cerrar, sobrevive, por ahora, solamente gracias a un mandamiento judicial. El resto está silenciado. El «periodismo» televisivo no se limita a la manipulación y endulzamiento de los hechos; directa y simplemente elimina cualquier información que presente a Berlusconi bajo un ángulo inadecuado. Por ejemplo, en junio de 2010, su mano derecha, el senador Marcello Dell'Utri, después de perder la apelación, fue condenado por complicidad en conspiración con la Mafia y sentenciado a siete años de prisión; pero los principales informativos de la televisión anunciaron su absolución porque no fue condenado por acusaciones referentes a delitos cometidos desde 1992.

La situación de los medios impresos es diferente, pero solamente el 10 por 100 de los italianos leen un periódico (incluyendo los deportivos). En estos días los periódicos solamente se dirigen a los pocos de la elite. Pero incluso en el terreno editorial Berlusconi posee el control de numerosas publicaciones y de la editorial más importante, Mondadori, y después de un primer intento por apoderarse del principal diario, *Il Corriere della sera*, está preparándose para intentarlo de nuevo, ahora que se ha ganado amigos de confianza entre las filas de importantes accionistas.

Corroer la justicia

En todo caso, el daño que el régimen de Berlusconi ha hecho al principio de igualdad ante la ley es incluso más grave que el producido en la esfera de la información. En Italia este principio es una conquista muy reciente y solamente parcial. Incluso después de que entrara en vigor la Constitución de 1947, la justicia continuaba siendo básicamente una cuestión de clase: una impunidad prácticamente total para todos los sectores del *establishment*, rigor absoluto para los que no tienen amigos en puestos eleva-

² Anteriormente se mantenía entre el 2 y el 3 por 100, pero ha aumentado rápidamente desde septiembre de 2010, después del nombramiento como director de informativos de Enrico Mentana, un periodista de centro derecha que durante muchos años trabajó para Berlusconi en la cadena Mediaset.

dos. El principio reinante era el que hace un siglo expresó con célebre cinismo Giovanni Giolitti: «Con los enemigos se aplica la ley, con los amigos se interpreta». Las cosas no empezaron a cambiar hasta 1970, debido a una combinación de razones de las que no puedo ocuparme aquí, excepto para decir que el «efecto expansivo» del movimiento igualitario de 1968 tuvo algo que ver con ello. Unos cuantos magistrados —a los que la prensa conservadora inmediatamente calificó como los «magistrados en busca de beneficios»— empezaron a investigar escándalos de corrupción que implicaban a grandes grupos industriales y a miembros del gobierno. Pero la mayor parte de estas investigaciones finalmente acabaron en la fiscalía de Roma, el «puerto de la bruma», como se la llamaba por su sistemático encubrimiento de estos casos. Aun así, en la década de 1980 crecía el número de jueces que no temían inspeccionar los tratos de los poderosos; el resultado fue la famosa investigación *Mani pulite* («Manos limpias»), sobre la corrupción política, en 1992. Esta investigación empezó como un caso menor de corrupción referente a un hospicio de Milán, construido en 1771 y orgullo de la ciudad, y acabó implicando a todo el sistema político y a la mayoría de los más importantes empresarios del país. Fue el momento en que la administración de justicia estuvo más cerca de la letra de la Constitución: la ley aplicada a todos por igual, la actuación penal obligatoria, la independencia del poder judicial, sometido solamente a la ley.

Berlusconi está destruyendo todo esto, de manera sistemática y muy a menudo con la complicidad, o por lo menos el consentimiento, de la oposición ex comunista. Respecto al Código Penal, ha conseguido la aprobación de un gran número de leyes *ad personam*, que han despenalizado delitos por los que él (o sus amigos) habían sido condenados en primera instancia o corrían riesgo de ser condenados en el futuro³. Una vez que el delito ha desaparecido, la absolución es automática. Como resultado, prácticamente ninguno de los típicos delitos de los «cuellos blancos» puede ser perseguido en la actualidad. Por poner sólo un ejemplo, una ley aprobada en abril de 2002 despenalizó de hecho el «fraude presupuestario» y lo hizo unas semanas antes de que el Congreso de Estados Unidos, después de una oleada de indignación popular por los escándalos financieros, aprobara la ley Sarbanes-Oxley, que elevaba las penas por delitos de este tipo. Semejante despenalización fue de la mano con cambios de procedimiento —reduciendo los tiempos de prescripción, obstruyendo la utilización de los mandamientos rogatorios internacionales— que facilitan que individuos acusados de estos y otros delitos similares encuentren lagunas legales; al mismo tiempo, el gobierno de Berlusconi ha perseguido una política «material» que priva al sistema judicial de recursos técnicos y de personal administrativo. Con un buen abogado, el juicio de una persona «excelente» casi siempre acaba superando el plazo límite y el acusado sale con un expediente limpio.

³ El periodista de investigación Marco Travaglio ha catalogado docenas de estos casos en su libro *Ad personam*, Milán, 2010. Travaglio también es coautor de un libro que ahonda en los «orígenes y misterios» de la fortuna de Berlusconi: *L'odore dei soldi*, Roma, 2001, edición revisada 2009.

A todo esto hay que añadir la intimidación institucional y la agresión de los medios de masas a magistrados que continúan realizando su trabajo. Incluso una crónica abreviada llenaría todo un libro. En algunos casos ha habido «advertencias» al mejor estilo mafioso; y en todos los casos ha habido campañas muy eficaces, por parte de los medios de comunicación de masas, que han convencido a la parte más desinformada de la población de que Berlusconi es una víctima de las «togas rojas» (cuando, de hecho, muchos de sus «inquisidores» pertenecen a las corrientes más centristas de la judicatura). Podemos añadir la permanente corriente de funcionarios de la policía que son trasladados por ser demasiado diligentes en investigaciones inoportunas para los poderosos, un asombroso número de casos, incluso aunque cada uno de ellos, por sí mismo, no constituya noticia. También hay que añadir la impunidad que garantiza el gobierno –de nuevo con la colaboración del centro izquierda– a los agentes de lo que es un verdadero centro para la vigilancia ilegal y que está en manos del SISMI, los servicios secretos italianos. Este centro –despreciando tanto la gramática como la ley– «prestó atención», hablando correctamente, espía a numerosos magistrados, periodistas, intelectuales y empresarios a los que las autoridades de Berlusconi consideraban «enemigos»; yo mismo tuve el honor de encontrar mi nombre en su lista. Habida cuenta de que esta atmósfera de deslegitimación e intimidación lleva durando cerca de veinte años, resulta sorprendente que todavía haya tantos magistrados que continúan haciendo su trabajo, negándose a creer que los poderosos son intocables.

Regresión cultural

Respecto a las escuelas y la cultura, las cosas no están mejor que en el terreno de la justicia. Aquí la destrucción de la independencia crítica ha llegado no a través de la inculcación de una ideología fascista, sino más bien por la creación de un *pensée unique* que funde el conformismo con la espectacularización comercial y que reduce la cultura a una forma de consumo. La gestión de la herencia cultural del país ha sido retirada a los especialistas –arqueólogos, restauradores, historiadores del arte– y la dirección de sus museos ha sido encomendada, por ejemplo, a un Mario Resca, antiguo director general de las operaciones italianas de McDonald. La ciencia ha sido maltratada con financiaciones miserables, con nombramientos humillantes –el vicepresidente del Consejo Nacional de Investigación, Roberto de Mattei, es un fundamentalista católico que piensa que los dinosaurios y el *Homo Sapiens* vivieron juntos hace 20.000 años⁴– y con programas de televisión fervorosamente dedicados al «misterio» y la «objetividad» de

⁴ De Mattei publicó un libro a expensas del CNR con el título *Evoluzionismo, tramonto di una ipotesi*, Siena, 2009 [*Evolucionismo, el fallecimiento de una hipótesis*]. El libro mantiene, entre otras cosas, que el Gran Cañón del Colorado se formó en un año como consecuencia del Diluvio; que la Tierra no tiene miles de millones de años de antigüedad; y, más en general, que la hipótesis científica de Darwin nunca ha sido probada y, de hecho, procede de prejuicios ideológicos anticristianos.

los milagros: los estigmas del padre Pío, las vírgenes que lloran sangre, etc. Más grave todavía es que el sistema público de educación ha quedado arruinado, reduciéndose el número de profesores para todas las asignaturas excepto para la de religión (donde a los profesores los paga el Estado, pero los nombran los obispos).

El principio de laicidad del Estado, ya pisoteado por el Concordato fascista de 1929 y por el Artículo 7 de la actual Constitución, que lo confirmó (gracias a Togliatti), se ha visto sometido a una nueva y diaria humillación. El clima de los medios de comunicación de masas es de perenne deferencia hacia el Vaticano, mientras que la legislación intenta transformar en crimen lo que la jerarquía de la Iglesia considera pecado. La Cámara alta del Parlamento ya ha aprobado una ley que anula la validez de las «voluntades de vida» –que establecen que uno no desea que se le mantenga artificialmente con vida, en estado de coma– y hace obligatoria la alimentación e hidratación artificial. En muchos hospitales las mujeres se han visto, de hecho, privadas del derecho a abortar gracias a la generalización de la «objeción de conciencia» de médicos y enfermeros, fomentada por las autoridades políticas. El que la Conferencia Episcopal italiana se enfrente a una investigación policial, como la que se realizó en Bélgica el año pasado, es algo que pertenece por completo a la ciencia ficción. Por el contrario, los tratos entre la Curia y los poderosos, tanto al límite de la ley como más allá, pertenecen a una realidad cotidiana.

Criminales de hecho

Pero donde se demuestra más espléndidamente la arrogancia del régimen es en la corrupción y la falsedad. Los cálculos oficiales de la Oficina de Contabilidad General sitúan el coste de la corrupción entre 60 y 70 millones de euros, pero los daños se ven agravados por una multitud de efectos colaterales: obras públicas necesarias que nunca se realizan, trabajos inútiles que quedan a medio acabar, nombramientos de personas, en todos los sectores, incompetentes, pero fieles a los corruptos. El resultado es un mar de ineficacia y desperdicio, por no decir de robo. El Parlamento tiene un índice de delincuencia que es estadísticamente mayor que el de muchos barrios «conflictivos»: veintenas de miembros con condenas definitivas y un gran número de ellos bajo investigación o sometidos a juicio⁵. En un momento dado, el gobierno de Berlusconi podía alardear de tener un ministro nombrado expresamente para impedir que se le llevara a juicio⁶; un subsecretario con una orden de arresto por actividades relacionadas con la Camorra (Nicola Cosentino); y a toda una «banda», como se la llamaba en una

⁵ Para más detalles, véase Peter Gomez y Marco Travaglio, *Se li conosci li eviti*, Milán, 2008 [*Si les conoces, les evitas*].

⁶ Este ministro, Aldo Brancher, ya había sido condenado durante las investigaciones de «Manos limpias», y fue obligado a dimitir por un público escandalizado, al que también se le unieron protestas de la derecha.

conversación telefónica intervenida a dos individuos bajo investigación, para el reparto de toda clase de contratos. No se pierden ninguna oportunidad, ya sean los Campeonatos del Mundo de Natación de Roma, en 2009, el terremoto de L'Aquila el mismo año, o la Expo de Milán para 2015.

Historiadores y periodistas han constatado que el partido original de Berlusconi, Forza Italia, nació en medio de negociaciones entre elementos del aparato del Estado y la «cúpula» de la Mafia. También ha habido sentencias judiciales que apoyarían esta opinión, pero, debido a la falta de pruebas «más allá de cualquier duda razonable», no ha habido condenas. Aparte de la confirmación de la sentencia contra el senador Dell'Utri —que tuvo un papel clave en la fundación de Forza Italia, gracias a los largos tentáculos de la agencia Publitalia—, se acumulan montañas de evidencias sobre las razones del asesinato en 1992 del magistrado antimafia Paolo Borsellino. De hecho, tres oficinas de la Fiscalía todavía están investigando los «misterios» de ese decisivo periodo de dos años: en 1992, el asesinato de Borsellino, de su colega Giovanni Falcone y sus escoltas; en 1993, la serie de coches bomba en Roma, Milán y Florencia, algunos de los cuales dañaron gravemente edificios históricos y destruyeron obras de arte de incalculable valor (también hubo un frustrado intento de colocar una bomba en el estadio olímpico de Roma). El carácter de hampa del séquito de Berlusconi ha superado ya lo que Brecht imaginó con el personaje de Mackie Cuchillo.

Si el modelo literario respecto al crimen y la moralidad es Brecht, respecto a la comunicación es Orwell. La televisión berlusconiana ha convertido la pesadilla de la *Neolengua* en una realidad, retorciendo el significado de las palabras hasta convertirlas en sus opuestos. Los jueces que abren procedimientos contra Berlusconi y sus amigos son «magistrados politizados»; el monopolio televisivo es un triunfo del «libre mercado»; exigir respeto por la Constitución es despertar el odio; los impuestos se han reducido y si suben los culpables son el euro y los anteriores gobiernos de centro izquierda; los medios de comunicación de masas (incluyendo los suyos) están dominados por el «*Establishment*» y por periodistas de la oposición; el «*Establishment*», en confabulación con el Tribunal Constitucional, está violando el derecho de la mayoría a gobernar (entendido como su derecho a hacer lo que le dé la gana). La lista es interminable.

Berlusconi también imita *1984* en otros aspectos, por ejemplo, en las espantosas exigencias del «Ministerio del Amor». Bautizó a su propia organización como el «partido del amor», tachando al centro izquierda (junto a los magistrados y periodistas independientes) de «partido del odio». Junto a esta maniquea construcción ha llegado una ola de fanatismo, de rituales de entusiasmo y devoción dignos de Ceausescu, repletos de consignas y canciones que acompañan a sus apariciones públicas⁷. El himno de su partido es

⁷ Fedele Confalonieri, camarada de armas de Berlusconi, una vez le describió con toda seriedad como «un Ceausescu bueno».

modestamente titulado «¡Gracias a Dios que está Silvio!». Berlusconi es la encarnación del Gran Hermano no sólo en el sentido orwelliano, sino también en el sentido del *reality show* televisivo: la ilusión se hace pasar por realidad de acuerdo con un guión concebido por el régimen; pero más allá del artificial escenario no hay otra cosa que ruinas. Eso es lo que sucedió, por ejemplo, con la reconstrucción posterior al terremoto de L'Aquila⁸.

En esta falsificación de la democracia, el debate político pierde cualquier vestigio de argumentación racional. Los «hechos» dejan de existir, nadie está ya constreñido por los vínculos de la lógica. Se puede negar hoy lo que se afirmó ayer y, en el transcurso de la misma conversación, sostener una opinión y su contraria. Lo que cuenta es la capacidad de acallar a un oponente, de mentir sin vergüenza, de presentar una fachada arrogante, de lanzar un insulto vulgar en el momento adecuado. Toda la panoplia de falacias semánticas y pragmáticas estigmatizadas en los tratados de retórica se consideran ahora virtudes. Lo irracional se convierte en una segunda naturaleza, no sólo para el político, sino también para el votante. De hecho, el votante, a la vista del desprecio de los políticos por los hechos y por la lógica, cae víctima de la fascinación ante la «voluntad de poder». Aclamado en vez de desenmascarado, este desprecio se desborda en una falsa ilusión de omnipotencia para el político y en un deleite en la sumisión para el ex ciudadano.

Democracia degradada

Así, aunque el régimen de Berlusconi no es fascismo, no cabe duda de que es una forma nueva y sin precedentes de destrucción de las instituciones liberal-democráticas y del menor de los valores públicos que las sostienen. Aquí dejamos de lado su política económica y social, el crecimiento exponencial de la desigualdad, la devastación del bienestar y la polarización de la riqueza, porque éstos son fenómenos que están socavando y degradando a todas las democracias occidentales. Nos estamos ocupando solamente de las características institucionales de las democracias modernas, que deberían ser irrenunciables tanto para la derecha como para la izquierda. Berlusconi está vaciando de contenido una de las mejores constituciones liberal-democráticas del mundo, reemplazando un sistema de control y equilibrio del poder y de legitimidad de derechos inalienables del individuo por la despótica voluntad de un hombre que, una vez que ha obtenido una mayoría electoral, se convierte en el Ungido por el Señor⁹. Pero la idea de que la mayoría concede una autorización sin límites es un principio jacobino y, dando dignidad histórica a un régimen de pura especulación, podríamos describir al régimen de Berlusconi como un jacobinismo de los ricos.

⁸ Como se cuenta en la extraordinaria película de Sabina Guzzanti *Draquila* (2010).

⁹ Título de un libro de los periodistas Ferruccio Pinotti y Udo Gümpel sobre las relaciones de Berlusconi con la Iglesia católica: *L'Unto del Signore*, Milán, 2009.

En resumen, Berlusconi quiere reducir la democracia no a un plebiscito, sino a una encuesta de opinión donde cada ciudadano, o ciudadana, está aislado y privado de cualquier instrumento social y cultural que permita su efectiva independencia; donde se encuentre indefenso frente a una estructura de poder basada en los medios de comunicación de masas y en el patronazgo. Para Berlusconi, la vida pública no es otra cosa que un gran escenario para publicistas y comerciales, un gigantesco zoco. O, si se prefiere, Berlusconi concibe el país como una empresa (naturalmente, de su propiedad), donde en vez de ciudadanos hay empleados y/o consumidores, un accionista principal y unos cuantos accionistas minoritarios, y donde las decisiones del director general no pueden ser contradichas o pospuestas. Por esto es por lo que para su mentalidad de magnate –y no hay que olvidar que se convirtió en un magnate gracias al apoyo político de Bettino Craxi– cosas como la separación de poderes, la limitación del gobierno y las restricciones constitucionales son verdaderamente incomprensibles e irracionales. El régimen de Berlusconi no es fascista; lo que está creando realmente es una versión posmoderna del Estado patrimonial del *Ancien Régime*.

De cualquier forma, el régimen está cruzando ahora el umbral que separa el vaciado de contenido de la Constitución de su absoluta subversión. En el verano de 2010, el gobierno trató de aprobar una ley que prohibiría que las investigaciones de los magistrados utilizaran escuchas telefónicas, incluso aunque hubieran sido solicitadas por un juez y autorizadas por otro: los periodistas que publicaran antes de un juicio transcripciones de escuchas autorizadas serían sentenciados a un mes de prisión y los editores harían frente a multas astronómicas, cercanas al medio millón de euros. Aprobada por el Senado, la ley fue retirada solamente después de meses de movilización popular, y por la certeza de que el presidente de la República se iba a negar a firmarla. Pero Berlusconi, desde que obtuvo en diciembre de 2010 un voto de confianza, se ha mostrado más deseoso que nunca de sacarla adelante. De hecho, ha preparado una ley para la reforma constitucional dirigida a despojar a la magistratura de su independencia del poder del gobierno, algo que distorsionaría por completo el sistema judicial.

Por ello, el hecho de que (por ahora) el berlusconismo no sea fascismo no debería tranquilizarnos. El fascismo no es la única manera de enterrar a la sociedad democrática; es la forma histórica determinada en la que eso se produjo en Europa a comienzos de la década de 1920. Puede haber –y habrá– otras maneras, la historia ha sido siempre muy inventiva, pero el berlusconismo ya se ha demostrado como un vehículo sin precedentes para la destrucción de la democracia. Ahora podemos preguntarnos si bajo este régimen Italia –menos de un siglo después del nacimiento del fascismo italiano– constituye un laboratorio avanzado de un proceso de degeneración que puede infectar, una vez más, a toda Europa.

Europa haría bien en no confiarse con el Pequeño Mussolini de Arcore. Desde hace muchos años, se ha fijado principalmente en su carácter pícaro, en el estilo cabaretero de su comportamiento en las cumbres interna-

cionales, en la ridiculez de sus trasplantes de pelo y de sus estiramientos faciales, en la jactancia de un Casanova de tercera, en la banalidad y vulgaridad de sus bromas. Ya que el personaje no es serio, Europa pensó que no había que tomarse demasiado en serio la destrucción democrática que emprendía el «payaso de Europa», como *L'Express* lo denominó en su artículo de portada del 8 de julio de 2009. Pero cuando en una democracia europea un personaje ridículo amasa un poder enorme, la broma se ha convertido en calamidad. Y no sólo para la gente sometida a ese poder, que en alguna medida son culpables, sino también para el resto de Europa, que, irresponsablemente, se limita a las bromas y a la ironía, en vez de tomar medidas urgentes para erradicar el virus antidemocrático que amenaza con infectarla a ella también.

Libertad caníbal

Sin embargo, los europeos tienen razón al pedir a los italianos que expliquen el enigma del consenso que hay detrás de Berlusconi. ¿Por qué esta descarada guerra contra la Constitución obtiene la aprobación? ¿Qué es lo que lleva a la mitad de la población italiana a solazarse en la voluntaria servidumbre? No hay ningún misterio y las explicaciones son simples, aunque por esa misma razón se rechacen a menudo. Podemos considerarlas de una en una, empezando con los intereses estructurales que la antidemocracia de Berlusconi protege y promueve. Berlusconi es el autoproclamado propagador de todas las libertades. Pero lo que, de hecho, siembra de manera tan libre y liberal es el desprecio por todas las minorías, sean sexuales, étnicas o políticas. Cuando los insultos vienen del vértice del poder ejecutivo se convierten en algo más que una amenaza: algunos los interpretarán como el visto bueno a la violencia (no es casual que los ataques a los homosexuales hayan aumentado repentinamente en los últimos años). Berlusconi odia cordialmente las libertades liberales que salvaguardan a las minorías, llegando hasta esa minoría extrema que constituye el individuo que disiente. Berlusconi solamente es el paladín de una libertad paralela, en la que únicamente aquellos que poseen mucho tienen derecho a la protección. La única libertad que conoce Berlusconi es la de los espíritus animales del capitalismo sin regulaciones: una libertad caníbal, *homo homini lupus*.

Muchos consideran que, ya que los políticos y los gobiernos de todos los Estados europeos están corruptos en algún grado, el caso italiano se caracteriza, simplemente, por un índice más elevado de atraco. Esto es un error grave. El robo de las «bandas» gubernamentales es gigantesco y lo invade todo, tan seguro de su impunidad que se exhibe con descarada arrogancia. No es casualidad que en Italia el kilómetro de autopista, de túnel o de vías de ferrocarril de alta velocidad cueste varias veces más que en Francia, Alemania o España. La afirmación de Marx y Engels en *El Manifiesto comunista* de que el Estado es el «comité ejecutivo de la burguesía» no es cierta en la Italia actual solamente porque este gobierno es un comité ejecutivo de asuntos ilícitos, de la criminalidad en la forma de un Estado.

La rienda suelta concedida a las ganancias conseguidas de forma dudosa obtiene la aprobación popular, en primer lugar, por la difusión masiva de privilegios, ilegalidad e impunidad. Las amnesias que rodean a las infracciones de regulaciones en la construcción inmobiliaria y a los impuestos impagados son ejemplos llamativos. Las consecuencias de estas medidas son devastadoras para generaciones futuras, pero entretanto gran cantidad de gente ha sido cooptada por medio de un compartido interés inmediato por violar la ley. En otoño de 2009 hubo una verdadera bacanal en honor de esta libertad paralela, cuando el Parlamento aprobó una ley sobre reentrada de capital del exterior que reducía el impuesto sobre beneficios no declarados al 5 por 100; sin la amnistía, el porcentaje hubiera sido más de diez veces superior. La ley también garantizaba anonimato e inmunidad absoluta frente a investigaciones sobre el origen de esos capitales; en resumen, un clamoroso caso de lavado de dinero sancionado por el Estado. Mientras tanto, las recurrentes amnistías a regulaciones en la edificación destruyen lo que queda de la riqueza histórica de Italia y la belleza de sus paisajes. Así, el principio de la impunidad para el poderoso se hace popular por el espejismo de la participación de masas, protegida por un código de silencio. Los efectos sobre los valores públicos son fácilmente imaginables. Sin embargo, el privilegio de la ilegalidad sin castigo no puede multiplicarse constantemente, como los panes y los peces, sin empujar al país al borde de la suspensión de pagos, o caer en ella.

Esta cornucopia de ilegalidad masiva está fomentada por una demagogia, diseminada sin pausa por la televisión, que constantemente promete riquezas y señala a enemigos. La pequeña pantalla presenta un puñado de promesas una tras otra, como si se tratara de unas Navidades permanentes para amas de casa y pensionistas. Los enemigos de Berlusconi son denunciados como «propagadores de plagas»; magistrados, periodistas, funcionarios de Hacienda que rastrean a evasores de impuestos, a todos los llama «comunistas» a pesar del hecho de que el comunismo se extinguiera como fuerza política en Italia hace más de una generación. Incluso ha acusado a los «comunistas» de querer crear un «Estado de policías-recaudadores» —en un momento llegó a alentar públicamente la evasión de impuestos— y a pesar del hecho de que el último gobierno de centro izquierda sólo hizo débiles intentos por frenar el fraude fiscal. En resumen, para Berlusconi, el «comunismo» significa la igualdad de todos los ciudadanos ante los impuestos y las leyes, el histórico y retórico ABC de las democracias liberales.

¿Idiotas útiles?

Hay un segundo factor que también ayuda a explicar el enigma. Incluso es más banal, tan banal que los observadores extranjeros no quieren creer en él: la abrumadora estupidez de los líderes de la oposición, cuando no su directa complicidad, como a menudo ha sido el caso. Aquí están los hechos. Berlusconi fue derrotado por dos veces, en 1996 y en 2006. Pero pudo ser derrotado desde el momento en que entró en la política en 1994, cuando to-

das las encuestas indicaban que el centro izquierda hubiera estado muy por delante si hubiera presentado a un candidato independiente, en vez del último secretario general del Partido Comunista italiano, Achille Occhetto. Berlusconi hizo campaña bajo la bandera del anticomunismo más tradicional y, en alianza con la Liga del Norte y los antiguos fascistas, obtuvo la victoria por los pelos. Pero dos años más tarde vino su choque con la Liga, y se convocaron nuevas elecciones. Fue suficiente con que el centro izquierda nominara a un no ex comunista, Romano Prodi –nada especial, pero un economista respetado y católico del Concilio Vaticano II–, para que obtuviera una victoria aplastante. Para Berlusconi parecía el fin, no sólo en términos políticos, sino también a nivel empresarial y personal. Los periódicos del momento preguntaron quién iba a tomar el lugar de Berlusconi como líder de la derecha; cuándo (dándolo por hecho) sus compañías, agobiadas por una deuda astronómica, iban a declarar la bancarrota; cuál de las muchas investigaciones en marcha por delitos graves era la que le iba a enviar a la cárcel.

Pero entonces llegó el golpe de genialidad de Massimo D'Alema, el sucesor de Occhetto como secretario del ex PCI: en vez de dar pasos para eliminar definitivamente a Berlusconi del escenario –incluso hubiera podido ser suficiente con no hacer nada en absoluto–, propuso que, juntos, debían desempeñar el papel de Padres de una Constitución «refundada», con la demencial convicción de que Berlusconi era el más débil de todos los adversarios posibles, y por ello el adversario al que había que resguardar. El resto ya se sabe: canonizado por el antiguo PCI, Berlusconi reafirmó su liderazgo sobre su cohorte política, obtuvo generosos préstamos de bancos y consiguió la aprobación de leyes bipartidistas que le mantuvieron fuera de la cárcel. En 2001 fue reelegido. Pero su gobierno fue tan desastroso que dos meses antes de las elecciones de 2006, Prodi estaba veinte puntos por encima en las encuestas. Sin embargo, la campaña del centro izquierda fue una obra de arte de ineptitud contraproducente y finalmente obtuvo la victoria solamente por un margen de unos cuantos miles de votos. Además, gracias a la ley electoral, aunque su mayoría en la Cámara Baja era considerable, en el Senado tenía mayoría solamente por un par de escaños. Pero esto se debió solamente a que el centro izquierda había rechazado el apoyo de las listas independientes (de izquierda), las «listas cívicas regionales» de casi todas las regiones del país –un apoyo que hubiera obtenido sólo con pedirlo– y que acreditaban resultados entre el 3 y el 12 por 100. Los líderes del centro izquierda explicaron que un éxito de las «listas cívicas» hubiera representado un problema político. Traducido a otras palabras, mejor perder y continuar controlando en exclusiva a «su» electorado, que ganar con el apoyo de una parte de la sociedad civil. Así, el segundo gobierno de Prodi, rehén de antiguos aliados de Berlusconi que habían cambiado de bando por puro oportunismo, cayó dos años más tarde.

En resumen, nunca ha habido un ascenso al poder más evitable que el de Silvio B. Desde 2008, hemos tenido una no-oposición que culminó en noviembre de 2010 con un «regalo» solicitado por el presidente Giorgio Napolitano y que, como un tonto, concedió Gianfranco Fini (que, como presidente de la Cámara de Diputados, tenía el poder de negarlo): Fini pospuso

durante un mes el voto de confianza de la Cámara, dando a Berlusconi tiempo suficiente para comprar a los parlamentarios que permitieron a su gobierno salvar la votación por un puñado de votos. En sus siete años en el poder, los gobiernos de centro izquierda no hicieron absolutamente nada diferente a los de Berlusconi respecto a dos temas que habían dominado la política italiana desde 1992: la justicia y la televisión. Cuando se ha encontrado en la oposición, la principal preocupación del centro izquierda ha sido evitar que los movimientos autónomos de la sociedad civil, que han mostrado que pueden sacar a la calle a más de un millón de personas¹⁰, se convirtieran en una fuerza política organizada.

Berlusconi, por el contrario, ha demostrado ser capaz de aprovechar la ola de «antipolítica» que está atravesando a la sociedad y de presentarse a sí mismo como la alternativa a los políticos profesionales, algo que nadie en la izquierda ha sido capaz de hacer hasta ahora. La izquierda todavía continúa condenando este creciente sentimiento de indignación e ira dirigido contra la clase política, considerándolo una manifestación de indiferencia o de «no compromiso», el *qualunquismo*. Sin embargo, este desprecio por lo que se ha denominado la «casta» es ambivalente¹¹; aunque puede sostener llamadas a un gobierno autoritario, actualmente expresa más a menudo el deseo de una política más radicalmente democrática, cercana a los ciudadanos y controlada por ellos. Los periodistas perezosos la describen como «antipolítica», pero más bien es «anti-*partitocrazia*» —una oposición al mandato supremo de los partidos políticos—, que pide más política y su restitución a los ciudadanos.

Una democracia fundada sobre el monopolio de los políticos de carrera ha transformado, de hecho, una esfera pública en una esfera privada y la representación política en un comercio autoencerrado, en el que la única medida del éxito es el beneficio personal que se puede sacar de ella. En esta situación, la relación entre representantes y representados queda invertida: los últimos no sienten que estén representados en absoluto, sino que pueden elegir solamente entre distanciamientos más o menos completos de su voluntad. No es por casualidad el que la participación de los votantes haya caído; incluso cuando sigue siendo elevada, las encuestas del día siguiente indican la total falta de confianza en la gente a la que acaban de elegir: «Todos son iguales», «es tan bueno (o malo) como cualquiera» y «en cualquier caso, todos se dedican a robar».

La vida política se ha convertido en una carrera más. Si fracasamos en abordar el tema clave de la *partitocrazia*, si no desarrollamos una estrategia para

¹⁰ En septiembre de 2002, con el Girotondi; en noviembre de 2009 con el Movimiento Violeta, convocado a través de Facebook; y en febrero de 2011, en protesta contra las aventuras sexuales de Berlusconi.

¹¹ El término fue popularizado por Sergio Rizzo y Gian Antonio Stella, en *La Casta*, 2007, un éxito de ventas que detalla todos los privilegios de los que disfrutaban decenas de miles de políticos italianos, desde el Parlamento nacional a los gobiernos de pequeñas ciudades.

reducirla al mínimo, la alternativa estará entre dos formas de despedida de la democracia: o bien la «partitocracia», o bien el autoritarismo populista. Los partidos de izquierda que existen en la actualidad –socialdemócratas y otras risibles terceras vías– son incapaces de abordar el problema o ni siquiera de plantearlo, precisamente porque ellos son una parte integral y estructural del mismo. Ésta es la razón por la que han sido incapaces de rentabilizar una crisis financiera que debería haber reforzado los argumentos de los que piden una mayor igualdad. La crisis demostró, de hecho, la necesidad de una transformación radical incluso desde el punto de vista de la eficacia –la deidad capitalista por excelencia–, que empezara por un asalto democrático a la Bastilla de unas finanzas libres de cualquier limitación.

En resumen, la izquierda institucional se está alejando cada vez más de sus potenciales votantes; sin embargo, se impondría electoralmente si se presentara como una posición fuera del desplazamiento general hacia la *partitocrazia*. Por el contrario, los reaccionarios y conservadores de la derecha son capaces de sacar provecho simultáneamente del vaciado de la democracia y de la subversión constitucional. En la Europa actual, el vencedor será el que sea capaz de ocupar la posición estratégica de la así llamada antipolítica. Dejar esta posición a los nuevos partidos derechistas, llenos a rebosar de resentimientos racistas, es el crimen que los partidos de la izquierda están cometiendo actualmente y ello se debe a que están comprometidos hasta la médula con los intereses del *establishment*.

Putinismo para Occidente

Algunos pueden continuar creyendo que Berlusconi representa poco más que versiones exageradas de defectos comunes a todos los tipos de la derecha europea. Esto sería estar ciego. Los medios de comunicación de masas de Berlusconi describen la libertad paralela del privilegio como la garantía de las libertades civiles contra los impulsos inquisitoriales, el incurable estalinismo de los «comunistas». La ley sobre escuchas telefónicas, que deja a los magistrados con las manos atadas y a los periodistas amordazados, se presenta como la protección de la privacidad. Sin embargo, la realidad es la de un régimen policial dirigido contra los débiles, los dóciles. Actualmente, en Italia, hay auténticos campos de concentración para emigrantes de fuera de la Unión Europea y las prisiones están plagadas de pequeños traficantes y subalternos de la Mafia, pero la criminalidad de los contratos, del fraude y lavado de dinero, de la corrupción política, del espionaje industrial, y por último de las dos vertientes del crimen organizado –la gente que se beneficia de todo esto y que es la que verdaderamente está al mando–, queda ahora protegida por la ley. La justicia de clase deja de ser la práctica del poder y se transforma en un orden legal.

Todo esto es catastrófico para el tejido social. Cada ley que se promulga para asegurar la inmunidad de los «amigos», y de los «amigos de los amigos», envía ecos de impunidad por toda una esfera del crimen más amplia, ya que una ley totalmente basada en la clase, que discrimine por ingresos y posi-

ción, no es (¿todavía?) posible. Las mafias en Italia nunca han estado tan mimadas como ha sucedido con los gobiernos de Berlusconi. Mintiendo entre dientes, el régimen vocifera a los cuatro vientos que nunca se ha combatido tan enérgicamente y con tanta eficacia a la Mafia, aunque Berlusconi ataque el libro de Roberto Saviano *Gomorra*, porque supuestamente difama a Italia y mancilla su buen nombre. En una palabra: la legalidad es el enemigo. Esto se produce en un momento en el que el entrelazado de la política, los negocios y el crimen ha empezado a convertirse en una característica estructural de gran parte de Europa. Desde este punto de vista, Italia corre el riesgo de establecer la pauta para las demás democracias occidentales.

Pero nótese la paradoja: históricamente la derecha ha sido el partido de la ley y del orden. La izquierda es la que ha sido acusada de permisividad y de defender a criminales sobre argumentos «sociológicos», mientras que la derecha ha enarbolado el estandarte de la tolerancia cero. Desde esta perspectiva, Berlusconi parece a primera vista invertir las posiciones estándar, pero, de hecho, señala una profunda transformación. Una vez que la magistratura —completamente independiente del poder político (y financiero)— puede aplicar la letra de la ley, nos aproximamos a lo que el *establishment* aborrece: la drástica reducción material, así como legal, del propio privilegio. La legalidad democrática, si es consistente, es el poder de los que no tienen poder.

Berlusconi quizá representa a la derecha del futuro, que no será capaz de tolerar una igualdad jurídico-política, ni siquiera de principio, si corre el riesgo de convertirse en una realidad. Una derecha que dará carta constitucional al privilegio, que tendrá que dar forma legal a la sociedad de las nuevas castas. El prototipo es la Rusia de Putin, con sus oligarcas y sus mafias, su servil magistratura y sus periodistas trabajando con miedo por sus vidas. Por esto precisamente Europa corre el riesgo de verse infectada por el berlusconismo, este putinismo reacondicionado para Occidente. Mientras que el modelo de Putin ha sido atacado como el monstruoso producto de la fracasada transición rusa del totalitarismo a la democracia, la regresión italiana de la democracia a la posibilidad de una nueva forma de gobierno despótico simplemente se acepta o incluso se celebra.

Ya hemos mencionado el florecimiento con Berlusconi de otro ingrediente histórico del fascismo, en concreto, el clericalismo. Desde luego, la aversión hacia el laicismo es un efecto colateral del odio hacia el pensamiento crítico. Igual que el fascismo, Berlusconi está listo para rendir homenaje a los sectores más oscurantistas de la jerarquía eclesiástica, para servirla con todos los regalos que proporciona el dinero y para traducir a leyes todas las monstruosidades de su bioética; siempre que la Iglesia esté dispuesta a absolver y permanecer en silencio sobre las debilidades carnales de este régimen (siempre lo mismo: dinero y sexo). Pero si la Iglesia, de forma desagradecida, se atreve a criticarle, sus dirigentes también serán tratados con métodos mafiosos. (Como en el llamativo caso de Dino Boffo, editor del periódico de la Conferencia Episcopal italiana, *Avvenire*, que cautelosamente criticó la conducta sexual de Berlusconi. *Il Giornale*, un periódico-

co propiedad de la familia Berlusconi, publicó unas actas falsificadas que acusaban a Boffo de homosexual y de ofensas sexuales por las cuales, se afirmaba, había llegado a un acuerdo para evitar el proceso). En cualquier caso, éste es un clericalismo posmoderno: la genuflexión y el homenaje a la moral van de la mano con la licenciosa vulgaridad en las pantallas de la televisión; después de todo, los negocios son los negocios, y los índices de audiencia no se consiguen con *pater, ave y gloria*.

Las oposiciones se engañan a sí mismas cuando –susurrando– apuestan por el factor tiempo (Berlusconi tiene 75 años, un día llegará su hora). En primer lugar, Berlusconi, a no ser que sea derrotado, nunca cederá su poder mientras viva. En este aspecto, su psicología de aspirante a déspota es idéntica a la de los dictadores que se han mantenido durante mucho tiempo en el poder. En segundo lugar, solamente aferrándose al poder Berlusconi y sus cómplices pueden garantizarse la impunidad judicial. Si Berlusconi cae, todos acabarán en la cárcel. Esto también explica la fidelidad incondicional de sus tropas: sin Berlusconi, el régimen no duraría ni un minuto en pie. Aun así, las transformaciones estructurales e incluso antropológicas que Berlusconi ha producido, y que he esbozado a grandes rasgos, podrían sobrevivir al colapso de su régimen, siempre y cuando éste se produzca. Demasiado a menudo las oposiciones han sido conjuntamente responsables de la degradación de los principales factores que salvaguardan nuestras libertades: la independencia de los magistrados, de los periodistas, de los sindicatos. Italia no se liberará a sí misma del berlusconismo sin una radicalización de la democracia que también marque una transformación radical de los partidos de la izquierda, actualmente, por desgracia, presas de la lógica del *establishment*.

¿Hacia una Tercera República?

Podemos sacar algunas conclusiones. Ninguna de las actuaciones de Berlusconi, considerada de manera aislada, puede ser acusada de convertir la democracia en su opuesto. Todos los gobiernos occidentales, en distinta medida, están marcados por la grieta entre la poesía de las Constituciones y la prosa del poder tal como se ejerce. Sin embargo, lo que es decisivo es precisamente hasta dónde llega esa «medida». Umberto Eco –aunque nunca ha participado en el compromiso más radical y consistente de algunos otros intelectuales opuestos a Berlusconi– tiene razón cuando dice:

Quando una transformación de las instituciones del país se produce paso a paso, es decir, en dosis homeopáticas, resulta difícil decir que cada una de ellas, por sí misma, prefigure una dictadura [...] ¿Puede alguien decir que la ley Alfano¹² prefigura una tiranía? No tiene sentido. ¿Las restricciones de las escuchas telefónicas

¹² Con el nombre del ministro de Justicia de Berlusconi, Angelino Alfano, la ley garantiza inmunidad para los cuatro puestos superiores de la política italiana, incluyendo, por supuesto, el de primer ministro. Aprobada el verano de 2008, fue declarada inconstitucional en octubre de 2009.

son realmente un ataque a la libertad de información? ¡Venga ya! [...] La función de los golpes de Estado que se encuentran en marcha es que las modificaciones constitucionales apenas se noten, o se vean como irrelevantes. Y cuando su acumulación produzca no ya la Segunda, sino la Tercera República, será demasiado tarde. No porque no sea posible retroceder, sino porque la mayoría habrá asimilado esos cambios como naturales y la gente, por así decirlo, habrá quedado mitridatizada¹³.

El berlusconismo no es fascismo. Pero solamente porque es su equivalente funcional y posmoderno; porque constituye la destrucción de la democracia liberal en las condiciones del nuevo milenio, en la época del dominio de la imagen, de la globalización de las mercancías y de la desenfrenada manipulación de la verdad.

¹³ «Noi contro la legge», *L'Espresso*, 28 de mayo de 2010; según la leyenda, Mitridates se inmunizó a sí mismo contra el veneno hasta el punto en que no pudo suicidarse cuando quiso hacerlo.

LABORATORIO CONTINENTAL*

El topo es un delicado mamífero que continuamente excava túneles en la tierra; luego, cuando menos se espera, rompe la superficie y aparece sobre el terreno. Su actividad subterránea y, por encima de todo, sus imprevisibles apariciones convirtieron en el siglo XIX a la insolente pequeña bestia en un símbolo de la Revolución. Marx, célebremente, adaptó en el *18 Brumario* un verso de *Hamlet* para saludar sus empresas: «¡Bien excavado, viejo topo!». *A Nova Toupeira*, de Emir Sader —que Verso publicará próximamente en inglés con el título de *The New Mole*—, está dedicado a la aparición en América Latina de los retoños de la criatura durante los últimos años. A comienzos del siglo XXI, el continente muestra un llamativo contraste con la mayor parte del resto del globo: gobiernos de tendencias izquierdistas, a menudo respaldados por movimientos populares radicales, están en el poder en gran parte de su territorio, desde Argentina a El Salvador, en un arco que abarca a la mayor potencia de la región, Brasil, y al mayor productor de petróleo, Venezuela.

¿Qué es lo que explica esta excepcional y esperanzadora coyuntura? Hay multitud de trabajos que estudian las específicas experiencias nacionales en el continente, así como una creciente literatura dedicada al reciente resurgir de la izquierda en Venezuela, Bolivia y Ecuador, relatos tanto a favor como en contra. Sin embargo, muy pocos libros intentan dar un panorama general de los actuales acontecimientos en América Latina como conjunto; entre ellos, todavía menos están escritos desde la izquierda. Resulta irónico que, entre las obras disponibles en inglés, el libro que ha dominado el campo hasta la fecha, *Forgotten Continent* (2007), de Michael Reid, proceda de la pluma del corresponsal del *Economist*. Contra esto, *The New Mole* sobresale por proporcionar tanto una síntesis analítica de alcance verdaderamente continental, como una importante alternativa a la perspectiva dominante.

Nacido en São Paulo en 1943, Sader es autor de docenas de libros y ensayos sobre la política en Brasil y América Latina, así como sobre las trayec-

* Emir Sader, *A Nova Toupeira: Os caminhos da esquerda latinoamericana*, Boitempo, São Paulo, 2009, 190 pp. [ed. cást.: *El nuevo topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana*, Buenos Aires, Siglo XXI de Argentina, 2009].

torias y estrategias de la izquierda; desde *Estado e Política em Marx* (1983) y estudios sobre las revoluciones en Cuba, Chile y Nicaragua, hasta *Cartas a Che Guevara* (1997) y *Século xx* (2000), una «biografía no autorizada» del siglo xx. Actualmente presidente del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, no es solamente un influyente científico social, sino también un militante impenitente que nunca se ha reconciliado con el orden capitalista establecido; uno de esos que no han sustituido su vino «tinto» por agua mineral o Coca-Cola. Como cuenta en la introducción autobiográfica del libro, Sader se convirtió en un activista en 1959, cuando, junto a su hermano Eder, fue invitado a unirse a un pequeño grupo «luxemburguista». Su primera tarea fue distribuir un periódico socialista que en la primera página festejaba el triunfo de la Revolución cubana sobre la dictadura de Batista.

Como muchos de sus coetáneos, Sader se vio profundamente afectado por la repentina y vigorizante erupción del topo en la isla del Caribe, un acontecimiento que influyó en la trayectoria de todo el continente. Hablando de esos años, señala que parecía haber una cierta clase de convergencia hegeliana entre la teoría y la realidad, entre el marxismo y la revolución. Describe la famosa consigna del Che, «o revolución socialista o caricatura de revolución», como «el eslogan que dio sentido a nuestras vidas». A principios de la década de 1960, parecía que el movimiento hacia adelante era irresistible; a partir de entonces vinieron una sucesión de reveses y derrotas, desde el golpe militar en Brasil en 1964, a la restauración en 1991 del capitalismo en todo el bloque soviético. Sin embargo, para Sader estos reveses no son razón para rendirse: el capitalismo en su forma actual es más injusto que nunca, responsable de guerras y hambre, de la generalización de las privaciones y de la destrucción del medio ambiente, y mientras exista el capitalismo, el socialismo seguirá estando en el horizonte histórico como una alternativa posible.

The New Mole está, por ello, estructurado como una investigación sobre las formas actuales de la lucha anticapitalista en América Latina y de sus perspectivas futuras. Empezando desde la Revolución cubana, el análisis de Sader divide la historia del continente en seis ciclos de lucha política. El primero abarca desde 1959 a 1967, un periodo en el que, bajo la influencia de la Revolución cubana, surgieron en diversos países guerrillas rurales; la muerte de Che Guevara señaló el final de esta primera ola. En el segundo ciclo, desde 1967 a 1973, las guerrillas urbanas reemplazaron a las rurales, mientras Salvador Allende intentaba un singular experimento en Chile. Entre 1973 y 1979, en una tercera fase, la izquierda parecía estar derrotada y se establecían dictaduras militares en Chile, Argentina y Uruguay, que se sumaban a una larga lista de países –Bolivia, Brasil, Ecuador, Honduras, Nicaragua, Panamá, Paraguay y Perú– que ya estaban bajo la ley marcial. En 1979 empezó un cuarto ciclo, cuando el Frente Sandinista de Liberación Nacional tomó el poder en Nicaragua, el cual mantuvo hasta 1990; en estos años, las guerrillas suponían un poderoso desafío a los gobiernos de otros países de América Central, en especial El Salvador. El quinto periodo que identifica Sader se extiende desde 1990 a 1998, inaugurado por la derrota electoral de los

sandinistas y la caída de la URSS, después de la cual Cuba perdió el apoyo soviético y empezó a sufrir las dificultades del «periodo especial». Por encima de todo, en este ciclo el neoliberalismo triunfaba por todo el continente, consiguiendo la adhesión de antiguos partidos nacionalistas o socialdemócratas y ocupando por completo el espectro político.

Sin embargo, en la fase más reciente, la hegemonía neoliberal ha sufrido sucesivos reveses. La elección de Chávez en Venezuela en 1998 fue seguida, a comienzos del nuevo siglo, por levantamientos antigubernamentales en varios países —en Argentina en 2001, Bolivia en 2003 y Ecuador en 2005, los presidentes se vieron obligados a huir de sus palacios— y por victorias en las urnas de fuerzas progresistas de diversos matices. Lula, en Brasil, en 2002; Tabaré Vázquez, en Uruguay, en 2004; Evo Morales, en Bolivia, en 2005; Rafael Correa, en Ecuador, en 2006; y Fernando Lugo, en Paraguay, en 2008. La sensación de un giro a la izquierda en América Latina se confirmó con la consolidación de muchas de estas fuerzas: Chávez sobrevivió a un intento de golpe de Estado y a la convocatoria del referéndum, para conseguir un segundo mandato en 2006; y José Mujica sucedió a Tabaré Vázquez en Montevideo; nombrada sucesora de Lula, Dilma Rousseff obtuvo la presidencia en 2010.

¿Qué es lo que explica el colapso del neoliberalismo en el continente que una vez fue, como observa Sader, su laboratorio? El autor señala a los fracasos económicos de las políticas del Consenso de Washington, que, aunque frenaban la inflación, produjeron crecientes déficits gubernamentales e hicieron que los países en cuestión fueran muy vulnerables a los ataques especulativos; en una década, el modelo neoliberal había producido crisis devastadoras en las tres principales economías de la región; México en 1994, Brasil en 1999 y Argentina en 2001. La «apertura» de las economías de América Latina también tuvo consecuencias de largo alcance: la desindustrialización y la expansión del sector financiero trajeron un desempleo en ascenso y una intensificación de la concentración de los ingresos entre los ricos. Estos procesos fueron acompañados por la fragmentación e informalización de la fuerza de trabajo, y el empobrecimiento de la mayoría de las capas con ingresos bajos y medios. Desde la perspectiva de Sader, aunque el neoliberalismo había triunfado a nivel ideológico, fracasó en crear las bases sociales necesarias para su legitimación y continuidad: en unos cuantos años «había agotado su potencial hegemónico sin haber cumplido sus principales promesas». Las crisis económicas y la injusticia social provocaron la caída de por lo menos diez gobiernos; esta vez no como consecuencia de golpes militares, sino de la pérdida de legitimidad.

Sader dedica todo un capítulo a lo que denomina el «enigma de Lula». La prominencia de Brasil en su libro se explica no sólo por sus propios orígenes, sino también por la importancia objetiva del país dentro de la política de América Latina. La victoria electoral de Lula en 2002 tuvo sus raíces en la resistencia a la dictadura, así como en la oposición al neoliberalismo después de la «re-democratización» de 1985. El Partido dos Trabalhadores (PT)

fue fundado en 1980 como un intento de crear una nueva forma de política de la izquierda, más allá de la socialdemocracia y del comunismo soviético. Tuvo un papel decisivo en la formación de nuevos movimientos obreros y campesinos, así como en la fundación del Foro Social Mundial de Porto Alegre, la ciudad sureña donde una administración del PT puso en práctica el «presupuesto participativo», una original forma de democracia participativa. Sin embargo, después de ser derrotados por candidatos neoliberales en las elecciones presidenciales de 1989 y 1994, Lula empezó a ser cada vez más autónomo respecto a su partido. De hecho, dice Sader, nunca tuvo ningún vínculo con la tradición de la izquierda en Brasil: como sindicalista no tenía ninguna ideología revolucionaria o radical, y favoreció las negociaciones por encima de las rupturas.

El balance final de Sader sobre el gobierno de Lula está lejos de ser halagüeño: lo describe como una forma de liberalismo social que no desafía la hegemonía del capital financiero ni la del imperialismo estadounidense. La continuidad con las orientaciones neoliberales de gobiernos anteriores se aseguró por medio de varias políticas clave: independencia del Banco Central –presidido por Henrique Meirelles, anterior directivo del Banco de Boston–, tipos de interés altos y una reducción del déficit a un ritmo incluso mayor que el que exigía el FMI. Lo peor de todo fue la alianza de la Administración de Lula con la agroindustria, a expensas de la seguridad alimentaria del país y de la prometida reforma agraria. A estas deficiencias yo añadiría la falta de interés por los temas ecológicos –especialmente por la protección de los bosques del Amazonas–, que llevó a la ministra de Medio Ambiente de Lula, Marina Silva, a dimitir y presentarse en contra del candidato del PT en las elecciones presidenciales de 2010.

¿Significa esto que el gobierno de Lula pueda ser definido como una versión tropical del blairismo, como han sostenido algunos críticos? Para Sader, en absoluto. Algunos aspectos positivos de esta administración híbrida y contradictoria también necesitan ser tenidos en cuenta: la prioridad otorgada a la integración regional frente al comercio libre con Estados Unidos, como pone en evidencia el rechazo de Brasil de la Zona de Libre Comercio de las Américas propuesta por George W. Bush; algunas políticas sociales distributivas, como el programa de la Bolsa Familia, de asistencia a los más pobres; la reducción del desempleo y el aumento del trabajo formal y una política exterior autónoma. Aunque se esté de acuerdo con esta afirmación general, habría que añadir una nueva medida para definir el carácter de la Administración de Lula. Frei Betto, el conocido teólogo de la liberación brasileño, amigo y antiguo consejero de Lula, ha resaltado la «estructura de clase» del presupuesto brasileño: 300.000 millones de *reais* para el gran capital –bancos, industrias, terratenientes– y 30.000 millones en forma de programas sociales para las familias más pobres. Esto nos proporciona la fórmula matemática del liberalismo social: 90 por 100 para los ricos, 10 por 100 para los pobres. Por supuesto, este 10 por 100 marca una diferencia significativa para los pobres, y ayuda a entender la popularidad de Lula entre las masas de lo que ha llegado a denominarse el «pobre-etariado».

¿Cómo debería relacionarse la izquierda con el gobierno de Lula y con coaliciones de centro izquierda similares, encabezadas por Tabaré Vázquez, Lugo o la argentina Cristina Fernández? En el que quizá sea el capítulo más importante del libro, Sader pasa al análisis de cuestiones de estrategia. Sostiene que el gran desafío para la izquierda latinoamericana es la formulación de una nueva estrategia hegemónica, más allá de los puntos muertos del reformismo y del sectarismo. El reformismo, como muestra la Administración de Lula, no desafía al modelo neoliberal y, en vez de ello, sigue siendo una variante de lo mismo; el poder del capital financiero, de la agroindustria y de los conglomerados privados sigue sin ser cuestionado. Pero un «ultraizquierdismo» que concentre su furia en los gobiernos de centro izquierda –posición de aquellos que constantemente denuncian no sólo a Lula, sino a Morales y Chávez como traidores– no es una alternativa. En vez de ello, Sader recomienda una aproximación más matizada. Los gobiernos de centro izquierda en América Latina son evidentemente más progresistas que las anteriores coaliciones neoliberales de la derecha, aunque únicamente sea por su rechazo a los tratados de libre comercio con Estados Unidos y por sus políticas sociales distributivas. Por ello, Sader mantiene que no deben ser tratados como el «enemigo principal». La estrategia correcta de la izquierda, desde su perspectiva, debería ser una alianza con los sectores progresistas de estos gobiernos, mientras lanzan sus ataques sobre sus políticas regresivas: la hegemonía del capital financiero, el apoyo a la agroindustria, la autonomía del Banco Central, etcétera.

A esto se podría añadir una nueva estrategia, quizá más adecuada a la situación: ayudar a movilizar la presión política desde abajo, en combinación con los movimientos sociales –de campesinos, indígenas, obreros, desempleados–, así como organizaciones de izquierda, intelectuales, estudiantes y redes progresistas de la Iglesia, para así obtener concesiones significativas. O mejor todavía: comenzar a realizar reformas agrarias–como ha hecho el MST, el movimiento sin tierras brasileño– independientemente de ocupar las propiedades de los grandes terratenientes mientras se lucha por el reconocimiento de los derechos de los campesinos sin tierras. La existencia de corrientes radicales pero no sectarias –que consideran a las reaccionarias fuerzas neoliberales como el principal enemigo, son claramente independientes de los gobiernos de centro izquierda y han desarrollado una profunda crítica del liberalismo social– es un importante activo de la izquierda.

De acuerdo con Sader, la nueva estrategia de la izquierda debería buscar inspiración en la tradición clásica del programa de transición: en vez de presentar una elección abstracta entre «reforma» y «revolución», de proponer reformas que el sistema no puede absorber, las reivindicaciones que parecen limitadas –pan, tierra y paz– son las que, de hecho, abren el camino para el desarrollo de una alternativa anticapitalista. La llamada «utópica» de Fredric Jameson, «trabajo para todos», puede ser un ejemplo. Sader también nos recuerda que todas las revoluciones son necesariamente heterodoxas e inesperadas: ¿no fue la Revolución rusa, como escribió Gramsci, una «revolución contra *El capital*?».

Para proporcionar profundidad histórica a su discusión estratégica, Sader examina los tres senderos tomados por la izquierda latinoamericana durante el siglo xx. El primero fue una estrategia de reformas democráticas que, supuestamente, iban a conducir, de acuerdo con los partidos comunistas tradicionales, a una «etapa nacional y democrática», en alianza con la burguesía nacional progresista; estos pasos se consideraban necesarios antes de poder vislumbrar el socialismo. Pero la experiencia de varios gobiernos nacionalistas (burgueses) apoyados por la izquierda —como los de Vargas y Perón— acabó en derrota. Lo mismo sucedió con Chile, pero por razones diferentes. El gobierno de Unidad Popular de Allende rompió con esta clase de estrategia «de etapas» y apuntó hacia una transición pacífica al socialismo, pero no fue capaz de crear un «poder popular» y fue destruido por un brutal golpe militar. El establecimiento de dictaduras militares en la mayoría de los países de América Latina entre 1964 y 1973 condujo a la segunda estrategia de la izquierda: guerra de guerrillas. Inspirada por la Revolución cubana, y a menudo por una interpretación parcial de su trayectoria —como en la influyente obra de Régis Debray *Revolution in the revolution?* (1967), que resalta solamente su dimensión militar y voluntarista, desatendiendo los movimientos de masas—, las campañas de la guerrilla se extendieron por todo el continente. Pero fueron derrotadas en todas partes, con la excepción de América Central y, en particular, de Nicaragua, donde los sandinistas pudieron derrotar a Somoza.

La tercera estrategia nació a finales del siglo xx, en la lucha contra gobiernos neoliberales. Ya que la mayoría de los partidos nacionalistas y democráticos-sociales habían adoptado el neoliberalismo, la resistencia estuvo dirigida por los movimientos sociales: los zapatistas mexicanos, el MST brasileño, los *piqueteros* de Argentina —movimientos de desempleados— y por las organizaciones indígenas de Bolivia, Perú y Ecuador. La mejor expresión de la oposición de los movimientos sociales al neoliberalismo fue el Foro Social Mundial. Aunque reconoce la importancia del FSM y su contribución positiva, Sader considera que cristalizó una problemática separación entre lo social y lo político, una separación que los propios movimientos habían defendido por razones de «autonomía». Esta orientación, sostiene, se tradujo en un abandono de la esfera política y en una renuncia a la lucha por la hegemonía, congelando los movimientos populares en la etapa de la resistencia. Esta fatídica opción fue teorizada, con argumentos diversos, por Antonio Negri y John Holloway, defensores, respectivamente, del poder de la «multitud» y de «cambiar el mundo sin tomar el poder». Para Sader, el «otro mundo posible» no podía ser creado exclusivamente por los movimientos sociales: ahora está siendo construido por los gobiernos progresistas anti-neoliberales de Bolivia, Ecuador y Venezuela.

La crítica de Sader al discurso antipolítico de la «autonomía» está justificada, pero yo haría unas cuantas reservas. En muchos casos, la autonomía de los movimientos sociales —por ejemplo, el MST— en relación a gobiernos más o menos «izquierdistas» es un aspecto muy positivo. El que los movimientos sociales pierdan su autonomía y queden subordinados al gobierno —como

es el caso de la brasileña CUT (Confederación de Sindicatos)— es un revés muy grave. En segundo lugar, la actitud dominante en el FSM no es hostil a los gobiernos progresistas; Morales y Chávez han sido invitados a menudo a hablar. Desde mi punto de vista, el FSM y los gobiernos progresistas tienen tareas diferentes y no pueden sustituirse el uno al otro.

Aunque hace hincapié en el frente común formado por más o menos toda la izquierda y los gobiernos de centro izquierda en América Latina contra las propuestas de libre comercio, Sader distingue claramente entre aquellos que no han dado ningún paso significativo hacia una ruptura con el modelo neoliberal y aquellos otros que representan una estrategia posneoliberal: Bolivia, Venezuela y Ecuador. Junto a Cuba, y acompañados posteriormente por unos cuantos Estados de América Central y del Caribe, estos gobiernos formaron la Alianza Bolivariana de las Américas (ALBA), en oposición a la FTAA de Washington (acrónimo español: ALCA). Comprometidos externamente con la lucha contra la hegemonía imperial, a nivel interno estos gobiernos representan intentos de refundar el Estado, de fortalecer la esfera pública frente a la privada, de romper con políticas económicas neoliberales y de crear nuevas formas de poder popular. El ejemplo más llamativo es Bolivia, donde los movimientos sociales e indígenas crearon su propio partido, el MAS (Movimiento al Socialismo) —con la ayuda de La Comuna, un grupo de intelectuales marxistas reunidos alrededor de Álvaro García Linera—, y eligieron a un dirigente campesino indígena, Evo Morales, como candidato presidencial; Morales consiguió el triunfo en las elecciones de 2005, con García Linera como candidato a la vicepresidencia. Enfrentados a una fuerte ofensiva reaccionaria —apoyada por el imperialismo estadounidense— Morales y sus camaradas libraron una «guerra de posiciones» en el sentido gramsciano: una batalla campal en torno a la nueva Constitución, que acabó con la victoria del gobierno izquierdista en el referéndum de 2009.

En su perspectiva general sobre la lucha en Bolivia, Sader recurre a los análisis marxistas de García Linera para dar un convincente panorama de lo que llama las «diferentes etapas de la batalla por la hegemonía». Hay que lamentar que el libro no desarrolle una discusión igualmente extensa sobre los complejos y contradictorios procesos de Venezuela y Ecuador. Estos últimos ofrecen contrastes con el caso boliviano, donde podemos ver una dialéctica entre la política de Morales y la presión «desde abajo». En Venezuela, las iniciativas tienden a proceder de Chávez en una manera reminiscente de formas anteriores de populismo o caudillismo en América Latina, con la diferencia de que Chávez habla repetidamente de socialismo, lucha de clases y revolución, algo que Perón nunca hizo. Pero los movimientos sociales permanecen en una posición subordinada frente al palacio de Miraflores. Ecuador presenta un modelo diferente: Correa no fue elegido con el apoyo del CONAIE, el movimiento indígena, sino más bien por el respaldo de una coalición de la sociedad civil y de los grupos políticos de izquierda. Ha llevado a la práctica medidas progresistas, pero de una manera autoritaria. El resultado es una confrontación permanente con

el movimiento indígena, que también ha cometido algunos errores graves; un estado de tensión que está debilitando el proceso antineoliberal.

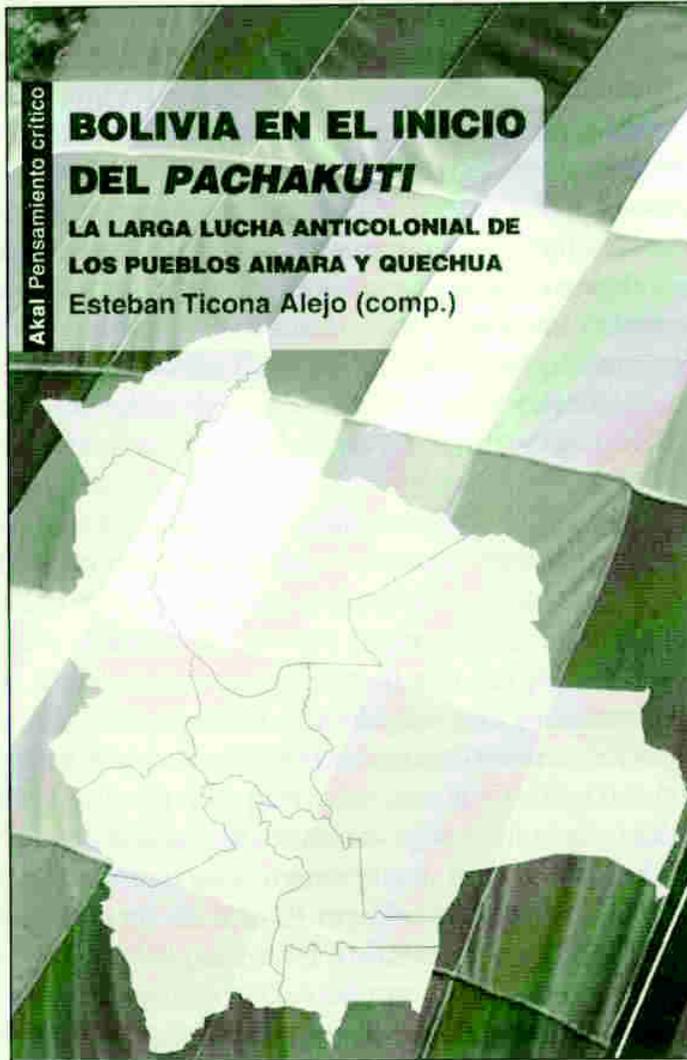
Aunque Sader considera a Bolivia, Venezuela y Ecuador –junto a Cuba– las expresiones más avanzadas de la nueva estrategia posneoliberal, añade un aleccionador comentario: en el actual contexto internacional regresivo, estos gobiernos no tienen aliados estratégicos fuera de América Latina y han sido incapaces de tomar un camino anticapitalista. Coexisten con el capital privado, que mantiene una poderosa presencia. Esto explica la contraofensiva de las fuerzas reaccionarias en los tres países, las cuales utilizan su poder económico y el de los medios de comunicación para potenciar temas que atraen a la opinión conservadora: violencia, inflación, «seguridad», etc.

Quizá resulte desconcertante que Sader no analice una de las características comunes que más destaca en estos tres gobiernos: su compromiso con una alternativa poscapitalista, con el «socialismo del siglo XXI». Este último término tiene varias funciones retóricas. En primer lugar, marca una distinción tanto con el liberalismo social como con el populismo del pasado latinoamericano. En segundo lugar, la referencia cronológica está proyectada para implicar una distancia crítica respecto a las experiencias dominantes en el siglo XX: la socialdemocracia, que fracasó porque nunca intentó luchar contra el capitalismo, y el «socialismo realmente existente», que finalmente se colapsó porque carecía de la más mínima base democrática. En tercer lugar, el término indica que el adversario no es sólo el neoliberalismo, sino el propio sistema capitalista. Desde luego, los países del ALBA están muy lejos de romper con el capitalismo, pero el mismo hecho de que, por primera vez en el mundo desde la derrota del así llamado campo socialista, tengan al socialismo en su agenda, es un avance que hay que señalar. Se podría objetar que se trata meramente de un discurso político, pero los discursos también son parte de la realidad, ya que crean las expectativas y los valores.

Sader finaliza con algunas conjeturas sobre la suerte de la ola antineoliberal en América Latina, observando su desigual éxito y señalando a un futuro incierto. Presenta un sobrio panorama del conjunto del continente:

A comienzos del nuevo siglo América Latina está atravesando una crisis de hegemonía de enormes dimensiones, en la que lo viejo está tratando de sobrevivir, mientras que lo nuevo está teniendo dificultades para reemplazarlo. Las condiciones objetivas de agotamiento del modelo neoliberal están presentes, pero países como Brasil, Argentina y Uruguay, que han mantenido el modelo mientras lo hacían más flexible –asegurando la continuidad de la política financiera, si es que no de la política económica–, se las han arreglado, cada uno a su manera, para reanudar los ciclos expansivos en sus economías; algo que los gobiernos precedentes fueron incapaces de hacer mientras aplicaban el modelo de manera ortodoxa. México, aunque todavía se adhiere a la ortodoxia, no ha conseguido avanzar económicamente, mientras que Chile –un caso ejemplar de la aplicación del modelo neoliberal– ha visto llegar a su fin un ciclo de gobiernos de concertación.

La manera en que la región emerja de la crisis de hegemonía dependerá, afirma Sader, «de la dirección que definan las luchas políticas e ideológicas». Resalta que, cualquiera que sean sus limitaciones y contradicciones, el nuevo y radical proceso «bolivariano» se ha convertido en el punto de referencia para debates sobre alternativas al neoliberalismo, no sólo en América Latina, sino a escala internacional. Para todos aquellos que no ven el neoliberalismo, o el sistema capitalista, como el «fin de la historia», como el único futuro para América Latina y para el mundo, este libro tendrá mucho interés.



Akal Pensamiento crítico

BOLIVIA EN EL INICIO DEL PACHAKUTI

**LA LARGA LUCHA ANTICOLONIAL DE
LOS PUEBLOS AIMARA Y QUECHUA**

Esteban Ticona Alejo (comp.)

978-84-460-3406-3
176 páginas

El concepto andino de *Pachakuti*, o revuelta del tiempo-espacio, ha infundido en la sociedad indígena el convencimiento de que se ha cumplido un ciclo y ha llegado la hora de un vuelco, una revuelta que recuperará el control sobre el espacio colonizado. Esta obra compilada por Esteban Ticona Alejo, antropólogo y sociólogo de etnia aimara, ofrece una selección de los más importantes estudios realizados sobre los pueblos aimara y quechua en los últimos años. En ellos se hace énfasis en el aspecto político colonial, que es la gran batalla que se libra hoy en Bolivia y tal vez la más difícil de desmoronar en la larga lucha anticolonial.



akal

www.akal.com

EL MAGO DEL LAGO LEMAN*

Cuando en 2003 Jean-Luc Godard recibió una copia del libro de Colin McCabe *Godard: A Portrait of the Artist at Seventy*, arrancó páginas enteras. Después de consultar *Everything is Cinema: The Working Life of Jean-Luc Godard*, de Richard Brody, publicado en 2008, el director devolvió el libro a su autor con una cruz en la portada, adaptando una frase de Victor Hugo: «Mientras haya garrapateadores que hagan garrapatos, habrá asesinos que matar». Incluso sin estos precedentes, la tarea de cualquier biógrafo de Godard es bastante intimidatoria: su enorme y variada obra, de más de 140 películas, se extiende a lo largo de medio siglo y ha tenido unos cuantos giros inesperados. Varias veces Godard ha abandonado una manera de trabajar para empezar otra desde cero, cambiando las formas narrativas e incorporando nuevas tecnologías para experimentar entrelazando en la pantalla imagen, sonido y texto, en un intento por tomar la medida del mundo en que vivimos. Su carrera también se ha desarrollado de manera paradójica: mientras que los críticos que desean canonizarle se han multiplicado, la audiencia de sus películas ha ido descendiendo progresivamente; las respuestas a cada nueva película oscilan entre la admiración y la frustración, el entusiasmo y la incompreensión.

Hasta ahora, la más completa y útil exposición de la obra de Godard era la de McCabe; los críticos franceses tendían a producir libros más lujosos para la mesa del café, desenfadados bocetos o estudios de especialistas. Mientras tanto, el propio Godard ha estado construyendo activamente su propia imagen pública mediante los volúmenes recopilatorios de sus escritos, *Godard par Godard*, y más alusivamente en las series para la televisión *Histoire(s) du cinéma* (1998). El historiador francés de la cultura Antoine de Baecque es ahora el peso pesado en este campo, con un libro desvergonzadamente anunciado como «La biografía», y cuya publicación se ha hecho coincidir con el ochenta aniversario de Godard y el estreno de su último documental, *Film Socialisme*. Autor de más de veinte libros, De Baecque es antiguo editor cultural de *Libération* y fue editor de *Cahiers du cinéma*, la revista a la que el propio Godard echó una mano en su des-

* Antoine de Baecque, *Godard, biographie*, París, Grasset, 2010, 935 pp.

pegue hace sesenta años. Con un contraste, que se agradece, con gran parte de la obra sobre Godard, a menudo excesivamente reverencial o deliberadamente oscura, *Godard, biographie* promete hacer algo simple y falto de ambición: «Recrear el sabor del café de Godard»; en otras palabras, darnos el quién, qué, cuándo y dónde, en vez de intentar desvelar la «vida interior». A lo largo de 900 páginas, impresas en papel biblia, intercalando fotografías bien escogidas, ofrece un vasto compendio de hechos sobre cada una de las películas de Godard, así como de todas las que pensó rodar, o empezó a hacerlo, antes de que algo o alguien –a menudo el propio Godard– hiciera imposible continuar.

El retrato de Godard como persona que presenta De Baecque no es halagador: difícil trabajar con él, a menudo cruel, aunque al mismo tiempo frágil y sensible hacia cada cosa que se dice, o no se dice, sobre él y sobre su trabajo. (Sin embargo, a diferencia de sus predecesores, De Baecque hasta cierto punto se ha alejado ligeramente del hombre como tal. Las únicas quejas de Godard parecen haber sido que algunas de las cifras del libro estaban equivocadas y que aparece como un mujeriego; ¡ojala fuera cierto!, manifestaba en una entrevista en mayo de 2010, entre caladas a su cigarro.) Pero el retrato del personaje no es lo que verdaderamente interesa a De Baecque, el énfasis se pone en la propia obra de Godard y en los procesos a través de los cuales surgió. El resultado final de sus esfuerzos es admirable por la recopilación de información: de todas las películas, acabadas o sin acabar, nos proporciona el ciclo completo. Las ideas originales, por ejemplo, algunas veces fueron inspiradas por una investigación social o por historias de los periódicos, pero a menudo lo fueron por los más escuetos de los pensamientos; tomaban forma durante el propio rodaje y siempre acababan remodeladas en el cuarto de montaje. A continuación se nos lleva al a menudo complicado tema de la búsqueda de financiación; al rodaje y al equipo que suponía; a las frecuentes disputas entre el director y los actores, generalmente acostumbrados a ser tratados con maneras más suaves; y, finalmente, a la acogida que tuvo la película entre los críticos y su audiencia en Francia. De modo tentador, los proyectos que no llegaron a ver la luz incluían adaptaciones de *Sei personaggi in cerca d'autore*, de Pirandello, y de *Bérénice*, de Racine, donde habrían alternado Jeanne Moreau, Brigitte Bardot y Anna Karina en el papel protagonista; de *Bonnie and Clyde*, finalmente realizada por Arthur Penn; y la película de Hollywood de Godard, *An American Movie*, para la cual contaba con Robert De Niro y Diane Keaton, pero que no se concretó por desacuerdos con los productores estadounidenses.

De Baecque también rellena brillantemente algunos de los puntos negros de la historia de Godard, en especial el periodo de las películas colectivas de la década de 1970 con Jean-Pierre Gorin, una relación que para De Baecque era probablemente «una de las asociaciones intelectuales más productivas de su tiempo». Los detalles del viaje que Godard hizo en esos años a los territorios de Jordania y Palestina –contados de nuevo utilizando testimonios recién recogidos de Gorin y Elias Sanbar– son fascinantes y reveladores, ha-

bida cuenta de la atención que desde entonces Godard ha prestado a Oriente Próximo. Otra inconfundible presencia que De Baecque trae a su *Godard* es la sombra de François Truffaut. La aparición de otro de los «jóvenes turcos» de los *Cahiers* no sorprende —De Baecque es coautor de una biografía de Truffaut, y actualmente está trabajando en un retrato de Eric Rohmer— ni está fuera de lugar: nacido en 1930, Godard solamente era dos años mayor que Truffaut, ambos se formaron en el mismo entorno cinéfilo que presidían Henri Langlois y André Bazin. En las comparaciones de De Baecque, a menudo Truffaut queda por encima, por lo menos como ser humano; más auténtico y generoso, sus cartas a Godard a lo largo de su amistad y rivalidad no son oblicuas o manipuladoras, como pueden llegar a ser las de Godard. Nos recuerdan el poder de Truffaut con las palabras. Pero De Baecque deja que Godard diga la última y devastadora palabra: «Truffaut fue el crítico más grande de su generación». Silencio sobre sus películas.

Godard, biographie es un enorme tesoro lleno de detalles, pero considerarlo un simple compendio no sería justo. A nivel concreto, De Baecque ofrece, en fragmentadas frases aquí y allá, opiniones personales sobre las películas: admira la «increíble presciencia» de *La Chinoise* (1967); *Le Grand escroc* (1963) es simplemente «horrible», y *Luttes en Italie* (1969) la «más desesperanzada y depresiva de las obras de Godard». *Eloge de l'amour* (2001), por el contrario, es «absolutamente fundamental y llega en un periodo de transición de su vida». A nivel general, De Baecque propone una práctica periodización en cuatro etapas de la obra de Godard, seleccionando para cada una de ellas una «primera película» que inaugura la nueva fase. En cada periodo Godard cambió su método de trabajo, a menudo utilizó una nueva tecnología (desde los 35 mm, al vídeo y el vídeo digital), vivió en otra ciudad o país, normalmente tuvo diferentes estudios y equipos técnicos a su alrededor, y su cabeza estuvo desarrollando y clarificando un nuevo conjunto de objetivos y contrapuntos. Al comienzo estos conjuntos habían permanecido dentro del canon cinematográfico, pero las cuestiones de política y sociología entraron gradualmente en el planteamiento.

El primer periodo comienza, desde luego, con *À bout de souffle* (1960), que, con sus saltos de montaje, banda musical de jazz y mezcla casual de la etnografía de la juventud parisiense y de estéticas de película de serie B, se convirtió en una de las declaraciones fundacionales de la Nouvelle Vague. La segunda de las «primeras películas» fue, apropiadamente, *Numéro deux* (1975), rodada en un apartamento de una torre de Grenoble, utilizando película de 35 mm y vídeo. Recurriendo a textos escritos por Anne-Marie Miéville y a traducciones de *The Female Eunuch*, de Germaine Greer, Godard puso en la pantalla al mismo tiempo dos, tres y algunas veces hasta cuatro imágenes de una familia a la que filmaba en su más íntimo escenario doméstico, revelando las tensas emociones de sus miembros entre sí y hacia el espacio que habitan. Después de esta fase experimental, *Sauve qui peut (la vie)*, estrenada en 1980, anunciaba el regreso de Godard a los largometrajes. Nathalie Baye anda en bicicleta por los verdes campos suizos, pero la promesa de algo sano y bucólico desaparece rápidamente cuando la ima-

gen se ralentiza o se detiene, creando desagradables interrupciones en el ritmo de la película; esto está exacerbado por la repetición de escenas a lo largo de la película, en la que Godard lanza una mirada sobre la prostitución mucho más sombría de lo que había hecho en *Vivre sa vie* (1962). Con *Eloge de l'amour*, Godard empezó de cero por cuarta vez, mezclando la investigación histórica y las reflexiones contemporáneas, así como la película en blanco y negro y en color; en este momento es cuando empieza a trabajar con imágenes digitales, continuando en la rica vena de cine políticamente orientado que explota hasta la actualidad.

Esta periodización proporciona un práctico marco para reflexionar sobre la obra completa de Godard, especialmente porque señala una fase separada y muy concentrada para los años basados en el vídeo y la televisión, y eleva su trabajo posterior a 2000 al mismo nivel que la icónica *À bout de souffle* o *Pierrot le fou* (1965). De Baecque también sugiere que los muchos cambios –intelectuales, técnicos y geográficos– que ha realizado Godard en su carrera son un factor explicativo de su cine. Llegar al fondo de las razones por las que se producen estos cambios constituye el verdadero desafío que afronta cualquier biografía de Godard. De Baecque insinúa su propia respuesta a ese desafío cuando describe los cambios como «exilios», ya sean internos o externos, siempre relacionados con un punto que Godard percibe como el centro: la familia, París, la industria del cine, la ciudad.

Ha habido tres cambios geográficos en la vida de Godard: al dejar su casa de Ginebra por París en 1949, después de París a Grenoble en 1973, y por último de Grenoble a Rolle, en la orilla norte del lago Lemán, en 1977. En un reciente artículo, Daniel Cohn-Bendit, un amigo de hace mucho tiempo, resalta un factor sobre todos los demás como motivo de estas agitaciones: «Toda su vida es una rebelión permanente contra sus orígenes, contra su familia, que pertenecía a la alta burguesía suiza, racista y fascista». La madre de Godard pertenecía a la dinastía de banqueros protestantes de los Monod; su padre era un médico de clase media. Eligiendo el cine y eligiendo París, Godard estaba rompiendo con su mundo y con las expectativas paternas de una carrera respetable, a la altura de la posición de clase de la familia. La rebelión ha continuado desde entonces con diferentes objetivos. A mediados de los años sesenta, cuando su popularidad y reputación estaban alcanzando su cima con *Pierrot le fou*, Godard sabotó una confortable posición a la cabeza de la cinematografía francesa rompiendo con la narrativa convencional y con la propia industria; una reacción progresivamente expresada con *Masculin Féminin* (1966), *Weekend* y *La Chinoise* (ambas de 1967). También hay que decir que 1968 no alejó a Godard, él ya estaba alejándose: todas estas películas fueron realizadas antes del caso Langlois y de los levantamientos de mayo. Expresaban lo que De Baecque llama el «balanceo», el deseo de «olvidar lo aprendido» y empezar de nuevo desde cero. Godard lo hace tanto con el colectivo Dziga Vertov y la estrecha colaboración con Gorin a comienzos de la década de 1970, como con el traslado a Grenoble con Anne-Marie Mièville, su compañera desde entonces.

«Cualquiera que sea la situación», continúa Cohn-Bendit, Godard «siempre tomará la posición más radical». Así es como piensa el director de cine tanto a nivel intelectual como cinematográfico y eso explica en cierta medida los cambios en su carrera hasta la fecha. Trabaja por medio de una provocación radical y asume la posición contraria; incluso como joven crítico, Godard prefería defender los fracasos de la obra de un director, los que el público rechazaba, porque mirando de cerca esos fallos era como podía encontrar la clave del genio de un autor. No ha flaqueado en esta posición. Godard tiene «gusto por la paradoja», una «naturaleza contradictoria», explica De Baecque, pero, por encima de eso, odia las reglas, que, en palabras de una temprana crítica, «rompe igual que los monos las nueces». En consecuencia, siempre ha resistido a determinados aspectos de la industria del cine, si es que no a toda la industria en su conjunto.

Pero estos rasgos se han cobrado su peaje: de acuerdo con De Baecque, parte de la vocación de Godard es «ser infeliz». Muchos críticos han resalta-do este aspecto melancólico de Godard. ¿Qué fue *La Chinoise*, sino una película sobre el fin del maoísmo francés realizada en el momento de su nacimiento? Pero no habría que confundir esto con el pesimismo; cuando en 1965 los editores de *Cahiers* le preguntaron sobre cómo se sentía respecto al futuro del séptimo arte, Godard contestó: «Espero la muerte del cine con optimismo». En el terreno de las relaciones personales, resulta tentador ver algunas de sus disputas con actores, productores y amigos como momentos de ruptura, conscientemente generados por Godard, en un deseo de acelerar un resultado que consideraba inevitable. Respecto a las mujeres, la biografía que nos presenta De Baecque no nos muestra indirectamente a Godard como un mujeriego; más bien aparece como un trágico romántico. Por ejemplo, cuando su matrimonio con Anna Karina estaba desintegrándose, después de una pelea, un iracundo Godard destruyó todas sus pertenencias y atacó con unas tijeras todos sus trajes; los suyos, no los de Anna. «No quería hacerla daño», explicaría más tarde a un confuso Jean-Pierre Melville que había aparecido en escena. Es de notar que De Baecque se muestra ligeramente desapegado cuando se trata de mujeres: hay algunos pasajes inusualmente florales sobre el vestuario de Jean Seberg en *À bout de souffle* y sobre el cuerpo de Bardot en algunas escenas de *Le Mépris*. Las etapas de los años de Karina también revelan más sobre ella que sobre Godard, lo que se agradece y es conmovedor en muchos aspectos, y De Baecque cita extensamente sus entrevistas con la actriz; pero Godard, de alguna manera, se desvanece de la vista en el proceso.

Lo que De Baecque llama la naturaleza contradictoria de Godard parece anular cualquier estrategia política coherente como factor explicativo de su trabajo. Al principio, esto significó llamar al cine séptimo arte y elegirlo por encima del estudio o de la familia. También significó resistirse a la politización, en un momento en el que sus contemporáneos estaban todos firmando el Manifiesto de los 121 en apoyo de la independencia de Argelia. En vez de ello, Godard realizó *Le Petit Soldat*, rodada inmediatamente después de *À bout de souffle*, pero que no se estrenó hasta 1963, donde mostraba al FLN como los

torturadores y solamente daba a entender lo mismo de los militares franceses. Sin embargo, el hábito de Godard de adoptar consistentemente la posición contraria, la más radical, nunca es una provocación gratuita. Frecuentemente hace discordantes yuxtaposiciones que están dirigidas a dar lugar a un nuevo conjunto de cuestiones; como la tercera imagen sin formato que surge en la mente del espectador, producto del montaje de otras dos imágenes inesperadamente reunidas. Una de estas secuencias –que reunía a Hitler y a Golda Meir– provocó recientemente la ira del *lobby* israelí y muchos críticos estadounidenses protestaron cuando se anunció en noviembre de 2010 que Godard iba a recibir un Óscar Honorífico. Los mismos críticos, presumiblemente, no tuvieron objeciones a su afirmación en *Histoire(s) du cinéma* de que el séptimo arte era irremediamente culpable de fracasar en recoger el Holocausto cuando se estaba desplegando, y por ello profundamente cómplice del fracaso del mundo en prevenirlo. Pero, en cualquier caso, afirmar un antisemitismo es perder por completo la manera en que piensa Godard: por asociación, y siempre en primer lugar, por efecto visual. El punto de conexión político o intelectual queda en manos de la audiencia.

De Baecque nos recuerda lo infatigablemente que ha trabajado Godard, un trabajo que incluso a los ochenta años no ha finalizado, porque «lleva el cine en los huesos», citando un perfil suyo publicado en *Télérama* al comienzo de su carrera. En la década de 1980 Serge Daney resaltó esta misma característica en su programa de radio *Microfilms*, debatiendo la transición de Godard al trabajo con el vídeo. En aquel momento Godard había dicho que ya no sabía contar una historia utilizando la película de 35 mm y que cualquiera que lo hiciera estaba simplemente fingiéndolo. «Si algún día volvemos otra vez a querer escribir poesía o a bailar, puede que lo que necesitemos hacer sea estudiar como un químico que empieza desde cero y pregunta: ¿qué es eso?, ¿y eso?» Igualmente, el director de cine debe reconsiderar todo: ¿qué es un personaje, un color, un movimiento? El vídeo fue la manera de trabajar como un químico de Godard, o, como dice Daney, «como un pintor que no enseña todo su trabajo, pero [...] tiene la idea de que uno debe, todos los días, tocar la película, empuñar una grabadora de vídeo, trabajar con la imagen».

Hay insinuaciones de este enfoque de exploración, de invención, y en constante reajuste, en la sugerencia que hace De Baecque de que un factor que había detrás del traslado de Godard a Grenoble era el ser vecino de Jean-Pierre Beauviala, el joven ingeniero e inventor de cámaras de cine. Godard buscaba estar lo más cerca posible de la maquinaria, de manera que pudiera experimentar con ella a medida que se construía. Más tarde, De Baecque describe a Godard en Rolle como el «artesano completo, como un zapatero reparando sus zapatos, un mecánico reparando sus coches». Con esta aproximación táctil, artesana, al cine, Godard ha permanecido en la cumbre de la tecnología en el arte. Esto ha sido así desde el principio, y siempre ha sido un tema de orgullo. Cuando *Les Carabiniers* (1963) recibió una mala acogida de la prensa en su estreno, Godard se vio especialmente ofendido por la afirmación de que estaba hecha de mala manera, que técnicamente era un fracaso, cuando, de hecho, el tratamiento granu-

lado del blanco y negro de la imagen era un efecto buscado, muy difícil de alcanzar y que necesitaba un conocimiento muy elevado de las cámaras del momento. Godard rápidamente hizo el suntuoso cinemascope de *Le Mépris* (1963) para demostrar a sus críticos que estaban equivocados.

Como McCabe antes que él, De Baecque se resiste a canonizar a Godard. Sentar al director en un pedestal congela el poder potencial de cada nueva obra; si está en el museo no puede estar al mismo tiempo en la calle, desestabilizando o entendiendo la realidad y rompiendo con el pensamiento consensuado. Pero la conclusión de la biografía de De Baecque es decepcionante. Godard es el verdadero «hombre del cine»; es, a los ochenta años, todavía «nuestro contemporáneo», «un hombre del presente». El nombre del director o incluso simplemente sus iniciales, «se han convertido en sinónimo del propio cine. Y, por encima de eso [...] contar la historia de su vida es intentar explicar el mundo partiendo del séptimo arte». En esto, De Baecque parece hacerse eco de la opinión de Louis Aragon, en un artículo de 1956, de que Godard era al siglo xx lo que Delacroix había sido al xix. Pero De Baecque no hace una sólida argumentación sobre si esto es cierto para Godard más que para cualquier otro. No dice lo suficiente, en particular, sobre la naturaleza de la brillantez estética de Godard, especialmente sobre su habilidad para componer un marco, sabiendo exactamente qué poner en él y qué dejar sin decir. Qué es lo que no se muestra directamente, pero que se comunica por medio de la elegida *mise en scène*. La experimentación de Godard con las formas narrativas es algo bien conocido, pero De Baecque nos dice relativamente poco sobre cómo la alcanza exactamente, especialmente a través de una clase de entrelazado, opuesto al simple montaje o *collage*, de diferentes tipos de imágenes; en *Film Socialisme*, por ejemplo, se mueve entre lo digital, la película de 35 mm y las secuencias del teléfono móvil, contraponiéndolas constantemente con el sonido y el texto.

La seriedad de la biografía de De Baecque significa que evita caer en la trampa en la que han caído muchos autores que se han ocupado de Godard: la de presentar al director como un posmoderno, un hombre de *pastiche* que pega palabras, frases e imágenes en un intento de romper la distinción entre arte superior e inferior, probando, en vez de ello, la equivalencia de Baudelaire y de las películas de serie B. Fredric Jameson ha llamado a esto la «estética de la cita» de Godard, y Peter Wollen ha señalado que no hay «nada irónico ni ningún vacío ecléctico» en ello. De hecho, en el muestreo y reciclado del arte, que es un rasgo de todas las películas de Godard, hay una cierta clase de cualidad optimista, esperanzadora. Los personajes citan a poetas o leen pasajes de novelas, la música clásica y la popular se mezclan en la banda sonora, los fragmentos de mitología griega afloran en un contexto contemporáneo, y las tomas de viejos maestros se editan junto a eslóganes publicitarios y pósters. Pero, como señala Wollen en *Paris, Hollywood* (2002), esto no ha surgido del *pastiche*:

Es un reconocimiento de que la sociedad francesa contemporánea exhibía signos de un futuro autodestructivo y que simultáneamente había conservado con

ella los rastros de otra, y bastante contrastada, clase de valor que todavía amenazaba con abrirse paso a través de la corteza de alienación y fetichismo, en un estallido volcánico de libertad romántica.

La mezcla de resignación y de incontenible esperanza –la tragedia y el romance– estalla constantemente en las películas de Godard, algunas veces en la propia narrativa, y otras en la deslumbrante belleza de las imágenes y en la sinceridad de su apuesta por comunicarse con nosotros. Siempre hay algo en Godard de la Natacha de *Alphaville*, quien se aferra a las palabras de los poetas, las recita para mantener vivos los conceptos que contienen, a pesar del mundo de decadencia que la rodea. Godard ve el mismo mundo, pero continúa proporcionándole respuestas críticas y alternativas creativas.

Slavoj Žižek

En defensa de causas perdidas



978-84-460-2957-1

480 páginas

Akal Cuestiones de antaño

A medio camino entre el ensayo y la proclama, en esta extraordinaria obra Slavoj Žižek analiza algunas de las causas que se perdieron en los hechos revolucionarios, una vez éstos se transformaron en políticas totalitarias, primero, y fantasmas de la izquierda, después. De esta forma, el genial y polémico filósofo recupera algunas cuestiones que, en el proceso de la reescritura conservadora de la historia de aquellos acontecimientos, han sido ocultadas, conscientemente, para alejarlas del debate intelectual y de la cultura, en general, de Occidente.

Desvanecidas las seguridades del Estado liberal, quizá aquellas causas perdidas habrían de ser, hoy, recuperadas con más pasión y derecho que nunca.



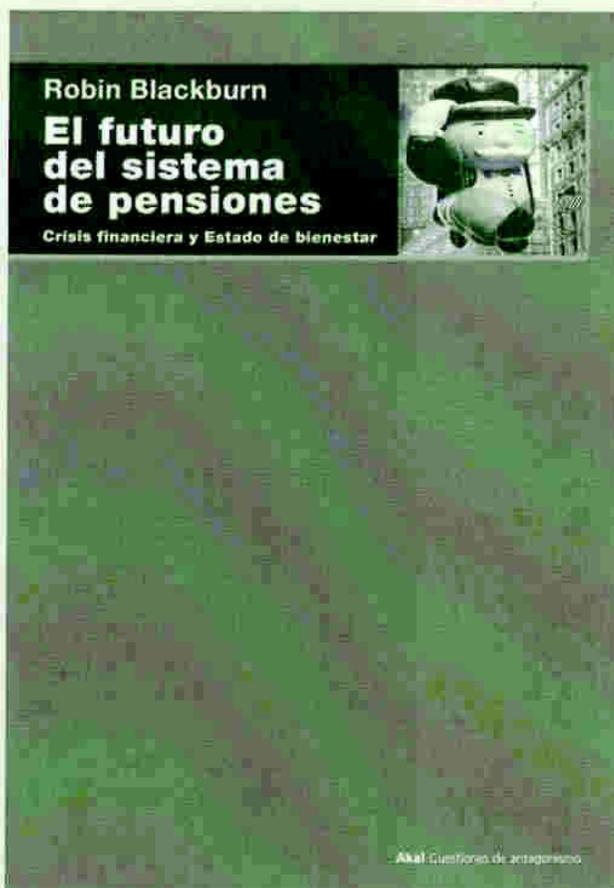
akal

www.akal.com

Robin Blackburn, historiador británico, es profesor en la Graduate Faculty de la New School University de Nueva York en el Departamento de Sociología de la Universidad de Essex.

Libro de referencia para entender la coyuntura económica actual, centrado sobre todo en el sistema financiero y en el sistema de pensiones.

978-84-460-2767-6
448 páginas



«Una llamada de atención no sólo para los que se enfrentan a un futuro incierto sobre los recursos de los que dispondrán cuando, por edad, no les corresponda trabajar, sino que va más allá, al dar la voz de alarma a las generaciones presentes y futuras [...]. Posiblemente la lectura de esta obra sea recomendable más allá de la mera validez del análisis actual, ya que es, sin lugar a dudas, uno de los temas más apasionantes y controvertidos del momento presente y, a todas luces, de las próximas décadas.»

Jesús Domínguez, *Revista del Colegio de Economistas de Madrid*



akal

www.akal.com

New Left Review

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

SUSCRIPCIÓN

Precio de la suscripción (sin IVA):

- 77,88 €
- 69,24 € (Estudiantes acreditados)
- 311,52 € (Instituciones y bibliotecas)

La suscripción incluye:

- Envío por correo ordinario o vía superficie de un número de la revista cada dos meses y acceso al ejemplar electrónico en formato pdf o e-book.
- Acceso a ejemplares electrónicos de números atrasados en formato pdf (desde el número 0 en adelante) o e-book (desde el número 60 en adelante).

Deseo suscribirme a *New Left Review* por un periodo de un año: 6 números (periodicidad bimestral) a partir del n.º

Apellidos..... Nombre.....

Calle N.º Escalera Piso Puerta

Localidad Provincia..... C.P. País

NIF Profesión Teléfono

e-mail

FORMA DE PAGO

Tarjeta Visa Caducidad mm / aa/.....

Domiciliación bancaria

--	--	--	--	--

ENTIDAD

--	--	--	--	--

OFICINA

--	--

CONTROL

--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--

NÚM. CUENTA

NÚMEROS ATRASADOS

Indique los números que desea recibir:

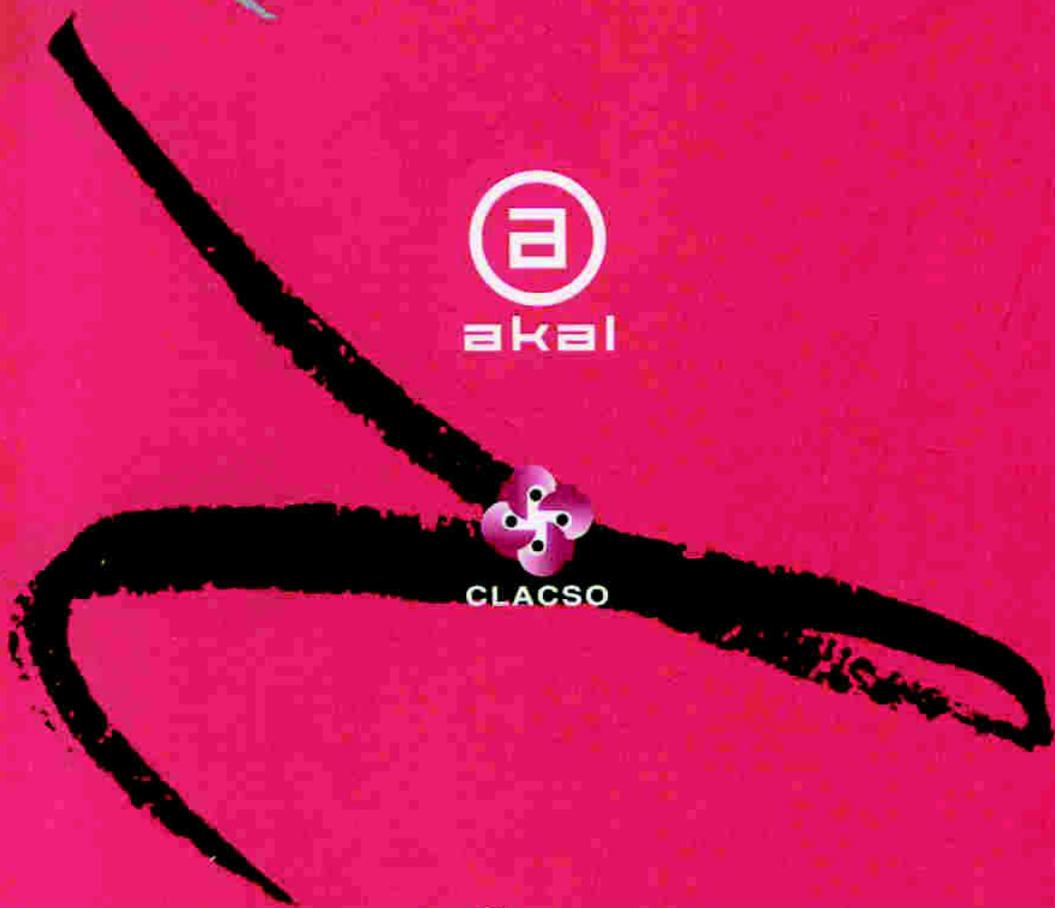
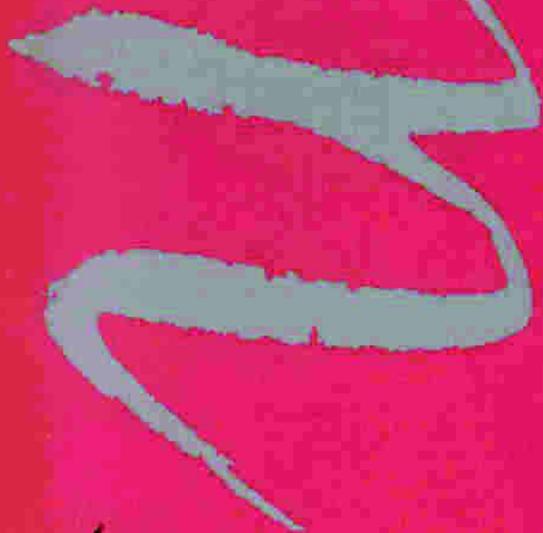
Precio unitario:

- 4,81 € - Ejemplar electrónico (en formato pdf desde el número 0 en adelante – en formato e-book desde el número 60 en adelante)
- 14,42 € - Ejemplar electrónico y libro (envío por correo ordinario o vía superficie)
- 41,42 € - Ejemplar electrónico y libro (envío por courier)

El acceso a la web para la descarga de los ejemplares electrónicos se realizará mediante una clave que será enviada por e-mail (por tanto, es imprescindible poner una dirección en el formulario).

Firmado:

Remitir a:
Ediciones Akal, S. A.
Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos-Madrid
España
Teléfono: 918 061 873
Fax: 918 044 028
e-mail: pedidos@akal.com



CLACSO



15,00 €



www.akal.com

Esta revista ha sido impresa en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.